

TRADICIONES HISTÓRICAS

LOS COMENDADORES DE CÓRDOBA ⁽¹⁾

El trágico suceso conocido con el nombre de la *muerte de los Comendadores de Córdoba*, y que bastante tiempo se tuvo por fabuloso y novelesco en el sentir de algunos críticos, estaba, sin embargo, fuera de duda apreciando debidamente la multitud de indicios y referencias que se conocían antes de que fuese publicado el privilegio y carta de perdón al matador de aquellos jóvenes.

Se citaban los nombres de unos y otros y, aunque abultadas, se referían las principales circunstancias del hecho; pero como no se fijaba ó se fijaba mal la época del mismo, y como se añadían algunos incidentes exagerados ó falsos, la incredulidad de muchos escritores que á él se han referido tiene sobrada explicación y aun disculpa.

Hoy, con presencia de documentos oficiales que citaremos y de la interesante elegía de un poeta cordobés, escrita á raíz del suceso, puede éste determinarse con todo el rigor científico que requieren esta clase de trabajos. Esto es lo que vamos á intentar, sirviéndonos de cuantos datos han llegado á nuestra noticia.

D. Martín Fernández de Córdoba, tercer Alcaide de los Donceles y hombre famoso en nuestras crónicas del siglo XV como guerrero y como diplomático en el Concilio de Basilea, casó dos veces: la primera, en 1382, con D.^a María Alfonsa

(1) Este artículo forma una de las notas históricas que se ponen al *Cancionero de Antón de Montoro* (actualmente en prensa), con las necesarias modificaciones. Algunas noticias nos comunicó desde Córdoba el veterano de nuestros eruditos, D. Francisco de Borja Pavón, que conserva su memoria y su entendimiento tan seguros y lozanos á pesar de la edad.

de Argote, señora de Lucena y Espejo; y la segunda, después de 1413, con D.^a Beatriz Solier, hija segunda del piomontés Mosén Arnaldo, que vino á España cuando las luchas del Rey D. Pedro con su hermano D. Enrique. Aquí se casó y dejó otra hija, D.^a María, señora de Villalpando, que fué mujer de Juan de Velasco, padre del primer Conde de Haro.

Hijos del segundo matrimonio del Alcaide de los Donceles fueron: D. Pedro Solier, Obispo de Córdoba desde 1465; D. Juan de Córdoba, caballero de Calatrava y en ella Comendador de Lopera; D.^a Inés Solier, mujer de D. Pedro Venegas; D. Jorge Solier ó Fernández de Córdoba, del hábito de Calatrava y Comendador de sus casas en Córdoba ó de Cabeza del Buey, y D. Fernando Alfonso de Córdoba, de igual orden y Comendador del Moral. Estos dos últimos fueron los famosos *Comendadores* (1).

La genealogía de su matador es más insegura. Parece que procedía de la misma familia, pero el parentesco era ya lejano. Fernando Alfonso de Córdoba, que así se llamaba, fué primer señor de Belmonte y Veinticuatro de Córdoba, dignidad municipal que, como es sabido, era parecida á la de nuestros concejales. Fué hijo de Alfonso Fernández de Córdoba y de D.^a Mayor Martínez. Fernando Alfonso era ya mayor en 1435, pues á 2 de Diciembre se concierta con su tío D. Rodrigo Alfonso de Córdoba y dos primas suyas sobre los bienes de sus padres y abuelos (2).

Casóse este caballero, en mal hora, con D.^a Beatriz de Hínestrosa, de familia ilustre, emparentada también con los Córdobas. Era hija de D. Martín López de Hínestrosa, Chanciller de Castilla, Señor de Teba y Veinticuatro de Córdoba; nieta de la famosa Leonor López de Córdoba, favorita de la Reina D.^a Catalina, madre de D. Juan II, y biznieta del Maestre D. Martín López de Córdoba, célebre por su lealtad á Rey D. Pedro, y á quien Enrique II hizo degollar en Sevilla.

(1) El abad de Rute, en su *Genealogía de la Casa de Córdoba*, Ms. de la Bib. Nac. Y-63; Ms. de la mi ma Bib., 3.269, titulado *Sucesos y familias de Córdoba*, tomo 2.^o, folio 265 vuelto; *Casa de Cabrera en Córdoba*, Córdoba, 1799, folio: pág. 520; Haro, *Nobil.*, tomo 2.^o, pág. 338, etc.

(2) *Casa de Cabrera*, pág. 458.

D.^a Beatriz había ya nacido en 1428, pues la menciona su abuela D.^a Leonor en el testamento que otorgó en dicho año (1). Por los de 1448 D.^a Beatriz tomó relaciones ilícitas con uno de los Comendadores, al parecer D. Jorge; súpolo el marido, y una noche del mes de Agosto de dicho año, que halló en su casa (la que después se llamó del Conde de Priego), parroquia de Santa Marina, á los dos hermanos, les dió muerte á ambos, á su mujer, á dos criadas llamadas Catalina y Beatriz, y acaso á algún otro individuo, como parece insinuarse en la poesía de MONTORO. Huyó luego Fernando Alfonso, y aprovechándose de la carta de inmunidad concedida por D. Juan II, unos meses antes, á los homicidas que fuesen á servir por sus personas y á su costa un año y un día en el levantamiento del cerco de Antequera, obtuvo el indulto de sus asesinatos, y es de suponer que después regresase á Córdoba (2), donde según la tradición se casó de nuevo con D.^a Costanza de Haro.

Suceso de tamaña importancia impresionó hondamente el espíritu del pueblo, y empezaron á salir romances y cantares alusivos á él. Hay, sobre todo, unas endechas en que se supone que habla la misma D.^a Beatriz, que fueron popularísi-

(1) *Casa de Cabrera*, págs. 540 y 541.

(2) El privilegio de carácter general fué otorgado en Valladolid á 20 de Febrero de 1448, y por él se perdona á los interesados «cualquier muerte, así de hombres como de mujeres, que hubiesen cometido». En Noviembre del año siguiente, y á petición del mismo Veinticuatro, existieron las justicias de Antequera la certificación de que Fernán Alfonso, Veinticuatro, vecino de Córdoba, por ganar el dicho privilegio, hizo el servicio de año y día y más, «por cuanto diz que le pusieron é ponen culpa é le embargaban de la muerte de D.^a Beatriz de Finestrosa, su mujer, é de Catalina é de Beatriz, sus criadas, é de Fernando de Córdoba, Comendador de Calatrava, é de Jorge, Comendador de la Cabeza del Baey, é diz que fueron muertos en la dicha ciudad de Córdoba, en las casas que el dicho Fernán Alfonso, Veinticuatro, facia su morada, de ciertas heridas que diz que le fueron dadas agora puede haber 21 meses poco más ó menos, é diz que porque le ponían culpa é encargaban de otros excesos é maleficios, por ser perdonado é quito de todo». Siguen el Alcaide y justicias de Antequera mandando á todas las autoridades del Reino que le protejan con su persona y bienes y no le dañen por las dichas causas, en carta signada por el «Escribano de los homicianos que á esta ciudad vienen á morar é vivir». Fecha la carta en Antequera á 28 días del mes de Noviembre de 1449.—Pedro de Tovar, Alfonso de Alarcón y otros.

Fueron publicados estos importantes documentos en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, tomo 81 (Madrid, 1883, páginas 1 y siguientes).

mas en el resto del siglo XV y en todo el siguiente, que tenían el estribillo:

Los Comendadores,
por mi mal os vi.

Este cantarillo tuvo varias formas y refundiciones, pues casi todos los que le citan lo hacen de diversa manera. La impresión más antigua parece ser el pliego gótico suelto en cuatro hojas, sin lugar ni año, que cita Durán (Rom. I, LXXVII), con el título de *Lamentaciones de amor hechas por un gentil-hombre*, y que contiene, además de otras dos, la poesía de este título, obra de Garci Sánchez de Badajoz. Durán, al reimprimir en su *Romancero* (II, 607) estas endechas, las arregló en vista del texto del *Cancionero llamado Flor de enamorados*, de Juan de Linares (Barcelona, 1573). El roman-cillo empieza:

Los Comendadores,
por mi mal os vi;
yo vi á vosotros,
vosotros á mí.

Hacia 1524 lo recordaba Francisco Delicado, cantando por boca de la *Lozana Andaluza*, paisana de los mancebos degollados en Córdoba:

Jueves era, jueves,
día de mercado,
convidó Hernando
los Comendadores.

Lope de Rueda, que tanto gustaba de los cantares del pueblo, también lo trajo á escena en su *Coloquio de Timbria*, reproduciéndolo en parte, pero estropeado por boca de la negra Fulgencia:

La Comendadoras,
por mi mal *me* vi;
amarga te veas
cuítara de mí.

La Comendadoras
 de *Casa fana*,
 salí de *Sevilla*,
 en hora mala
 para *la* vosotros
 quien no la daba
 y á *lo pajericos*
 que van pos de ti.

La Comendadoras...

Hasta aquí se contaba el suceso poco más ó menos como había pasado. En un convite que Fernán Alfonso dió á sus parientes, vió D. Jorge á Beatriz y empezaron sus ilícitos amores. Algún tiempo después los Comendadores salen de Sevilla para Córdoba; Beatriz les envía á decir que su marido está en la sierra por quince días; dirígenselos á la casa; Fernando, mientras su hermano platica con D.^a Beatriz, se entretiene con una doncella; aparece el Veinticuatro repentinamente, entrando por una ventana; traspasa el pecho á don Jorge, corta una mano á su mujer y luego la cabeza, entra en el cuarto de Fernando y le asesina, haciendo lo mismo con un esclavo que estaba escondido.

Pero esta crudeza y sencillez no se avenía con el espíritu novelesco del pueblo, y poco á poco fué naciendo toda una leyenda que recogió el poeta Juan Rufo, Jurado de Córdoba, y publicó en cinco romances (según la división del *Romance-ro general*, conservada por Durán), impresos en sus *Apotegmas* en 1596 (Toledo, por Pedro Rodríguez, en 8.^o).

Según el Jurado de Córdoba, Fernando el *Veinticuatro* (pues huye de darle apellido, lo mismo que á su esposa, excusándose con que

no es bien nombrando un muerto
 avergonzar muchos vivos),

vivía en paz con su mujer cuando ésta se prendó de Jorge, uno de los Comendadores. El marido estaba en Toledo al lado del Rey Católico, de quien era muy favorecido, tanto, que en cierta ocasión le entregó un precioso anillo que él

dejó á su mujer al ausentarse y ésta entregó á Jorge. Llamado por el Rey también á Toledo, llegó Jorge con su anillo, viólo el monarca y reprendió á Fernando por haberlo enajenado. Así conoció su deshonor el Veinticuatro y se aprestó á vengarla, pidiendo en el acto permiso al Rey para volverse á su casa. Llegan también Jorge, de Toledo, y Fernando, de Sevilla; finge el Veinticuatro una cacería por algunos días, y á la noche regresa, y halla en su domicilio á los Comendadores. El primero á quien acuchilla es á Jorge; luego á Fernando y á su amada (una D.^a Ana, secretaria de Beatriz); luego á un paje de los Comendadores llamado Galindo, y después empieza el degüello general:

Toda la gente de casa
despierta acudió al ruido
y sabida la ocasión,
casi pierden los sentidos.
Unos torciendo las manos,
otros dando recios gritos,
otros buscan y no hallan
algún seguro escondrijo
y andan como los que fueron
de tarántula mordidos.
Fernando, determinado,
en su cólera encendido,
siguió la injusta venganza
desde el mayor al más chico.
Mató escuderos, porteros,
dueñas, mozas de servicio,
á mecánicos criados,
pajes de falda pulidos,
porque todos consintieron
el adulterio maligno.

Á todos éstos, en número de quince, dió muerte. Beatriz, que estaba desmayada, recobra el sentido y se prepara á morir, pidiendo un confesor. Cumplido este requisito, Fernán Alfonso le cortó también el pescuezo «todo al cercén», y, hecho

esto, huyóse á Francia, de donde le mandó volver el Rey Católico (1).

Pero muchos años antes que éstos, en el mismo de 1448, y acaso en los días del dramático acontecimiento, el poeta cordobés ó residente en Córdoba Antón de Montoro, llamado el *Ropero*, había compuesto una poesía de arte mayor destinada á llorar la temprana y trágica muerte de los jóvenes Comendadores.

Montoro que, sobre todo en sus poesías jocosas, era excesivamente claro, muéstrase en ésta oscuro y sibilítico, ó al menos así nos lo parece hoy, pues quizá sus coetáneos entendieron llanamente las alusiones de sus versos, en gran parte no inteligibles para nosotros. Véanse algunos pasajes de los más notables:

De aquellos cogollos de palmas noveles,
tajados en ante de tiempos venidos,
los hijos del padre, señor de Donceles,
por donde sus huesos serán convertidos.
¡Oh fijos, diciendo, de los doloridos
cuyo quebranto vos face inmortales!
¡Oh fijos extremos de nuestros iguales
en ante difuntos que medio nacidos!

Dexad á los padres podrir so la tierra
y á los tristes fijos que dan ya sus cuentas;
vosotros los vivos que más que de guerra
amándovos dades á bravas afrentas.
Mirad por dos fijas de Eva tan exentas
querer apetitos fenchir todas horas,
que en los amadores con las amadoras
cebó el enemigo sus manos sangrientas.

Mostrando inclemencia con todo omecillo
que no le temían tormentas ni vientos,
cruel escondiendo su crimen cuchillo
en las entrañas con ojos sangrientos,
así como facen los lobos hambrientos

(1) Aunque Juan Rufo dió carácter novelesco al suceso, debió de conocer alguna tradición verídica, porque en el consejo que en el *Romance IV* da Rodrigo á su amo se dicen casi las mismas palabras que en la poesía de Montoro, testigo, por decirlo así, presencial de los sucesos.

que salen aislados de mares crecidas;
después á los tristes en fin de sus vidas
negaron la orden de los sacramentos...

.....
Aquel menor niño y llaga mayor,
así como vido la fin del hermano,
negaba la suya, diciendo: «Señor,
decline la ira, señor, vuestra mano;
alumbre la muerte de vuestro omiciano,
la cual cierta vedes sin causa dudosa;
sea vuestra mano medio clemenciosa,
pues yo soy sin culpa y vos sois humano.

Mas el enemigo con su flamejante
cara, más viva que rayos nin truenos,
jamás no cesaba atrás ni adelante,
matando los suyos, mejor los ajenos,
al fijo de noble y hermano de buenos
la fabla y consuelo que dió por testigos
morrés inocentes, que de los enemigos
los muy más difuntos, los vivos los menos...

.....
Yo bien so creyente que en ello non peço
lo medio del fecho ser dino de pena;
¿por qué, pues, lo verde ardió por lo seco
y por la culpada la un poco más buena?
Mas cuando la furia se ansí desenfrena,
follando con ira, non cata razón;
ansí devoraba el crudo león
después que con celo quebró la cadena.

Tal fama se face que las tristes dueñas,
después que se vieron con sobras atantas,
cobriendo, temiendo mostrar sus vergüeñas,
al fierro mostraban sus albas gargantas.
¡Oh dueñas varonas, princesas, infantas,
pensad por do limpio guardéis vuestro lecho;
catad que en tal caso non salva el derecho,
nin pecho, nin ruego de santos nin santas.

Lope de Vega, que en su universal y glorioso teatro recogió todas las tradiciones nacionales, no podía omitir ésta. Siguió en su drama *Los Comendadores de Córdoba* la versión de

Juan Rufo, hasta en los nombres que como los de D.^a Ana (á quien hace sobrina del Veinticuatro), Rodrigo y Galindo son incidentales. Lope, á quien á veces bastaba un cantar de cuatro versos para hacer un magnífico drama, conoció también los que corrían sobre los malaventurados caballeros de Calatrava, y en el acto tercero de su obra intercaló el cantar-cillo, arreglado por él con insuperable elegancia:

*Los Comendadores,
por mi mal os ví;
tristes de vosotros,
cuitada de mí.*

Jorge y don Fernando,
de las cruces rojas,
de nuestras congojas
se fueron burlando,
pues no llega el cuándo
de volver aquí:
*tristes de vosotros,
cuitada de mí.*

En qué triste día
se trató el amor
que con tal rigor
á los dos desvía;
pues el alma mía
os lleváis ansí,
*tristes de vosotros,
cuitada de mí.*

Y nada más diremos de esta linda comedia, destinada, cuando llegue su turno, á figurar dignamente en la majestuosa colección que de las *Obras de Lope* hace, por encargo de la Academia Española, el Sr. Menéndez y Pelayo (1).

En algunas otras comedias de nuestro teatro antiguo, como

(1) Muy poco después de impresas *Las Apotegmas*, de Rufo, debió Lope de componer su comedia, porq e ya la cita en la lista de las que había escrito publicada en *El Peregrino*, en 1603, con el título de *Los Comendadores*. Sin embargo, no se imprimió hasta algunos años después en la *Segunda parte* de sus comedias (Madrid, por Alonso Martín, 1609). De esta segunda hay reimpressiones posteriores.

las de Claramonte y Calderón, hay reminiscencias, quizás involuntarias, de este dramático caso. Pero en la literatura moderna se ha tratado de propósito con más frecuencia. Una ampliación en prosa de los romances de Rufo, publicada en dos artículos en el *Semanario Pintoresco* de 1844 (páginas 37 y 45); una leyenda de D. Vicente Barrantes *Hernando, el Veinticuatro de Córdoba*; una poesía de F. Muntadas y *El anillo del Rey*, de D. E. Lustonó (*Ilustración Española y Americana* de 8 de Marzo de 1882), es lo que recordamos se haya escrito sobre el asunto.

La poesía de Montoro tiene, no obstante sus oscuridades, mucha importancia, por la época en que fué escrita. Por ella vemos que los dos Comendadores eran extremadamente jóvenes y que el principal culpable fué la esposa del Veinticuatro. Córdoba conserva otras tradiciones semejantes, y casi tan espantables como esta de los Comendadores.

EMIL' O COTARELO.

Madrid 15 de Mayo de 1900.

CURIOSIDADES FÍSICO-ASTRONÓMICAS ⁽¹⁾

TENUIDAD DE LA MATERIA

Maravilloso es el grado de divisibilidad á que puede someterse la materia en estado sólido ó líquido, y entre los varios ejemplos que citan los tratados de Física, bastará recordar el de los glóbulos de iodo adheridos á las placas fotográficas, los panes de oro, las pompas de jabón, etc.

Pero ¿qué es esto si se lo compara con el grado de divisibilidad á que puede llegar la materia en estado gaseoso?

El aire normal, respirable, que constituye la atmósfera de nuestro planeta, es tan denso y pesado que no puede dar idea remota de la rarefacción de otras substancias gaseosas que existen en el Universo.

Aunque nos fuese dado remontarnos al límite de la atmósfera terrestre, allí donde se estremecen los últimos átomos de la gran esfera gaseosa, todavía aquellas capas de aire enrarecido serían mucho más densas y apretadas que la sorprendente y casi inconcebible materia cósmica de que hablaré más adelante.

Por ahora, y procediendo gradualmente, conviene recordar que el invento de Otto de Guericke, la máquina pneumática, aunque modificada posteriormente con el aditamento de un nuevo cuerpo de bomba, y sometida á otras mejoras, produce un vacío muy imperfecto (si en este caso es lícito emplear la palabra *vacío*.) Sólo se consigue con este aparato enrarecer el aire en el interior de la campana, y eso con gran limitación.

Es utilísima para realizar multitud de interesantes experi-

(1) Véase la pág. 288 de este tomo.

mentos de física; pero la producida rarefacción del aire no alcanza tales proporciones que merezca citarse como ejemplo curioso de la tenuidad de la materia.

En el sistema solar hay astros envueltos en una atmósfera mucho más densa que la terrestre (Mercurio, Júpiter, Saturno) y otros que, al parecer, la poseen más tenue, como la de algunos planetas telescópicos.

Están, no obstante, tan erizadas de dificultades las observaciones astronómicas encaminadas á realizar estos estudios, á causa del enorme alejamiento de aquellos cuerpos celestes, que todo cálculo resultará dudoso mientras no se descubran más eficaces medios de investigación.

La Luna, inseparable compañera de nuestro pobre mundo, por su proximidad relativa, se presta mejor que ningún astro á ser estudiada.

Recientemente el astrónomo Mr. Comstock, haciendo observaciones para descubrir algún rastro de atmósfera en la Luna (cuestión batallona que trae muy preocupados á los escudriñadores del cielo), midió las posiciones respectivas de dos estrellas, una de las cuales se aproximaba al borde obscuro de nuestro satélite, y pudo apreciar una diferencia de $\frac{1}{300}$ de segundo sobre la medida precedente. No hay que decir que dicha diferencia sólo podía deberse á la *refracción* sufrida por el rayo luminoso de la estrella al atravesar un medio *más denso* que el del espacio etéreo.

Esto parece indicar que en torno de la Luna, ó por lo menos en los valles y sitios profundos, existe una capa atmosférica cuya densidad superficial no sería mayor de $\frac{1}{5.000}$ de la atmósfera terrestre.

Aquí tenemos ya un ejemplo de tenuidad bastante digno de fijar nuestra atención.

Sin embargo, no es preciso recurrir á la Luna para que después de ímprobos trabajos nos revele su enrarecida atmósfera: el hombre ha logrado reducir la densidad del aire á proporciones mucho más notables.

El enrarecimiento del fluido aéreo en la campana pneumática y el de la atmósfera lunar no son nada comparados con

el *vacío* que Crookes ha conseguido producir en sus famosos tubos. En ellos queda reducida á *una millonésima* la densidad del aire normal; es decir, que en el interior de dichos tubos existe un aire que es un millón de veces menos apretado (si vale la frase), menos denso que el que respiramos.

La invención del ilustre Crookes ha hecho posible el descubrimiento de portentosos é interesantísimos fenómenos físicos, demostrándose que las propiedades de la materia cambian radicalmente con su estado: la atracción se convierte en repulsión y viceversa... Todo esto es aún muy obscuro; son los primeros pasos que da el hombre en busca de leyes misteriosas de la Naturaleza...

Pues bien, y volviendo á nuestro tema, todavía el interior de los tubos de Crookes contiene demasiada cantidad de materia, puesto que en un miriámetro cúbico podrían pesarse 1.293.000 kilogramos de este aire enrarecido. (1)

Hay que ir aún más allá, dirigir la mirada hacia los espacios sidéreos y contemplar esos astros errantes, vagabundos del cielo, que se llaman cometas. La materia de que están formados es tan sumamente tenue, que á través del núcleo muchas veces y siempre á través de la cabellera y de la cola se distinguen estrellas hasta de la novena y décima magnitud, sin que en la luz de éstas se produzca efecto alguno refringente. Y téngase en cuenta que el rayo estelar ha de atravesar miles y aun millones de leguas de substancia cometaria.

No es de este lugar inquirir si el núcleo es sólido en algunos cometas; nos basta con saber que la cabellera y la cola son gaseosas, que esta última mide con frecuencia extensiones colosales, y que la materia cósmica de que están compuestos es de una levedad y ligereza tales que Humboldt no tuvo reparo en decir que «se trataba de un gas casi infinitamente rarefacto, cuyas moléculas eran independientes».

Más ha dicho Mr. Rabinet, y fué lo siguiente: «El cometa es un *nada visible*»; y otros astrónomos, queriendo competir

(1) Bueno será recordar que el peso del aire, á la presión ordinaria de 0^m,760 y 0^o, es de un gramo 293 por litro.

en exageración con Mr. Rabinet, han asegurado que los cometas son *menos que nada*.

Este modo de decir las cosas tiene á su favor el caritativo deseo de tranquilizar á los que temen que el *choque* de la Tierra con un cometa produzca un cataclismo...

Aparte de que el núcleo pueda ser sólido (que sería lo grave), en cuanto á la resistencia que hallaría la Tierra al tropezar con uno de esos viajeros celestes, podemos vivir tranquilos. Figurémonos uua bala de fusil Mauser que al ser disparada *choca* contra... una pompa de jabón.

Imposible es hacer un cálculo medianamente racional del grado de tenuidad de la materia cometaria; puede, no obstante, comparársela con la de las nebulosas no estelares, y por analogía formarse idea de lo que son esos vapores sutísimos.

En el inmenso espacio que al hombre le es permitido abarcar, gracias al poderoso auxilio de los grandes telescopios y anteojos astronómicos, se han descubierto más de seis mil nebulosas. Utilizando Mr. Flammarión los datos que le facilitó Mr. Proctor, individuo de la Real Sociedad Astronómica de Londres, trazó una figura en la que están representadas por puntos 4.053 nebulosas; hace meditar la contemplación de aquellos puntitos insignificantes que, sin saber previamente lo que significan, se tomarían por estrellas... Cada uno de ellos representa, sin embargo, una creación inmensa, inconcebible, espantosamente grande... Algunas de ellas son grupos de miles y millones de estrellas, Universos aislados.

Los astrónomos diferencian las nebulosas *estelares* de las *nebulosas* propiamente dichas, denominando así á las primeras porque con un telescopio de gran potencia se resuelven en millares de soles; esas nubecillas siderales son, pues, polvo de estrellas, tan grandes como nuestro Sol ó más.

Las otras nebulosas están formadas por gases de una tenuidad parecida á la de los cometas; en la inmensa mayoría de ellas el espectro lumínico sólo indica las rayas características del ázoe y del hidrógeno.

La figura 14.^a representa una nebulosa estelar; la nubecilla

esfumada, apenas perceptible en los sombríos abismos del espacio infinito, se resuelve en estrellas con el auxilio de un buen telescopio, y aparece á la vista del observador ese nutridísimo conjunto de puntos brillantes que son otros tantos soles... Si, lo que es lógico suponer, cada sol de esos posee su particular cohorte de planetas... ¡qué profusión de vida, qué admirables creaciones constituyen cada uno de esos enjambres estelares!

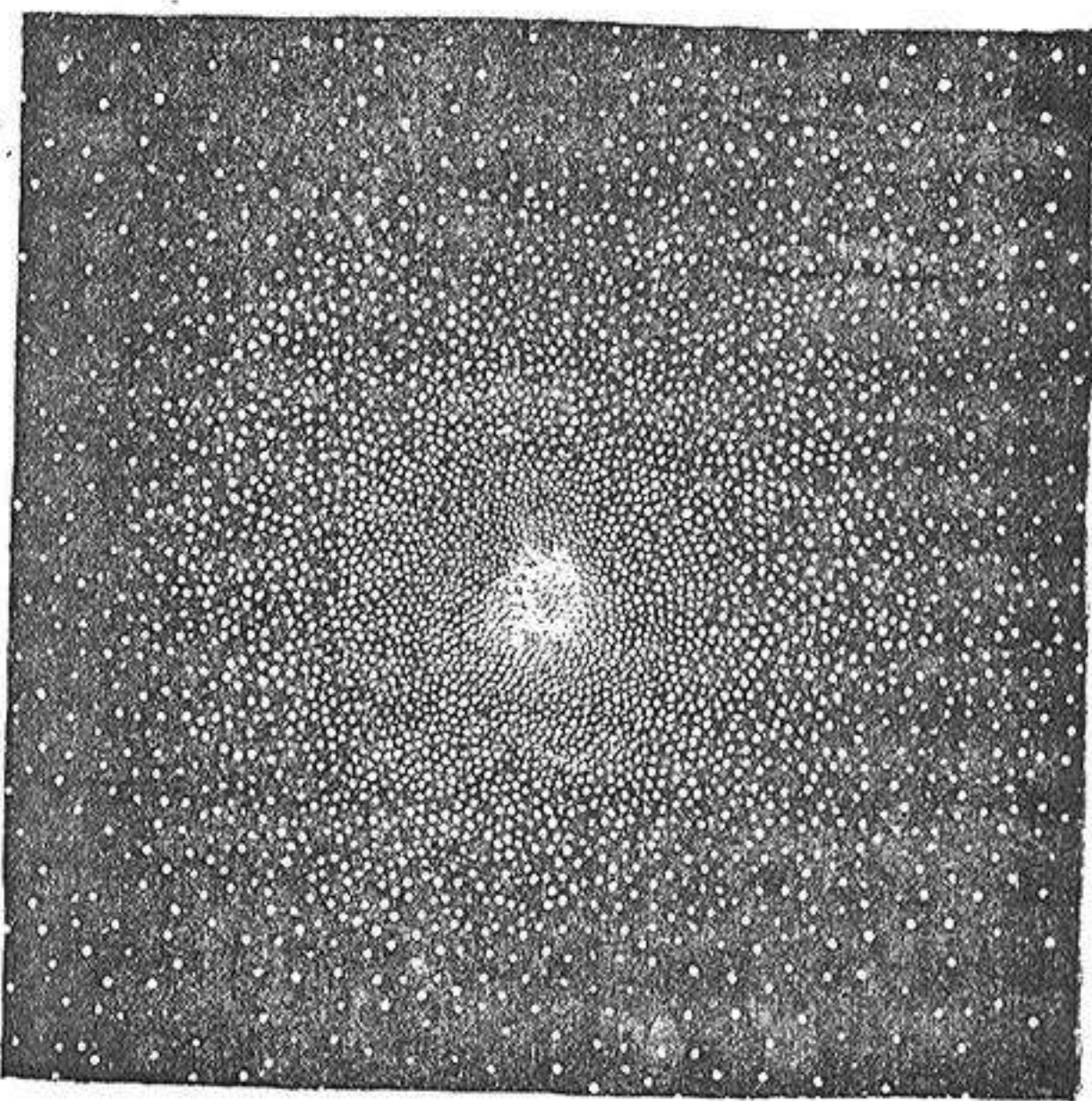


FIG. 14. -- Nebulosa estelar.

Como tipo de nebulosas gaseosas presento la más espléndida del cielo, la de Orión (fig. 15.^a), tal como aparece en la obra de H. Faye, *Sur l'origine du monde*. Á pesar de lo débilmente que brilla esta nebulosa, ha sido fotografiada por el observador inglés Mr. Common, teniendo expuesta á su luz la placa fotográfica por espacio de treinta y seis minutos (1).

Es, como está ya indicado, una masa gaseosa, cuyo espectro no da más que cuatro rayas luminosas, una verde, que corresponde al ázoe, las otras, de un azul verdoso, acusan la existencia del hidrógeno.

Las teorías modernas explican la formación de los mundos:

(1) Para fotografiar una estrella de primera magnitud basta con una *centésima de segundo*.

(entendiendo por mundo un sistema solar completo), aceptando en principio la existencia de una masa caótica de materia esferoidea, en cuyo seno se desarrollan movimientos gíricos ó de torbellino, que van regularizándose hasta formar anillos, los cuales dan origen á los planetas y satélites; de la masa central surge luego el Sol por condensación de la materia. De modo que, según esto, la Tierra y demás planetas de nuestro sistema son más antiguos que el Sol, se han formado antes que éste.

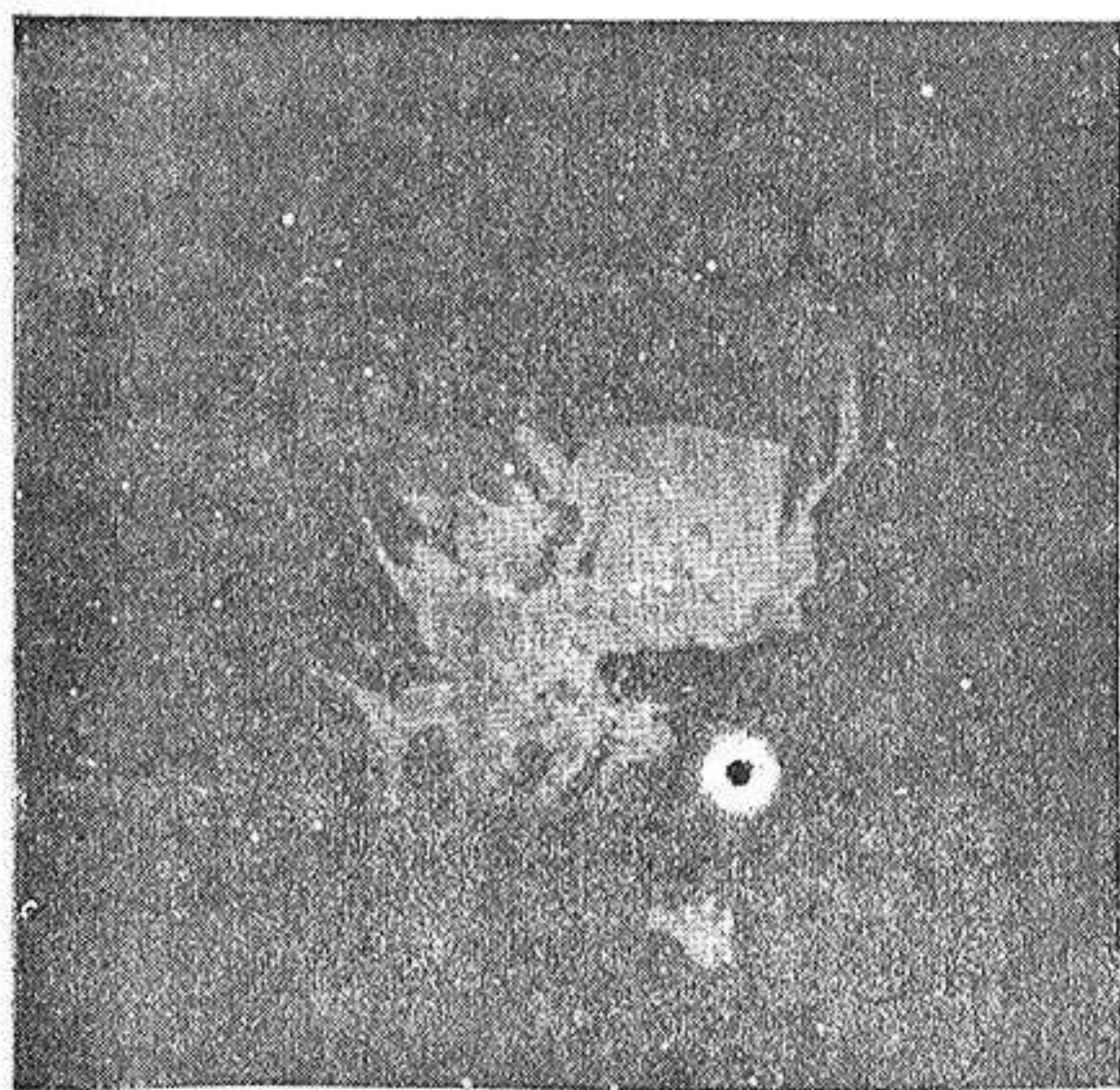


FIG. 15.—Nebulosa de Orión.

Aceptada esta teoría, que tiene algo de las de Descartes y Laplace, podemos ya figurarnos la inmensa nebulosa solar extendiendo su radio hasta el doble por lo menos del último planeta conocido de nuestro sistema: Neptuno.

Este planeta se mueve á 4.400 millones de kilómetros del Sol; luego la nebulosa primitiva ó generatriz del mundo solar no tendría un diámetro menor de 17.600 millones de kilómetros.

Diseminada en tan colosal extensión la masa que hoy constituye el Sol, ¿qué sorprendente grado de tenuidad sería el suyo? ¿Existe algún procedimiento para poderlo calcular?

Ciertamente que sí; basta tener en cuenta el grado actual de densidad del astro del día, que es de 1,4 á 1 con relación al agua.

Ahora bien: figurémonos espaciada la materia solar de modo que este astro, cuyo diámetro es de 1.380.000 kilómetros, alcance el de 17.600 millones de kilómetros, y resultará una substancia gaseosa *428 billones* de veces menos densa que el agua.

Pero hablar de billones es como hablar una lengua incomprendible para nuestra inteligencia; una comparación más sencilla nos podrá dar idea de la suma tenuidad de esa materia nebulosa.

Recordaré lo dicho acerca del vacío en los tubos de Crookes, es decir, que en un miriámetro cúbico había 1.293.000 kilogramos de ese aire enrarecido hasta una millonésima; pues bien, el miriámetro cúbico no contendría más que 5.217 *gramos* de materia nebulosa.

Faltaría ahora dilucidar si alguna de las nebulosas visibles puede considerarse realmente como génesis de mundos, según opinaba Laplace; pero tales disquisiciones me apartarían mucho del fin que me he propuesto al escribir este breve capítulo. Me limitaré á decir que los astrónomos modernos, aquellos que principalmente se dedican al estudio físico de los astros, rechazan esta idea fundándose en que el análisis espectral demuestra en las nebulosas la carencia absoluta de elementos químicos susceptibles de revestir la forma sólida, y que en esas masas gaseosas se descubre solamente ázoe é hidrógeno (1).

Vemos, pues, que los cometas y las nebulosas están constituidos por una substancia que es, al parecer, la menor cantidad posible de materia; pero aún podemos ir más allá, al límite...

Cometas y nebulosas, sea cual fuere su grado de tenuidad, *pesan*.

Y bien, ¿hay algo en el Universo que sea materia y no

(1) Sin embargo, en el espectro de la nebulosa de Andrómeda se ven rayas características de elementos químicos muy complejos, y esta nebulosa no ha podido aún resolverse en estrellas ni con los más fuertes anteojos astronómicos. Además, es lícito creer, como recientemente ha dicho Mr. A. de la Beaume-Plavinel, que en ciertos estados particulares y desconocidos de la materia, muchos cuerpos que consideramos simples pueden desdoblarse y adquirir propiedades cuyo secreto no consigue descubrir el análisis espectral.

pese? Sí; llenando el espacio infinito hay una materia infinitamente sutil, semiespiritual, como se aventura á llamarla nuestro ilustre Echegaray, una materia que no pesa. Para ella no existe la atracción universal; ha sido creada únicamente para engendrar movimientos, llámense electricidad, luz, calórico, etc...: es el éter.

El éter no pesa, y, sin embargo, es *algo* material; sin ese algo no podría explicarse la transmisión de la luz á través del espacio recorriendo miles de leguas por segundo... La luz no es más que movimiento. ¿Y puede concebirse la transmisión de un movimiento sin materia que lo transmita?

Grandiosa y sublime teoría es la de la existencia del éter, teoría tan necesaria al hombre para explicarse infinidad de fenómenos físicos, como le son necesarios los ojos para ver ó el aparato auditivo para sentir las vibraciones de los cuerpos sonoros.

El éter, que lo penetra todo, opone *cero* resistencia al paso de los cuerpos celestes. Trabajo cuesta concebir que siendo el éter una cosa material, aunque su tenuidad se califique de infinita, no influya para nada en el retardo que puedan sufrir los astros en su carrera.

Una bala de cañón que recorra 500 metros en el primer segundo halla en el aire una resistencia grandísima, factor que disminuye mucho el alcance de las piezas; la Tierra marcha por el espacio con una velocidad de 29.786 metros por segundo, y lleva consigo una envoltura gaseosa que, con la misma rapidez, sigue la trayectoria del planeta; la atmósfera terrestre, animada de ese vértigo de velocidad, atraviesa el éter sin perder un solo átomo, sin dejar atrás el más insignificante rastro.

¿Qué es, pues, el éter? Convenimos en que sin él no podría explicarse la transmisión de la luz.

Los futuros descubrimientos científicos ¿demostrarán quizá que también está supeditada á ese misterioso elemento la atracción universal, fuerza de que depende el armónico y majestuoso movimiento de los soles y sus sistemas, que en otro caso se dislocarían, hundiéndose en el caos más espantoso?

¡Sabe Dios!

FÍSICA EXTRA-SENSORIAL

El homínculus.

Podría escribirse un libro curiosísimo con el título de *Física sideral ó extra-sensorial*, y su estudio tal vez nos haría vislumbrar el modo de ser de otros mundos y de otros seres.

Nuestro planeta mismo es un mundo misterioso, porque cuanto conocemos de los fenómenos físicos y reputamos como verdades probadas, es sólo un espejismo, una fantasmagoría, una apariencia.

Todo hemos de referirlo forzosa y fatalmente á nuestro modo de sentir y con relación á nuestro tamaño y especiales condiciones orgánicas.

Así, pues, el hombre se encuentra circunscrito á un punto muy limitado de la Naturaleza, estándole vedado conocer lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño; esos extremos son para él inaccesibles, y al escribir los tratados de física sólo puede referirse á ese círculo estrecho en que vive.

Ocurren en la Naturaleza muchas cosas que están fuera del alcance del observador, á pesar de que el hombre es hechura del medio ambiente; en efecto, su peso es proporcionado á su volumen y fuerza muscular, y todo ello perfectamente armonizado con la potencia atractiva del planeta en que vive; su aparato visual corresponde de un modo admirable á la intensidad de la luz solar y difusión de esa luz en la atmósfera; sus órganos todos se adaptan maravillosamente á las condiciones especiales de la Tierra en que habita; es un compuesto de los elementos que le rodean, y el cambio de una de esas condiciones fundamentales de la vida terrestre sería tan funesto que destruiría á la humanidad en un momento.

Concíbese claramente que si en el número incalculable de astros que se mueven en el espacio infinito hay algunos (como lógicamente es de suponer) donde sea posible el desarrollo de seres vivos, diferirán éstos de nosotros en la misma pro-

porción que difieran los elementos de vida de esos mundos desconocidos, comparados con el nuestro.

La evidencia de esta verdad demuéstrase sin salir de la Tierra, con sólo aceptar la hipótesis de un cambio en el organismo humano; la supuesta modificación de ese organismo pondría al hombre en condiciones de apreciar curiosos fenómenos físicos que se verifican en nuestro planeta, descubriéndonos un mundo invisible.

El famoso Sir William Crookes, individuo de la Sociedad Real de Londres, dió no hace mucho en un centro científico de aquella capital una notabilísima conferencia acerca de este interesante estudio.

«Supongamos (dice Crookes) un hombre pequeñísimo, un *homúnculus*... No hemos de figurárnoslo microscópico, ni capaz, por lo tanto, de ver y estudiar los misteriosos movimientos moleculares; basta con que el hipotético hombrecillo posea una talla que le permita observar sin trabajo fenómenos físicos que apenas llaman nuestra atención por lo insignificantes, dada nuestra estatura, como por ejemplo: la tensión superficial de los líquidos, la capilaridad, los movimientos brownianos, etc.

»Estas fuerzas serían tan evidentes y dominantes para nuestro homúnculus, que no podría él nunca imaginar la hipótesis de lo que llamamos gravitación universal.

»Coloquémosle sobre una hoja de col, y veamos qué es lo que podrá observar en derredor de sí, suponiéndolo dotado de inteligencia suficiente para anotar sus observaciones y formular leyes físicas.

»La superficie de la hoja de col se le aparecería como un campo de algunos kilómetros cuadrados de extensión, sembrado aquí y allá de enormes esferas brillantes y transparentes (las gotas de rocío), inmóviles, de un tamaño tal que su altura, con relación á la del espectador, sobrepujaría en más del doble la de las grandes pirámides egipcias (fig. 16).

»Atraído por la curiosidad, aproximase á uno de estos globos maravillosos para tocarlo con la mano, y advierte que resiste á la presión, tal como si fuese de caucho, hasta que una circunstancia fortuita produce la rotura de su superficie...

Siéntese el hombrecillo entonces arrastrado con fuerza irresistible por aquel torrente, pero en uno ó dos segundos la desbordada masa de agua se detiene y rehace, formando de nuevo una gran esfera líquida, en cuya superficie, á mayor ó menor altura, hállase nuestro homúnculus prendido, ó mejor, *pegado*, siéndole imposible vencer con su propio esfuerzo



FIG. 16.—El homúnculus y la gota de rocío.

muscular la poderosa atracción de la esfera, que le suspende en su superficie.»

Efectivamente, en el caso hipotético que presenta Crookes sucederían así las cosas, porque todos hemos visto resbalar-deformándose, una gota de rocío, tomando de nuevo su forma primitiva al detenerse, y claro es que si encontrase en su breve trayecto una partícula libre del tamaño del hombrecillo en cuestión, la arrastraría consigo.

Al dimiuto héroe de esta narración le estaban reservadas multitud de sorpresas, y aunque hubiera merecido la nota de

sobresaliente en la asignatura de Física (la que conocemos), hallaríase totalmente desorientado y confuso hasta ir estudiando las cosas y fenómenos que le rodeaban, de tal suerte que acabaría por creer patrañas lo que en los libros hubiera aprendido y se formaría una nueva *legislación* basada en las observaciones que hiciera.

Después de admirar aquellas inmensas esferas líquidas emprende un viaje por la superficie de la hoja de ccl y encuentra el país terriblemente montuoso; todo se vuelven cerros, valles, cañadas y desniveles.

Después de larga caminata hállase ante una extensa superficie compuesta de la misma materia que la de las esferas transparentes, pero formando una gran llanura: un verdadero mar.

Las aguas de este mar no están al mismo nivel; forman las orillas una pendiente de muchos metros de altura, de modo que el hombrecito, situado en la playa, se figura estar en lo alto de una montaña de agua, y ve que desde sus pies hasta la parte donde el mar comienza á presentar un nivel uniforme hay un declive cóncavo (es el menisco cóncavo formado por el agua en las paredes de los vasos).

En vano intentará llenar un vaso de agua; ésta se resiste tenazmente á penetrar en el receptáculo, y si, ideando algún ingenioso procedimiento, consiguiera llenar el vaso, le sería luego imposible vaciarlo; considérese que tendría menos diámetro que un tubo capilar.

El hombrecillo supondrá fundadamente que todos los cuerpos son insumergibles mientras estén secos, sin que en sus condiciones de flotabilidad intervenga para nada el peso específico de cada uno, pues verá que flotan sobre la superficie del mar piedras de buen tamaño, y hasta enormes barras de acero (agujas); en torno de estos objetos forma el líquido una concavidad, y no consigue hundirlos por mucho que en ello se empeñe.

En vista de estos fenómenos, ¿deducirá que la superficie de los líquidos en reposo es siempre horizontal? ¿Creerá que los cuerpos sólidos se sumergen ó flotan según su peso específico? ¿Será para él una verdad indiscutible la conocida ley de

Arquímedes? Ciertamente que no, y estaría autorizado para afirmar en redondo que los líquidos en reposo afectan formas esféricas ó curvilíneas, convexas ó cóncavas, según las circunstancias, y que no pueden trasladarse fácilmente de un vaso á otro, ó verterse, obedeciendo á la fuerza de la gravedad, etc.

Con respecto á esta fuerza, cuyas constantes manifestaciones son para nosotros evidentes, haría el diminuto observador muy peregrinas observaciones, hallando á cada paso motivos para creer que existen otras fuerzas más poderosas que anulan aquélla, de modo que le sería muy difícil, si no imposible, idear la hipótesis de lo que llamamos gravitación universal.

Supongamos que deseando atravesar aquel océano que se extiende ante su vista, toma pasaje en un barquichuelo adaptado á su tamaño y que navega á fuerza de remo y sin peripécia alguna. De pronto descubre á lo lejos otra embarcación... aún está á tres ó cuatro kilómetros de distancia, pero observa lleno de asombro que su nave se dirige con rapidez hacia la otra, sin que sus desesperados esfuerzos consigan hacerla tomar el rumbo primitivo... ¡Todo inútil! Los dos barcos acaban por unirse, formándose en derredor de ellos el indispensable menisco cóncavo, especie de muralla líquida de resistencia incontrastable; estériles son cuantos trabajos ejecutan los tripulantes de una y otra nave para separarlas... Está visto que en aquel mar es imposible la navegación habiendo barcos vecinos. Una flota entera de navecillas por el estilo acabarían por formar un grupo compacto, atrayéndose unas á otras con fuerza irresistible.

Otro percance más peligroso ocurriría si de pronto cayese en aquel mar, aunque fuese á distancia de muchos kilómetros, una masa de creta, de azúcar de pilón ú otro cuerpo poroso; vería entonces el homúnculus que las tranquilas aguas del mar, lejos de desplazarse dejando espacio á aquel voluminoso cuerpo sólido, serían arrastradas por éste formando impetuosísimo torrente y precipitaríanse hacia él elevándose hasta su cumbre y llevándose consigo la nave (fig. 17).

Estos dos últimos fenómenos, que no menciona Crookes, serían bien evidentes para el hombrecillo, y lo son para nosotros en muy pequeña escala; sabido es que los corpúsculos

vecinos que flotan en la superficie de un líquido (un vaso de agua, una taza de café, etc.) tienden á reunirse. El segundo caso es una manifestación de capilaridad.

Acerca del peso de los cuerpos también establecería el homúnculus leyes muy curiosas. Caminando tranquilamente por la mencionada hoja de col, después de sus aventuras marítimas, no tarda en convencerse de que tampoco en tierra firme está seguro. A cada paso tiene que eludir el encuentro

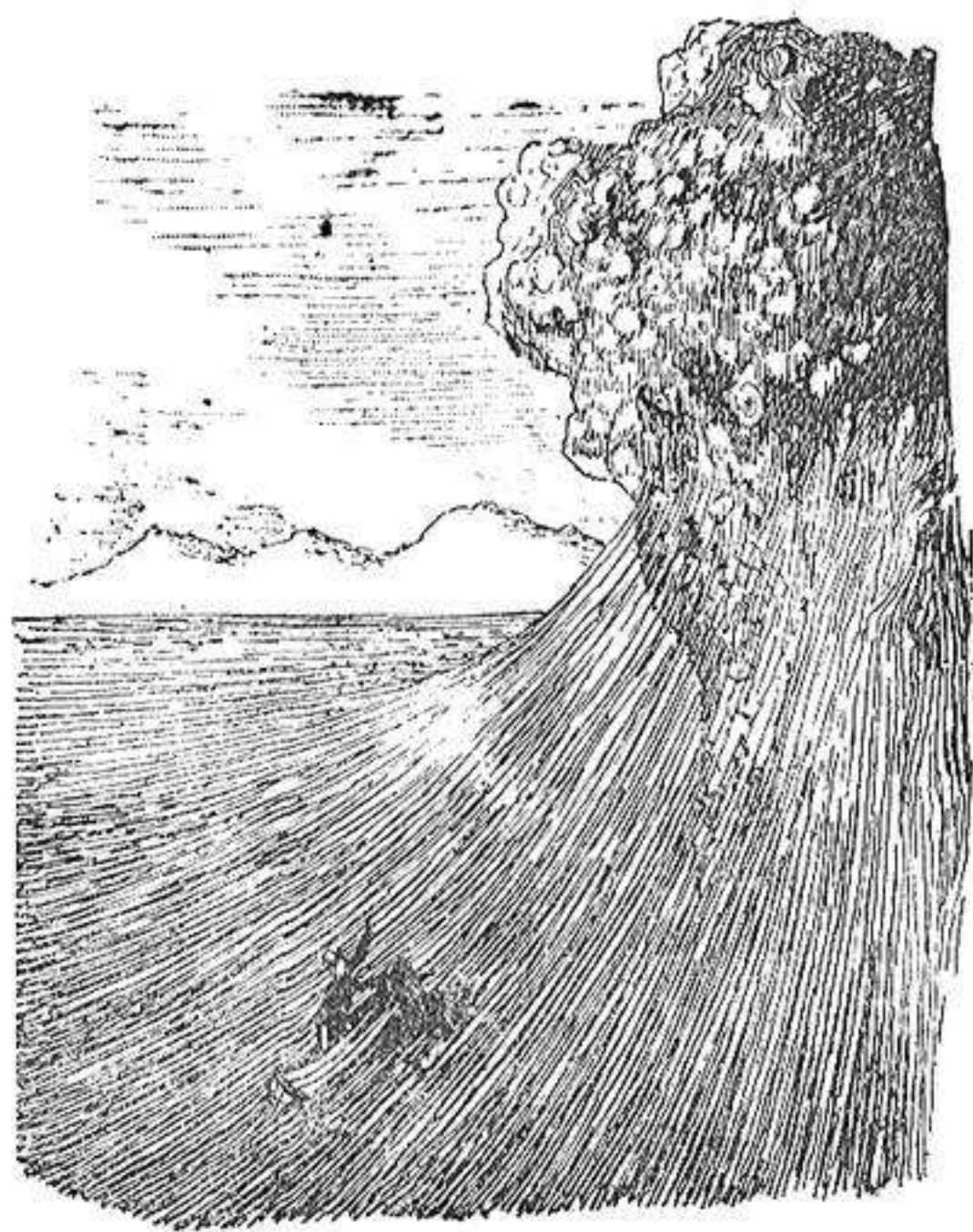


FIG. 17.—La capilaridad absorbiendo el mar.

peligroso con infinidad de objetos de gran tamaño que arrastra el aire: enormes trozos de madera ó de otras substancias, tremendas bolas erizadas de pinchos (semillas vegetales), sierras, ganchos y fragmentos de coraza de variadísimas formas, todo ello de un tamaño desmesurado (restos de insectos) y, en fin, hasta cuerpos metálicos ó pétreos, cuya densidad no haría presumir que pudiesen volar de aquel modo.

Estos son los corpúsculos que flotan en la atmósfera y que vemos agitarse en un rayo de sol.

Este héroe imaginario juzgaría una exageración absurda la dificultad que hallamos para remontarnos en el aire sin auxilio de globos ó alas, pues vería organismos vivos, seres macizos de colosal tamaño y sin alas, capaces de elevarse por

un soberano esfuerzo muscular á grandísimas alturas; no otra cosa sería para él una pulga, cuyo salto equivale á 200 veces su tamaño (fig. 18).

¿Y qué extrañeza no le causaría también observar que en la superficie de los líquidos en reposo se mueven ó vibran multitud de objetos inanimados? Difícilmente podría explicarse lo que se llaman «movimientos brownianos», para él de gran importancia; verdad es que los físicos de *tamaño natural* tampoco los explican satisfactoriamente.

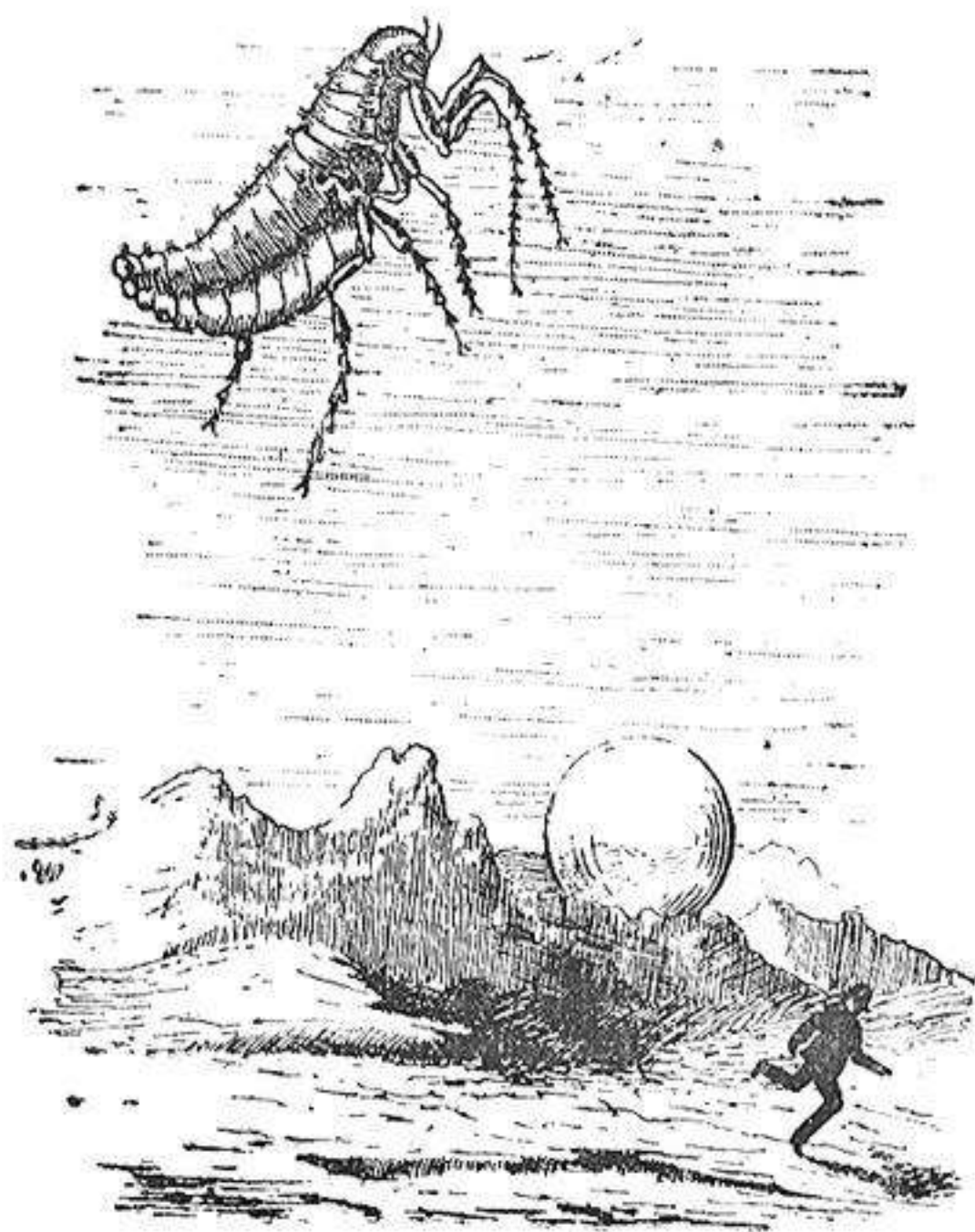


FIG. 18.—El homúnculus y la pulga.

En resumen: la física del homúnculus diferiría notablemente de la nuestra, á pesar de vivir en el mismo mundo y subordinado á iguales fuerzas de la Naturaleza; únicamente en la talla se diferenciaría de nosotros, y basta, como se ha visto, la hipótesis de esa modificación para que todo cambie y haga suponer que se vive en otro planeta.

El extremo contrario, es decir, la suposición de un Micro-megas, ó simplemente la modificación de algún órgano sensitivo, producirían aparentemente en el mundo cambios no menos maravillosos, como se verá en los siguientes capítulos.

Micromegas.

Imaginemos ahora, en contraposición al *homúnculus*, un hombre disparatadamente grande, y estudiemos también lo que podríamos apreciar si nos sometieran á algunas otras modificaciones orgánicas; todo ello para venir á parar en que lo poco que creemos saber de la física terrestre está más en nuestro modo limitadísimo de sentir y apreciar las cosas que nos rodean que en la misma naturaleza de éstas, cuya esencialidad nos es totalmente desconocida.

*
* *

El Sr. de Micromegas, personaje ideado por Voltaire, era lo que se llama un buen mozo, pues su estatura no medía menos de ocho leguas, que aunque fueran francesas (de cuatro kilómetros) no dejarían de proporcionar en los tiempos presentes un pintoresco viaje en ferrocarril á lo largo del cuerpo.

Dice el autor de *Micromegas* que éste tenía que ser forzosamente del indicado tamaño, porque siendo natural de un planeta del sistema de Sirio, cuya circunferencia (la del planeta) era 21.600.000 veces más grande que la de la Tierra (y no pecó de coito al imaginar el tamaño del tal astro), correspondíale esa estatura, con relación á la que *disfrutamos* los míseros terrestres; es decir, que establecía una ley entre el tamaño del planeta y el de sus presuntos habitantes.

Algo aventurado estuvo Voltaire al hacer esta afirmación (aunque él siempre estaba de broma), pues en la admitida hipótesis de que algunos planetas estén habitados, precisamente los más grandes poseen mayor potencia atractiva y los seres que en ellos habiten se supone que serán pequeñitos y ligeros; para poder manejarse hombrazos tan descomunales como Micromegas necesitarían un vigor muscular inconcebible (1).

(1) En el Sol, que tiene un diámetro 112 veces mayor que el de la Tierra, un hombre que pese aquí 60 kilogramos, pesaría 1627.

Como el estudiar este asunto me llevaría lejos de mi propósito, y como además escribió Voltaire sus viajes del Siriano y del Saturniano con un fin muy distinto al que se persigue en estas líneas, me acomodo á las ocho leguas de estatura del Sr. de Micromegas para hacer constar que, si este talludo personaje era hombre bien proporcionado, podría medir cuartas de una legua, ó dicho de otro modo, que la distancia desde el extremo de su dedo pulgar al del meñique, ambos separados lo más posible uno de otro, sería de una legua.

Esto sentado, hagámonos cargo de un curioso fenómeno que observaría en la Tierra, suficiente para que estableciese, fundado en su propia experiencia, una importantísima ley física que para nosotros no existe, ó á lo menos no podemos provocar, dada nuestra estatura.

Si abrimos la mano y tomamos entre el dedo pulgar y el meñique, en una extensión de algunos centímetros, un poco de barro, de arena ó de tierra, nada observamos de particular.

Pero ¿qué le sucedería á Micromegas al tomar en esta forma cierta cantidad de tierra? Que inmediatamente percibiría una intensa sensación de quemadura, y veríase obligado á soltar sin demora lo que hubiera cogido.

Si intentase hacer nuevos ensayos en distintos puntos de la superficie sólida del planeta, le sucedería siempre lo mismo: sensación de calor insoportable, aunque la piel de los dedos fuera muy resistente y de estupendo grosor.

Y sería bien natural que así sucediese. Pudiendo Micromegas arrastrar en menos de un segundo, y á distancia de varios kilómetros, una gran masa de tierra, arena ó piedras, estos materiales se elevarían por el roce á una alta temperatura, y hasta llegarían algunos á fundirse.

«El Siriano (dice Crookes) atribuiría á las rocas, y otros minerales que constituyen la superficie del globo, las propiedades que nosotros atribuimos al fósforo, el cual se inflama al más leve rozamiento.»

Escribiendo, pues, su Tratado de física terrestre no dejaría de consignar el importantísimo fenómeno siguiente:

«Este planeta se compone de una substancia por extremo inflamable, que hay que manejar con sumo cuidado y lentitud, so pena de correr grave peligro de quemarse.»

Seguramente que ni le pasaría por la imaginación la idea de hacer estudios encaminados á investigar la problemática habitabilidad de la Tierra; estaba autorizado para asegurar que un planeta tan inflamable debía carecer de toda condición favorable al desarrollo de seres vivos.

Algo más podría decirse acerca del juicio que de nuestro mundo formaría Micromegas; por ejemplo, para él la atmósfera terrestre sería un gas sumamente tenue y rarificado, pues lo respiraría á ocho leguas de altura (1). Tampoco podría hacerse cargo de las mareas, porque el desnivel máximo entre el flujo y reflujo (unos cuantos metros) sería de una insignificancia imperceptible, dado el gigantesco tamaño del observador, etc.

Pero el objeto de estos breves apuntes ha sido sólo mencionar el curioso fenómeno que queda descrito, como prueba de que la modificación de la talla humana bastaría para hacernos ver un mundo nuevo en nuestra propia morada terrestre.

Analizaremos cuál sería el aspecto de ésta si se modificase en cierto modo algún órgano de los sentidos.

El mundo de los rayos X.

El más noble de los sentidos es el de la vista. Gracias á él y al agente luminoso que lo impresiona, nos ponemos en relación, sin tocarlos, con todos los objetos, desde el insecto que revolotea á algunos centímetros de nuestros ojos hasta el sol espléndido que cumple su misterioso destino en las profundidades del abismo sideral.

(1) Nadie admite hoy como probable el exagerado cálculo de Laplace, que asignaba á la atmósfera una altura de 42.000 kilómetros. Biot, fundándose en el progresivo enrarecimiento del aire, observado al subir á elevadas montañas ó en globo, encontró sólo 48 kilómetros. Glaisher y Coxwell realizaron en 1862 una ascensión aerostática, y á la altura de 10 kilómetros hallaron ya serias dificultades para la respiración.

Se concibe la existencia de una humanidad privada de cualquiera otro sentido, sorda, por ejemplo, capaz de progresar, de conseguir conquistas científicas y morales de mucha transcendencia, de reconocer las maravillas de la creación y la pasmosa grandiosidad del Universo; pero una humanidad ciega estaría forzosamente condenada no ya á la perpetua obscuridad física, sino á otra cosa mucho peor, á las tinieblas de la inteligencia, pues no conocería, como nosotros, con tanta evidencia y claridad la obra de Dios.

Ha podido el hombre, merced á su ingenio y adelantos científicos, aumentar algo su potencia visual, ayudándose del microscopio para percibir lo muy pequeño y del antejo astronómico para alcanzar á ver mejor á grandes distancias... Pero así y todo, ¡qué limitado y qué grosero es aún nuestro aparato visual!

Hay en él una condicionalidad fisiológica que nos impide traspasar ciertos límites, por muy maravillosos que sean los aparatos que se inventen; y si esto pasa con el admirable órgano de la visión, no hay que decir que los demás, por delicados que nos parezcan, son más groseros y están, si cabe, más restringidos y sujetos á limitación; así es que sólo conocemos una parte bien pequeña de los fenómenos físicos, escapándose á la percepción humana infinidad de manifestaciones acústicas, eléctricas, magnéticas, lumínicas, radiográficas, químicas, etc.

Sabido es que un cuerpo que produce en la atmósfera 30 ó 32 vibraciones por segundo nos da la sensación de sonido; es la nota más baja que se conoce. Menos de 30 vibraciones no se percibe nada, y cuando llega el número de vibraciones á 32.000 y pico por segundo se ha llegado al límite de los sonidos agudos perceptibles para el hombre. Tal vez comenzará ahí el reino *acústico* de los insectos.

Si en lugar de estas vibraciones aéreas estudiamos las que se verifican en ese medio infinitamente sutil y elástico, en ese aire *semidivino* que se llama éter, la velocidad de las vibraciones se acrecienta enormemente, y hay que contarlas por millones, por miles de millones y billones en cada segundo.

La *región* eléctrica, si es permitido llamarla así, abarca des-

de los 32.000 hasta los 34.000 millones de vibraciones por segundo; más allá, hasta los 35 billones, están los rayos caloríficos; y aún más allá, hasta los 400 y pico de billones, está lo desconocido... es una laguna misteriosa, un paréntesis en blanco, que permanece hoy por hoy secreto para el hombre.

Y llegamos á la espléndida región de la luz. La sensación de luz, mejor dicho, las vibraciones que transmiten al ojo humano las imágenes visibles, están comprendidas en muy estrechos límites, desde 450 billones por segundo (luz roja) hasta 750 billones (luz violeta).

¿Que cómo se han *contado* vibraciones en número tan espantoso, inaccesible al humano entendimiento? Nadie ha acometido ese imposible, pero el cálculo es de los sabios que á esos estudios se dedican, y hay que creerlos bajo su palabra cuando no se quiere ó no se puede investigar la verdad de lo que afirman, con autoridad para ello.

Aún más allá de la región de la luz visible llegamos á la que es para nuestros sentidos completamente desconocida. Supone William Crookes que los rayos X del profesor Rontgen serán producidos por un número de vibraciones comprendido entre 288.000 billones y dos trillones por segundo; tal vez más.

Ahora bien, con esa velocidad de vibración los rayos lumínicos se modifican en algunas de sus propiedades, ó las pierden, dejando de refractarse, reflejarse y polarizarse, y pasan á través de los cuerpos que llamamos opacos. Hoy se comienza ya á averiguar que los rayos de luz engendrados por mayor número de vibraciones son precisamente los que con mayor facilidad atraviesan los cuerpos más densos.

Previos estos ligeros apuntes, hagámonos ahora cargo del aspecto que la naturaleza terrestre ofrecería al hombre si éste poseyera un órgano visual apto para percibir directamente los rayos X.

Acercas de esta hipótesis que, como se ve, no está basada más que en el cambio ó modificación de un solo sentido, ha hecho Mr. Gastón Moch curiosísimas consideraciones en un artículo publicado por la *Revue Scientifique*, y que viene á ser

como una ampliación de los estudios de Crookes referentes al *homúnculus* y al *Micromegas*.

Mr. Moch comienza por imaginar un hombre, al que denomina *Xylope*, provisto de ojos capaces de percibir, no como los nuestros, de 450 á 750 billones de vibraciones por segundo, sino las comprendidas entre uno y dos trillones, ó más.

Este hombre, habitante del planeta en que vivimos ¡qué idea más distinta á la nuestra se formaría de él!

Por el pronto, de la mujer amada no vería más que el armazón óseo, rodeado de una masa semitransparente y confusa... algo parecido á una envoltura gelatinosa... El concepto que el xylope tendría de la belleza femenina diferenciaríase radicalmente del nuestro... ¿Cómo le era posible apreciar los detalles que nos seducen y admiramos en una mujer hermosa, el brillo y expresión de los ojos, la encantadora sonrisa, la sonrosada epidermis?...

Ciertamente que los novelistas de un mundo de xylopes propenderían á las descripciones osteológicas, como consumados anatómicos, cuando trazaran *poéticamente* el retrato físico de alguna heroína irresistible por su belleza.

«Su *tórax* (dirían) era de una simetría y perfección irreprochables, limitado por dos *omoplatos* de correctas y puras líneas, en los que había preciosísimas *fosas subescapulares*, verdaderos nidos de amores. El elegante y atrevido *esternón*, con su bonito *apéndice xifoideo*, era una idealidad, lo mismo que sus graciosos *cúbitos* delicadamente esfumados entre la envoltura traslúcida de las carnes...»

El conjunto del esqueleto humano en sus diversas posiciones y movimientos, tan horripilantes para nosotros, sería para el *xylope* de un encanto y belleza incomparables en algunos privilegiados tipos femeninos. Y nosotros mismos, si fuésemos xylopes de nacimiento, hallaríamos en los detalles osteológicos motivos de deleite para la mirada, pareciéndonos en cambio que un ser de armazón óseo invisible y constituido exteriormente por esta materia que llamamos carne, era pesado y grosero, sin elegancia de formas ni condiciones estéticas.

Las cosas nos parecen, no como son ellas en sí, sino como

nos las permite apreciar nuestro modo especialísimo de sentir; por eso es tan relativo el concepto de la belleza, creada más en la imaginación, sometida á las sensaciones que en nosotros producen los objetos, que dependiente de la morfología de éstos. Si en otros planetas de muy distinta constitución física que el nuestro hay condiciones de vida y se ha desarrollado en ellos una especie de seres inteligentes que representen allí lo que aquí la humanidad, ciertamente que si pudiéramos verlos nos parecerían monstruos quiméricos, figuras horribles, espantosos engendros capaces de matarnos de un susto, aunque nos presentasen su Apolo ó su Venus, arquetipos de belleza.

Todo lo que no fuera un organismo como el nuestro, una distribución de órganos igual á la nuestra, lo juzgaríamos feo, horroroso, espantable... más aún que el descarnado esqueleto humano, pues al fin éste marca los trazos fundamentales de nuestra forma corporal.

Y volvamos al xylope. No sólo vería éste á sus semejantes del modo que queda expresado; la Naturaleza entera ofrecería un aspecto muy diferente al que nosotros contemplamos, y otras serían para él algunas leyes físicas. Si las expusiera en un libro, no tendría éste menos rarezas y particularidades que los escritos por el *homúnculus* y Micromegas; todo sin salir de la Tierra y basado en observaciones propias.

Figurémonos un bosque frondoso, espesísimo; la mirada apenas puede abarcar un pequeño espacio; los numerosos troncos de árboles, el apretado ramaje, los millones de hojas, forman una verdadera muralla de verdura que impide en absoluto contemplar el horizonte.

Allí donde nuestros ojos ven la enmarañada espesura de vegetales, el xylope vería una gran extensión de terreno escueto, desnudo, yermo. En sustitución de los árboles, para él por completo transparentes, admiraría el bello espectáculo de la savia en forma de gotitas de agua extremadamente diminutas, brillando á los rayos del sol, y dispuestas de modo que formarían los más caprichosos y complicados dibujos, elevándose tan lentamente que parecerían inmóviles.

Al xylope le estaría vedado aproximarse mucho á estas pre-

ciosas ramificaciones cristalinas, y menos podría tocarlas con la mano; no viendo el tronco, tropezaría con él, sufriendo golpes dolorosos.

En su tratado de Física leeríanse estos curiosos párrafos:

«Al comienzo de la estación primaveral ocurre siempre que aparecen en los campos una infinidad de manantiales ó surtidores de agua. Esta agua posee cualidades físicas muy distintas á las que se observan en el agua común y otros líquidos, pues sus moléculas están evidentemente sustraídas á la fuerza de la gravedad. Es un misterio que aún no ha podido descubrir la ciencia.

»No menos misteriosa es su resistencia á la evaporación. Sabido es que el agua se evapora, y con más rapidez cuando se halla en forma de pequeñas gotas; pero las que constituyen los expresados surtidores, á pesar de que están expuestas á los ardorosos rayos del sol y á las corrientes de aire, resisten estas influencias con una tenacidad asombrosa.

»Cuando se inicia la aparición de estos surtidores, su fuerza ascensional es extremadamente débil; acreciéntase luego y comienzan á formarse filamentos capilares de agua que se subdividen hasta lo infinito, y se van poco á poco elevando hasta alcanzar algunas veces una altura considerable, observándose que cuanto más grandes son los manantiales, más subdivididos están.

»Durante los rigores del estío, lejos de secarse estos surtidores de agua, parece como que adquieren mayor fuerza y actividad; en cambio, el invierno los hace desaparecer, siendo entonces peligroso transitar por los lugares en que existieron, á causa de los vivos dolores que se experimentan al acercarse al punto preciso donde se elevaban; siéntense á modo de golpes ó pinchazos... En los países civilizados se advierte al caminante, por medio de rótulos, que no debe aventurarse en determinados pasos peligrosos.

»Corresponde, pues, á cada uno de estos manantiales una zona impenetrable que le envuelve y protege, y que persiste aun después de seco definitivamente.»

Estos y otros apuntes por el estilo escribiría un xylope cuando aún estuvieran las ciencias y la industria en un estado

de relativo atraso. Más adelante, cuando el progreso de la civilización fuera dando á conocer muchas cosas ignoradas, otro sabio xylope completaría el precedente capítulo con estos interesantes datos:

«En los tiempos modernos se ha descubierto el modo de utilizar para las necesidades de la vida los surtidores de agua que con tanta profusión aparecen en el campo durante la época del verano. El sistema que se emplea es admirable é ingeniosísimo. Por medio de unos instrumentos especiales llamados hachas y sierras se consigue realizar lo que parecía totalmente imposible, lo que jamás nuestros antepasados hubieran podido ni imaginar siquiera: despiender, separar de la tierra los surtidores, ya en su totalidad atacándolos por el pie, ó ya en fragmentos, operando en las partes superiores.

»La substancia dura y transparente que los envuelve ha comenzado ya á utilizarse para tapar los huecos de los edificios, cortándola en láminas muy delgadas; así penetra la luz, sin que invada el frío ó la lluvia el interior de las viviendas. Se fabrican también otros muchos objetos utilísimos.

»Dícese que el sabio Sr. N. ha ideado la construcción de discos de esta substancia que, colocados en determinadas posiciones delante del ojo, permiten ver con gran aumento los objetos lejanos, los cuales parece como que se aproximan.

»Esta preciosa materia ha recibido el nombre de *madera ó cristal de surtidor*, y está llamada á producir una revolución en el mundo científico é industrial.»

Véase, pues, de qué distinta manera se apreciaría la naturaleza física del globo con solo un cambio en las condiciones orgánicas del aparato visual; pareceríanos otro mundo el nuestro, y sin haberse modificado su aspecto.

Pero no es esto sólo. El xylope, sugestionado en sus primeros tiempos por la observación de fenómenos misteriosos, crearíase una mitología especial, única manera de explicarse lo desconocido.

No de otro modo se explicó la humanidad, en las épocas del politeísmo, multitud de fenómenos naturales, y de ahí el inventar á Júpiter fulminando rayos, á Neptuno encrespando

el mar, á Eolo desatando los vientos, á Iris desvaneciendo tempestades, etc.

Cuando entre los xilopes se hubiera universalizado la creencia en el Dios único, recordaría alguno de ellos las antiguas supersticiones, escribiendo este trozo de historia:

«Nuestros crédulos é ignorantes abuelos supusieron que cada manantial ó surtidor campestre estaba protegido por un dios, un espíritu invisible que velaba por su existencia, no permitiendo que el hombre se aproximase á él. Desarraigar tan absurda creencia, base de las primitivas religiones, fué obra de muchos siglos... Antes de que las leyes de todos los países consintiesen, atacar con hachas y sierras los *sagrados* surtidores, hubo grandes trastornos y discordias en los pueblos, y la sangre corrió á raudales...»

¡Todo ello por ejercer el oficio de leñador!

Verdad es que en el mundo, tal como está hecho, y con los ojos que Dios nos ha dado, también nos despedazamos unos á otros... por eso: porque los pueblos grandes y poderosos quieren ser leñadores, considerando árboles *cortables* á los pueblos débiles y pequeños.

RAMIRO BLANCO.

(Concluirá.)

LA MUJER

¡FLORES, Á ESA FLOR!!!

Shakspeare.

¿Qué es la mujer? El hombre, el gran demente
que todo lo interroga, esa pregunta
hace á su corazón eternamente
al mirar junto á sí, mágica, inquieta
como la estrella en el azul perdida,
á esa sublime diosa de la vida...
¡radiante creación de un Dios-poeta!
á ese ser misterioso, dulce y blando
alpha viva de todos los amores
formado, cual la noche, barajando
sombras y resplandores:
¡pan de dicha, amasado
con todo lo bendito y venerado!...
el llanto, la ternura,
la abnegación, la risa, la hermosura,
el casto amor, el impaciente anhelo,
cual si su extraña y santa levadura
fuese un poco de Dios ó algo de cielo.
¡Estrofa viva y bella
que, aunque al mundo no cuadre,
entre todos los cánticos descuella,
pues empieza en un beso de doncella
y termina en un ósculo de madre!

Esa pregunta de misterios llena
ya en las florestas del Edén resuena,
en el albor del terrenal cariño
que quiere, como todo, ser fecundo,
cuando el fulgente sol era un sol niño,
en la impoluta doncellez del mundo,
cuando el hombre reciente,
al mirar que acudías al reclamo
de un Dios omnipotente,
te gritó balbuciente:
«¿Quién eres?... ¡ámame, porque te amo!»
Y es que entonces el hombre ya promulga
tu misión ¡oh, mujer! misión que encanta
haciéndote hostia santa
que, arrodillado, el corazón comulga.

—
¿Quién podrá describirte,
ni quién en todo tu esplendor copiarte,
si todo aquel que pretendió estudiarte,
en vez de definirte,
acabó, como todos, por amarte!
¿Qué es la mujer? ¿Quién pudo
desvelar el arcano,
mostrando al orbe, de estupores mudo,
descifrado el enigma soberano
y el radiante misterio ya desnudo!
¿Quién es el insensato
que te quiere estudiar, fase por fase,
para encerrar tu olímpico retrato
en el estrecho marco de una frase?
Dios, de ti enamorado,
te ha hecho templo cerrado,
para que así tan sólo Dios lo llene,
pues su llave está en manos de Dios mismo,
como el sol es el único que tiene
las llaves luminosas del abismo.
Pero ya que mi espíritu no sabe
hallar del jeroglífico la clave,

ya que ante mí el misterio comparece,
ya que el arca divina se me ofrece,
¡préstame, oh Dios, la sacrosanta llave!!

—

¿Qué veis? Algo lumíneo y deslumbrante,
algo que resplandece
con poética luz inmaculada...
Es ¡mujer! tu alborada,
es tu espíritu inmenso que amanece.
Enseña ¡oh sol radiante!
¡mariposa de vuelos fulguerosos!
todos tus santos rostros luminosos
que adoran los artistas y poetas,
deja ¡inmenso diamante!
que nos deslumbren todas tus facetas!

—

¿Anheláis hermosura? Y bien, en Tracia
¡montón de flores de la antigua Europa!
derrama un día su encantada copa
la diosa de la gracia,
y nace una mujer mágica y bella,
una célebre esclava... ¡Rodopisa!
hermosa más que la fulgúrea risa
con que ríe la estrella:
que es un cielo animado
cuyos prodigios mórbidos disfrutaban
un monarca de un pueblo venerado
y el inmortal y augusto jorobado
que tres pueblos gloriosos se disputan;
que era tan bella ya, que parecía
fabricada de un sol con los escombros,
y por eso, sin duda, sucedía
que la Grecia inmortal paso le abría
entre explosión de aplausos y de asombros;
pues muy bien se creyera
que sentía de pronto Grecia entera
esa estupefacción inusitada,
esos raros temblores desiguales

de la aguja imanada
 cuando en la inmensa bóveda estrellada
 estallan las auroras boreales!

—

¿Quereis valor? Betulia está cercada:
 como madre amorosa y desolada
 á sus hijos aprieta á su regazo,
 pues la enemiga hueste entusiasmada
 la va estrechando con mortal abrazo.
 Mas, pronto, una mujer bella y amante,
 con extraño valor y diestro dolo
 sabrá desbaratar de un golpe solo
 el mortífero abrazo del gigante.

.....

Es de noche. El soldado soñoliento
 se duerme bendiciendo su fortuna,
 y el alto firmamento
 baña de lleno el blanco campamento
 en la luz sosegada de la luna!
 El céfiro ligero
 que abanica los próximos palmares
 se lleva de la tienda de un guerrero
 ecos de carcajadas y cantares.
 En la tienda lujosa,
 de una lámpara armenia al fuerte brillo
 una mujer hermosa
 brinda por Babilonia y su caudillo.
 —Holofernes, bien hayan los alardes
 que haces de tu poder y de tus bríos.
 ¡Brinda ya tú!... ¡no tardes!
 con esta copa de espumoso Jíos
 por mi patria .. ¡ese pueblo de cobardes!

.....

El, entonces, del túrgido regazo
 hace para su sien blanca almohada;
 la hermosa, arrebatada,
 ciñe al guerrero en poderoso abrazo,
 y cuando ve al caudillo giganteo

ebrio ya por el vino y el deseo,
 la extraña enamorada,
 en instantánea fiera transformada,
 al borracho titán se precipita,
 lo amarra con su cólera inaudita,
 del cinturón arráncale la espada,
 ardiente fija en él sus ojos bellos,
 con la intensa mirada le sujeta,
 ase por los cabellos
 la asustada cabeza del atleta,
 y ciega por la furia que la embarga
 alza el trágico hierro, lo descarga,
 y el pavoroso cráneo donde ardía
 lúbrica hoguera de amoroso anhelo
 que con livianos besos se nutría
 rueda botando sobre el rojo suelo
 con espantosos saltos de agonía.

.....
 El ejército, en tanto, soñoliento
 se ha dormido pensando en su fortuna,
 y el alto firmamento
 sigue bañando el blanco campamento
 en la luz sosegada de la luna.

—
 ¿Anheláis idealismo?

Al sagrado conjuro del lirismo
 Beatriz aparece
 como espectro de un sol que resplandece
 en la quietud solemne del abismo.
 ¡Beatriz! Misteriosa poesía
 cual la que vierte, al expirar, el día;
 Fantasma santo y vivo,
 Hada espiritual que parecía
 un ángel, pensativo,
 y por eso buscábase entre asombros
 bajo las tibias telas perfumadas
 la señal de unas alas mutiladas
 en las calientes nieves de sus hombros;

Doliente sol que inunda
el alma con destellos de inocencia;
Arcangélica novia moribunda
del portentoso cisne de Florencia,
de aquel hombre inmortal llamado el Dante,
Atleta deslumbrante,
Misterioso universo
que el genio alumbra y que la gloria labra;
Miguel Angel del verso,
Formidable Moisés de la palabra
que allá en el siglo trece
de improviso aparece
irguiendo su estatura de gigante,
para ofrecerse á las edades todas
cual se ofrecía al mar rudo y tronante
la escultura titánica de Rodas
Y que, cual este cíclope asombroso,
con su frente tocó nubes y soles,
y, cual él, fué á la vez faro y coloso...
Semejanzas de todo lo grandioso
Parecido sublime de las moles.

¿Queréis místico amor? Aquí, en España,
en la vieja Castilla,
dentro de una ciudad grande y sencilla
que el Adaja gentil arrulla y baña,
una monja sublime nació un día,
que era un mundo abreviado de portentos...
¡Amor, sabiduría,
vibrante fantasía,
tumultos de asombrosos pensamientos!
Una inmortal doctora
que sólo se enamora
de todo lo grandioso y lo bendito,
una mujer volcánica que implora
el cariño de un ser que es infinito,
que con pasión celeste y santa y honda
y con castos anhelos

cuando recorre los azules cielos
 á Dios... ¡al mismo Dios! es á quien ronda,
 y que luego entre angustias infinitas
 é impaciencias benditas
 acudía entre místicos cantares
 á las sagradas citas
 que le daba aquel Dios en sus altares.

.....

Mas ¿á qué proseguir, ni quién podría
 escribir ¡oh, mujer! tu apología
 ó evocar las mujeres inmortales
 que desfilan por dentro de la historia,
 siendo cual son tus célebres anales
 como inmensos panales
 que destilan las mieles de la gloria?
 ¿Al lado de qué genio, de qué artista
 no brilla una mujer hermosa ó buena?
 Más fácil es que exista
 un mar sin oleaje y sin arena.
 Sólo de vez en cuando
 en esta eterna boda de la vida
 se agitan sollozando,
 como el encadenado Prometeo,
 titanes tristemente extraordinarios...
 huérfanos infinitos del deseo...
 atletas solitarios...
 ¡Epaminondas, Newton, Jeremías!
 ¡Grandes almas vacías,
 inmensos corazones pavorosos
 enjutos de pasiones terrenales!
 Al lado de vosotros no aparece
 ni una mujer... En vuestra sombra densa
 ni una expirante estrella resplandece,
 y la historia ¡oh, gigantes! compadece
 vuestra viudez inmensa.

Aunque afónicos siento
la voz y el pensamiento
y á mis ojos acude un mudo llanto,
permite que á las madres
les consagre ¡oh, mujer! mi último canto.
¡La madre! Mar de amor y de heroísmo,
más sacrosanto cuanto más se ahonda...
Eso ha dicho la sonda
arrojada á los senos del abismo
¡La madre! Es una música ese nombre
á cuyos santos ecos de cariño
de igual modo, aunque asombre,
en su cuna de rosas duerme el niño
y en su lecho de espinas duerme el hombre!
El hijo ante ese afecto giganteo
siente de los abismos el mareo,
y ante su excelsa majestad se humilla...
En esa religión grande y sencilla
no ha existido jamás ni un solo ateo!
¡Oh, madre! Tú, que cifras tu fortuna
en ser el ruiseñor que vuela y trina
junto al caliente nido de la cuna,
no bien el sacrificio te reclama,
te yergues de repente cual la llama
ante el recio huracán que la enajena,
á modo de un sollozo tu voz suena
y tu espíritu inmenso que se inflama,
Sinaí de pasión, fulgura y truena!
¡Tus besos! Aun los seres más odiosos
transforman su maldad en oraciones
al sentir sus efluvios milagrosos...
Tus besos fervorosos
más bien que besos son consagraciones.
El Hijo mismo del Eterno Padre,
al encarnarse con amor profundo,
no fué tan sólo por salvar al mundo,
¡fué por sentir los besos de una madre!
¡La madre! A sus mandatos, obediente,

todo llora ó se agita,
 pues es, cuando lo quiere, omnipotente...
 ¡Oh! No digáis que mi vehemencia os miente...
 ¡Escuchad á la Historia que os lo grita!

.....

El rojo sol volcando sus reflejos
 sobre las siete memorables cumbres,
 en torno las guerreras muchedumbres,
 la gigante metrópoli á lo lejos,
 al pie de un ariete
 que pronto romperá como un juguete
 las murallas odiadas,
 un lujoso jinete
 y dos santas mujeres enlutadas.
 —«Tente, hijo mío, murmuró una de ellas,
 »vuelve sobre tus huellas.
 »Olvida los agravios
 »que ese pueblo ha inferido á tu grandeza...
 »Hoy que sabe tu idómita fiereza,
 »Roma pide perdón por nuestros labios.»
 Pero todo es en vano,
 el ilustre romano
 así exclama con voz ruda y bravía:
 —«Madre, díle al tirano
 »que Roma, aunque no quiera, ha de ser mía!»
 —«Y bien, ya que asesinas mi esperanza,
 »tú, del rencor vasallo,
 »comienza por tu madre tu venganza!...»

.....

Y rápida se lanza
 A los pies del indómito caballo.
 El ilustre caudillo rompe en llanto,
 echa atrás su caballo con espanto,
 se vuelve á sus heroicos capitanes,
 rayos de la pelea,
 contempla cómo hierve y centellea
 aquella muchedumbre de titanes

que en los inmensos campos hormiguea,
y con voz que, aunque al mundo no le cuadre,
timbres de trueno en sus acentos toma:
—¡Atrás—exclama,—atrás! ¡No vale Roma
la vida sacrosanta de una madre!

.....
Y huyen todos ligeros
como un hato de tímidos corderos...
¡Santo poder del maternal cariño
que hizo cejar como á miedoso niño
á aquella muchedumbre de guerreros!

.....
Y cerrando la marcha, Coriolano,
viendo trocada en fuga su victoria,
excelso, deslumbrante, soberano,
sobre el corcel troyano,
como la estatua ecuestre de la gloria!

GONZALO DE CASTRO.

ESTUDIOS ORIENTALES

SU INFLUENCIA EN LA POESÍA EUROPEA Y EN LA FILOLOGÍA

Orienti reddenda lux.

Todo lo que es Oriente ó de allí viene me encanta y seduce. De Oriente viene la luz y de allí nos han venido la civilización y el arte. Las ciencias todas, con sus esplendores y magnificencias, y las religiones que ha profesado y practica el hombre, en Oriente tuvieron su cuna.

El objeto del alma humana es la posesión de la Verdad, que trata de alcanzar por medio de sus facultades de pensar, de querer y de sentir, las cuales, idénticas en su esencia, se distinguen en su funcionalismo únicamente. El pensamiento y la voluntad tienen adecuado empleo buscando la Verdad absoluta, Dios, y la relativa, la Ciencia; el sentimiento se complace en la posesión de la Belleza. Ahora bien, la Verdad absoluta, Dios, es oriental, llámese Jesucristo ó Alah, al igual que lo son también todas las ciencias y su *alma mater* la Filosofía. La Belleza y su manifestación sensible, el arte, es también oriental en su más elevado concepto.

Así me he explicado por reflexión la importancia que he concedido á los estudios orientales y mi predilección por ellos desde mi infancia, bien que al principio me dejé llevar, como Víctor Hugo, de la imaginación, sintiendo «una viva simpatía de poeta para el mundo de Oriente, donde él siempre vió brillar deslumbradora poesía, en cuyo manantial deseaba apagar la sed» (1).

(1) Prefacio de *Las orientales*.

En este siglo, inquieto y febril como ninguno, el ansia de saber, el afán por inquirir y analizarlo todo, ha sido la nota característica de la sociedad en que vivimos. La colosal epopeya napoleónica, el derrumbamiento de tronos é imperios, las luchas internacionales, los horrores de las guerras civiles, el azote de la epidemia y tantos hechos de fuerza como registra nuestra historia contemporánea no han logrado distraer un punto al pensador, al filósofo, al hombre de ciencia y al artista de sus estudios é investigaciones. Y no es esto sólo: preocupados con el presente y vueltos los ojos al inmenso cielo del porvenir, no hemos, con todo, dejado de escudriñar el pasado, grandioso é imponente en su ruina, eterna fuente de inspiración, inagotable venero de poesía.

Con razón escribe Víctor Hugo que «nunca han adelantado tanto los estudios orientales y nunca han registrado como ahora tantas inteligencias el profundo abismo del Asia. Tenemos en la actualidad un sabio acantonado en cada país para aprender todas las lenguas del Oriente, desde la China hasta el Egipto. Resulta de todo esto que el Oriente, ya como imagen, ya como idea, se ha convertido para la inteligencia y para la imaginación en una preocupación general, digámoslo así, á la que el autor de este libro—*Las orientales*—no ha podido sustraerse. Se han impregnado sus pensamientos y sus fantasías de los colores orientales, y, casi sin pretenderlo, han aparecido sucesivamente, ya hebreos, ya turcos, ya griegos, ya persas, ya árabes y hasta españoles, *porque España es aún oriental*».

Pudiera creerse, después de leer lo último que hemos transcrito, que Hugo hizo un estudio detenido de los originales que se proponía imitar en sus orientales y que éstas estaban inspiradas en los grandes poetas asiáticos, estudiados á conciencia. Basta tan sólo un ligero examen de la labor del autor que nos ocupa para ver que tenía conocimientos superficiales y poco extensos de las literaturas del país de la luz y de sus poetas, excepción hecha de Saadi y Hafiz, y aun puede afirmarse que bebió en la fuente de nuestra poesía para apagar su sed de Oriente.

Indudablemente tienen más carácter y acusan un conoci-

miento admirable del Ramayana y los poetas persas las obras de Rückert, Daumer, Bodeusted y sus precursores Goethe y Heine, habiendo ahondado los alemanes en orientalismo tanto que ni en literatura ni lingüística ni en arte pueden competir con ellos los demás pueblos europeos.

En Heine la influencia oriental es manifiesta y se revela á cada paso en los asuntos y en el modo de tratarlos. Juzgaba el vate alemán que era su obra maestra la tragedia *Almanzor*, silbada cuando su estreno en Brunswick, y tenía en más estima que sus hermosas poesías, las cuales, según él, no valían una carga de pólvora, y no obstante la crítica, contra la que él se revelaba en este punto, deja en olvido la tragedia calificada por su autor de *gran poema dramático*, para ensalzar la prosa castiza é irónica de los *Cuadros de viaje* y pregonar el mérito indiscutible de sus poesías. Hablando de sus *Lieder*, así se expresa el maestro Menéndez Pelayo: «Los aromas
»del Oriente perfuman sus cantos: el ruiseñor de Hafiz vuelve
»á sonar en sus verjeles: ruedan solemnes las aguas del Gan-
»ges sagrado, donde la simbólica flor del loto aguarda el
»beso de la luna y la austera sombra de Jehuda-Leví de To-
»ledo se levanta como llameante columna que guiaba á la
»caravana de Israel por su nuevo destierro.»

También España es oriental para el ruiseñor alemán. Como todos los coloristas del mundo, el trovador, que parece encarnarse en el hijo del gran rabino de Zaragoza para enamorar á D.^a Clara, en las fantasías de *Almanzor*, cantando los melancólicos paseos y desdenes de las bellezas salamanquinas, y ¿por qué no decirlo? en todo su romancero, quiso rendir homenaje á la España oriental y caballeresca, que adivinaba con su inmenso talento el que era quizás descendiente de aquellos poetas de Toledo evocados en las *Melodías hebraicas*.

El primer poeta inglés de este siglo, Lord Byrón, carácter enérgico y valiente, extremado en todas sus cosas, hizo más que sus compatriotas y hermanos en arte Shelley y Lytton: quiso aspirar el perfume de la poesía oriental en los pensiles del Asia, en los cármenes de Granada, en los bosques de Malta y Grecia y en los floridos huertos que embellecen las orillas del Bósforo. Idólatra del sol, partió de la nebulosa Al-

bión con rumbo á Portugal y España, conociendo en Sevilla la mujer encantadora que nos describe tan apasionadamente en *Don Juan*, y siguiendo su camino, siempre de cara al astro rey, recorrió Malta y Grecia, Italia y Turquía, escribiendo á la luz meridiana sus más bellos cantares, las orgías epicúreas del decadente imperio del *Sardanápalo*, las estrofas vibrantes del *Childe Harold*, los rasgos vigorosos de *Marino Faliero* y de *Los Foscari*.

Cuando su regreso á Inglaterra, sintió esa divina añoranza de la luz y del color que mata á los meridionales trasplantados al Norte y, habiendo recibido el bautismo de luz, ya no pensó más que «en volver á España, ó al Oriente, donde tendré al menos un cielo sin nubes y estaré libre de importunos». Hecho un meridional y habitando Venecia, la ciudad bizantino-latina, única en el mundo por su belleza, aquella cabeza sajona con alma latina se entusiasmó con los proyectos de emancipación de Italia, y sustrayéndose, por dura ley, á los amorosos brazos de las bellas italianas que pugnaban por retenerlo, dió consigo en Grecia, donde murió, con honores de general, después de haber peleado como soldado, el que dió su vida por la causa helena, como había dado lo más puro de su alma de poeta cantando el Oriente, la luz y el amor.

No por ser grandes y altísimos los méritos del bardo inglés, del ruseñor alemán y del poeta de Francia, debe por ello suponerse que pueden obscurecer ó competir siquiera con los ingenios españoles; antes, por el contrario, el color, la luz y el ambiente oriental de sus líricos arrebatos deben considerarse como reflejo del encanto de nuestro cielo y lo elevado de nuestra cultura artística, á la que, como hemos visto, no eran ajenos. Tratándose de orientalismo, deben guardarse los puestos de honor, en lírica, para el dulcísimo Arolas y el incomparable Zorrilla. Hay que recurrir á las obras de Hafiz, Saadi, Abenamar ó Kalidasa para hallar algo que pueda parangonarse con las de nuestros dos poetas, y aun la obra de los maestros que citamos es más verdadera, pero no tan artística, refinada y culta como las leyendas romancescas de Arolas y como la filigrana exquisita del autor de *Al-hamar* y del bellísimo poema de Granada.

Alhambra la roja tuvo un poeta tan grande como su fundador. La belleza del primoroso edificio, canon de la arquitectura arábica, el azul del cielo que lo cobija, lo exuberante de la vegetación en los floridos cármenes, todo surge evocado por la fantasía de Zorrilla, quien da idea no sólo del esplendor presente, si que también del que tuvo aquel paraíso en pasadas centurias, cuando los reyes moros habitaban el alcázar y los bailes y zambras se sucedían en el Generalife al arrullo de las acequias que vivificaban las calles de arrayanes y cipreses, reverdeciendo bosques de laureles, mientras los surtidores, al estrellarse contra marmóreas tazas, difundían grata frescura por los rústicos cenadores y los alegres patios, desde los que, por entre las columnatas de mármol de Macael, se divisaba la ciudad cercana, y á lo lejos la vega con sus ilimitados horizontes.

Para demostrar la importancia de los estudios orientales, podríamos deducirla de la influencia que éstos han ejercido en la obra literaria de los príncipes de la poesía europea del presente siglo, y, no obstante, no es éste el principal mérito del orientalismo, sino que es el ser la base de la ciencia del lenguaje, medio de expresión de la obra literaria, y, para algunos, esencia y alma de la obra misma.

Desechada la preocupación de los filólogos que pretendían dar con el idioma primitivo, para de él hacer derivar cuantos se hablan en el mundo, han adelantado rápidamente las investigaciones lingüísticas gracias á la gramática comparada, ciencia de inducción y experimental, que examina, discute y razona la arquitectura de las lenguas.

Debe considerarse como fundador de la filología comparada al sabio jesuita D. Lorenzo Hervás, quien, al publicar en 1784 la edición italiana de su *Catálogo de las Lenguas*, abrió á la gramática ilimitados horizontes y dió margen á los trabajos que valieron á Humboldt fama europea. Es en verdad cosa inexplicable que un autor tan erudito y amante de su país como D. Juan Valera (1) conceda mayor importancia á Leibnitz que al sabio jesuita español, y diga en su apología

(1) *Disertaciones y juicios literarios*, pág. 111.

del primero que combatió la inveterada manía de buscar el lenguaje primitivo; excitó la curiosidad y llamó la atención hacia el estudio de los idiomas; recomendó el método inductivo; dió reglas para la comparación y la etimología, y que, verdaderamente, *obedeciendo á su genio*, se echaron los cimientos de esta ciencia al escribirse las dos grandes obras, que son como sus piedras angulares: el *Catálogo de las Lenguas*, de nuestro compatriota Hervás, y el *Mithridates*, de Adelung.

Según opinión de autores que gozan de justa fama, no pueden en manera alguna parangonarse las obras de Adelung y Leibnitz con las de Hervás, y, á pesar del silencio guardado por tratadistas españoles y extranjeros respecto al ilustre jesuita y sus inimitables escritos, nadie podrá negar que íué el precursor y propagador de la novísima ciencia del lenguaje. Quizás no hubiesen sido tan rápidos los descubrimientos filológicos si Anquetil, con una tenacidad y fe extraordinarias, en su peregrinación penosísima por el Asia, no hubiese tenido la fortuna de dar con los libros de Zoroastro en texto zend, depositando esa preciosidad bibliográfica en la Real Biblioteca de París en 15 de Mayo de 1762. La traducción que de ellos hizo en 1771 será todo lo imperfecta que se quiera, pero sirvió de base á Bournof para establecer comparación con el texto original y otra versión en sanscrito tomada de una traducción pelvi de Nerioseng. Desde aquel entonces, Wilkins traduciendo el *Mahâbhârata* y el *Bhagavadguîta*; William Jones vertiendo el *Sakuntala*; Enrique Thomas Colebrooke en sus investigaciones sobre los *Vedas*; los dos hermanos Federico y Guillermo Schlegel, discípulos de Hamilton, en sus trabajos *Sobre la lengua y sabiduría de los indios*, y Wilson, Pictet, Pott, Steinthal, Weber, Renan y otros muchos que omitimos en obsequio á la brevedad, aplicando la comparación filosófica de las lenguas á sus distintas familias y desentrañando sus afinidades y parentescos, del conocimiento del zend pasaron al del sanscrito, que es la lengua perfecta madre de todas las del grupo indo-europeo.

Simplifica el estudio del grupo citado la gramática comparada de Bopp en las ocho lenguas sanscrito, zend, griego, la-

tín, lituánico, eslavo antiguo, gótico y alemán antiguo. Conocido el zend, pudo intentarse reconstituir la antigua lengua de los brahmanes, buscar el origen de los modismos del sanscrito y seguir las evoluciones de todas las lenguas aryas. Por el método de Bournof se reduce la raíz á su pristina forma, despojándola de las alteraciones gramaticales que pueda haber sufrido; compárase la voz zenda con la raíz sanscrita semejante y se halla el sentido probable de la palabra analizada, y aplicando la ley de Grimm se busca la forma de la radical, caracterizada por elementos propios de la lengua zenda. Como en ciertas investigaciones químicas ó matemáticas, después de eliminar una serie de hipótesis, tras detenido examen se llega á la verdadera solución.

No es éste lugar propio para seguir relatando los perfeccionamientos de la ciencia lingüística y de la gramática comparada, apuntados aquí por modo asaz confuso, como por quien profundizó poco en su estudio; pero es lo cierto que los descubrimientos filológicos han llevado al conocimiento de la historia de las primitivas edades, permitiendo estudiar las costumbres de los antiguos pueblos, sus instituciones y leyes, las épocas de sus inmigraciones guerreras y sus literaturas y arte, vehículos de su cultura. La historia europea arranca de la de los arayos, ya que reputados autores, Grimm entre ellos, no concede á los primitivos pobladores de Europa mayor antigüedad que dos mil años antes de la era cristiana, en cuya época venían los hombres de esa raza poderosa siguiendo la carrera del sol, de Oriente á Occidente, que es el camino del progreso, iniciado por la raza araya; y para seguir su marcha evolutiva hay que conocer la de los pueblos asiáticos y por ende la filología é historia orientales. Así lo han comprendido al menos conspicuas inteligencias, que de día en día han concedido mayor importancia á tales investigaciones, en auge desde el primer Congreso de orientalistas celebrado en París en 1873, gracias á la feliz iniciativa del profesor Rosny, seguido del segundo reunido en Londres en el siguiente año, al que sucede el tercero en San Petersburgo en 1876, celebrándose dos años más tarde el cuarto en Florencia y en Septiembre de 1881 el quinto en Berlín, primero al que asistieron

orientalistas españoles, dignamente representados por los señores García Ayuso y Guillén Robles, quienes tomaron parte activa dando lectura á curiosísimos trabajos, entre los que figuran una memoria sobre el «Estado actual de los estudios árabes en España».

Los Congresos convocados posteriormente en Leiden (1883), Viena (1886), Stockolmo (1887), Berlín (1888) y Londres tomaron aún mayores vuelos, y asusta é impone el colosal trabajo que suponen los escritos presentados y las obras de las que se dió sucinta cuenta.

Impulsados por el amor al estudio, centenares de sabios procedentes de los más remotos confines de la tierra se han congregado para en amigable consorcio cambiar impresiones, hacer conocer los resultados de sus investigaciones y prestarse mutuo apoyo, tratando de ensanchar el círculo ya inmenso del orientalismo, que con ser tan grande se extiende más y más, como los círculos concéntricos formados por la caída de un objeto en la tersa superficie de sereno lago.

J. FABRÉ Y OLIVER.

COSAS DE ANTAÑO

Documentos antiguos.

Castro y Serrano dejó recomendada la amenidad á los escritores españoles cuando la crítica obliga á documentar los estudios históricos. El público, supremo juez en el mercado de libros y revistas, sin atreverse á negar la importancia del documento, como única fuente de verdad, lo mira con ojos repulsivos y busca con avidez cosas amenas, aunque vayan en compañía de la falsedad, su amiga inseparable.

Hoy que predominan las novelas cortas, las poesías de pocos versos, los artículos de periódico ó de revista en vez del libro, y éste en 8.º mejor que en folio, parece que á los lectores falta el tiempo para la lectura, y eso que se lee en el tranvía, en los entreactos, en la oficina, en el café y andando por la calle; se lee mucho, pero se estudia poco.

En esta situación, en este apresuramiento en que vivimos, fuera temeridad pretender que se leyeran documentos de los siglos XIII y XIV, escritos en aquel lenguaje monótono y machacón que se usaba en los despachos oficiales; pero no será empeño baladí presentar el extracto de algún privilegio real ó copiar, si viene á mano, tal cual parrafillo cuando sea curioso el contenido y por él se pueda venir en conocimiento cabal de costumbres y leyes que unas veces nos producen cierta melancolía por no haber podido disfrutarlas, y otras inmensa satisfacción por no haberlas padecido, que de todo hubo en los tiempos que pasaron.

En 1222 el Rey D. Fernando III confirmó los antiguos privilegios de la villa de Madrid dando á sus vecinos facultad de elegir los *Adelantados*, fijando las condiciones que habían de tener los *aportellados*, estableciendo la contribución

de uno por cada treinta maravedís de renta anual y eximiendo de *pechos* á los madrileños durante el año que pagasen *fonsada*.

Los privilegios de la villa no podían ser muy antiguos por cuanto se había conquistado ésta de los moros ciento treinta y siete años antes.

Adelantados eran funcionarios que, con atribuciones civiles y militares, gobernaban una comarca, y *aportellados* venían á ser como jueces municipales que administraban justicia en las *puertas de los pueblos*. Dícese puertas, porque en el latín de los documentos aparece la palabra *portellum*. ¿No podría ser *portellum* el atrio de la iglesia, el portal del Concejo ó el de la casa del magistrado? El *Kaid* en Marruecos sentenciaba, todavía en este siglo, las querellas de los particulares sentado á la entrada de su vivienda, según nos cuenta *Ali-bey-el-Abbassi* en sus viajes.

La *fonsadera* era un tributo que se pagaba al Rey para atender á los gastos de la guerra: el que acudía á ésta con armas y caballo quedaba exento de la contribución.

Lo de uno por cada treinta maravedís de renta anual resultaba muy aceptable, y ésta es una de las leyes cuya noticia causará ciertamente grata melancolía en el ánimo de los contribuyentes contemporáneos. ¡Dichosa edad y dichosos siglos aquellos en que el Ministro de Hacienda ó el que hacía sus veces se contentaba con el uno por treinta de la renta anual, y aun lo perdonaba cuando había que pagar otra contribución!

*
* *

Por privilegio de Alfonso X, su fecha 22 de Marzo de 1262, se otorgó á la villa de Madrid el *Fuero Real*. Dicen los escritores de derecho que el inmortal autor de las *Partidas*, conociendo las dificultades que había de ofrecer la promulgación de este Código, encariñados como estaban los pueblos con sus fueros particulares, dispuso, á título de preparación, que gran número de villas y lugares observasen el *Fuero Real*. Madrid, no obstante, continuó rigiéndose

por su antiguo Fuero, modificado sin duda por cartas y privilegios, hasta 1329 en que el Rey Alfonso XI obligó á la villa á seguir el *Fuero Real de las leyes*.

En el citado privilegio de 1262 se otorgaban algunas franquicias á los contribuyentes de Madrid como tuvieran caballo que valiera *de 30 maravedis arriba, e escudo, e lanza, e loriga, e brofoneras, e pespunt, e capiello de fierro, e espada*; es decir, una armadura como para cantar en una ópera de Wagner.

También se les eximía de pagar contribución en otro lugar, y podían *excusar ó librar de pechos* (tributos) un servidor cuando tuviesen de 40 á 100 cabezas de ganado.

«Otrosi, añade el documento, que cuando el caballero muriese, e fincare la mujer biuda, que haya aquella franqueza que avie su marido mientras toviese bien biudedat: e si casare despues con ome que non sea guisado de caballo e armas, segund dicho es, que non haya excusados de mientras non toviese el marido este guisamento.»

Esta consideración que se guardaba á la viuda revela el alto concepto que del citado estado de viudez tenían formado aquellos legisladores, consideración que dejaba de prestarse cuando la mujer echaba tierra sobre la memoria del que había sido su esposo.

*
* *

El citado Rey D. Alfonso X hizo merced al Concejo de Madrid, en 1263, de un solar en que habían existido baños, bajo condición de reedificarlos y de aplicar lo que produjesen á la reparación de la muralla; lo cual, como dicen los Sres. Amador de los Ríos y Rada y Delgado, da lugar á dos conjeturas: primera, que con anterioridad á esta fecha había tenido Madrid baños públicos; segunda, que producían una cantidad no despreciable.

Marcábanse en el solar como linderos, á más de varios predios de particulares, *el arroyo que sale de San Pedro, e de la otra parte nuestra calle*. Los célebres caños de San Pedro figuran en el plano de Tejeira (1656) donde ahora la fuente.

cilla que cae bajo el pretil de la cuesta de los Caños Viejos, y por eso se ha creído que el solar cedido por Alfonso X se hallaba próximo á este sitio; pero, según Jerónimo Quintana, las fuentes de San Pedro habían estado en lo antiguo cerca de la iglesia de este nombre, y según documentos que obran en el Archivo municipal, la parte de calle de Segovia que media entre la plazoleta de la Cruz Verde y la cuesta de Javalquinto se abrió en tiempo de Felipe II; luego los baños en cuestión debieron de estar situados más hacia el comienzo de la calle (1).

*
* *

Alfonso X dió un privilegio á Madrid en 1264 determinando la forma y modo de cobrar las contribuciones reales, á fin de cortar ciertos abusos que se cometían por los recaudadores.

«Et otrosi, dice el documento, de lo al que nos dixeron que vos agraviabades que los arrendadores que arrendaban por Nos las nuestras partes de las tercias que nos dan, que vos facen muchas de escatimas en ello, e que vos non quieren tomar el pan, e el vino, e los corderos, e las otras cosas quando los clérigos toman su parte; e que lo demandan quando ellos se quieren; e si alguna cosa mengua, ó se pierde, ó se podre, que lo facen pechar á los terceros, en manera que se vos torna en grande daño.

»Et por vos facer merced tenemos por bien e mandamos que los arrendadores, e los que obieren de recabdar la nuestra parte de las tercias, que pongan en cada un de los lugares qui los tome e los recabde por ellos á la sazón que el Obispo e los clérigos tomaren su parte.»

La Iglesia, con su admirable organización, recaudaba

(1) Madrid tenía á mediados del siglo pasado dos casas de baños *para las personas que no bajaban á los del río por conveniencia ó necesidad*, según expresa una Guía de 1763: una en la calle de Jardines y otra en la del Mesón de Paredes, frente de la fuente.

En 1815 constan ya establecidos los baños de la calle de Hortaleza, junto á la puerta de Santa Bárbara, y los llamados de Berete, en la calle Ancha de Lavapiés, hoy de Valencia, adonde solía ir á bañarse Fernando VII.

oportunamente sus rentas, evitando molestias y gastos al contribuyente; no así los recaudadores reales, que, por lo visto, hacían sufrir al pechero todo linaje de vejaciones. A evitar este abuso tiende el privilegio, y para facilitar la recaudación ordena Alfonso X que se establezca en cada pueblo un agente que cobre la exacción en tiempo fijo, abonándosele su trabajo por cuenta de los arrendadores.

*
* *

En el año 1299 otorgó el Rey D. Sancho IV (el *Bravo*, según unos, el *Pravo*, según otros) un privilegio en favor del convento de Santo Domingo el Real de Madrid.

Hé aquí su cláusula principal:

«Sepades que Nos tenemos por bien e mandamos que mil e quinientas vacas, e cincuenta yeguas, e mil ovejas, e quinientos puercos de las dueñas del monasterio de Sancto Domingo de Madrit, e los sus homes, e sus pastores, anden salvos e seguros por todas las partes de nuestros reynos, e pascan las yerbas, e beban las aguas, asi como los nuestros mismos, e los lleven, non haciendo dannos en vinnas, ni en mieses, ni en huertas, ni en prados dehesados.»

Éste sí que podemos decir que era un privilegio *fin de siècle*. Como se halla fechado en Enero, y D. Sancho murió en Abril siguiente, bien se deja ver que hondos remordimientos acosaban su espíritu en las postrimerías de su existencia. Cuéntase que el Rey, enfermo y próximo á la muerte, descubrió en Madrid al Infante D. Juan Manuel el arrepentimiento que sentía en su corazón por haberse alzado injustamente contra su padre Alfonso X. Hallándose en el monasterio de Santo Domingo (1) llamó al joven, que después fué honra de la literatura castellana, hízole sentar cerca de sí, quizá sobre el mismo lecho, y en presencia de magnates y médicos, díjole, entre otras razones:

«Ca bien creed que esta muerte que yo muero non es

(1) Estaba en la cuesta del mismo nombre, con accesorias á la plaza de Isabel II.

muerte de dolencia, mas es muerte que me dan mios pecados, e señaladamente por la maldicion que me dieron mios padres, por muchos merescimientos que yo merescí.»

La que pudiéramos llamar declaración solemne del arrepentimiento de Sancho IV se verificó en esta villa, y es notable suceso en la historia de Madrid.

Concedió por privilegio Alfonso XI en 1327 á Madrid la facultad de fallar los pleitos suscitados entre los vecinos de la villa, declaración de gran interés para la autonomía del municipio.

«Bien sabedes—dice el documento—en como el otro dia, cuando yo fuí en Madrit me diestes vuestras peticiones, e porque me vin para Toledo non las pud entonce y librar, e agora enviasteis á mí, á Diago Ferrandez, fijo de Gonzalo Ferrandez, e á Alfonso Fierro, fijo de Alfonso Fierro, vuestros mandaderos, e pidiéronme merced que las viese e vos mandase librar como toviere por bien e la mi merced fuese. E á lo que me pediestes que todos los pleitos de Madrit e de su término que primeramente sean vidos e librados por los Alcaldes de y, de Madrit, por vuestro Fuero, e que yo, nin los mios Alcaldes que non conoscamos de ninguno de estos pleitos, salvo por apelacion; e otorgámoslo, salvo los pleitos de los Alcaldes dende non pueden conoscer dellos, que son mios de librar.»

Esta declaración la consiguió Madrid antes de que el mismo Rey Alfonso XI nombrase, en 1346, los doce primeros regidores, constituyendo su Ayuntamiento, y es prueba que sus alcaldes procuraban con ahinco la preponderancia del municipio.

Hay más: Alfonso XI dió la aldea de Pinto á Martín Fernández, su ayo, notario mayor de la Corona y Alcalde mayor de Toledo; pero los de Madrid hubieron de querellarse ante el monarca, fundándose en dos privilegios, uno del Rey D. Fernando, *el que ganó á Sevilla*, prohibiendo separar de la jurisdicción de la villa ninguna de sus aldeas, y otro de Fer-

nando IV, confirmatorio del anterior; reconocida por el Rey la razón de los querellosos, revocó la donación por carta fechada en Valladolid á 2 de Marzo de 1332.

Téngase muy en cuenta que eso de ganar á D. Alfonso XI un pleito no era fruto de todas las cosechas, y revela la firmeza con que los madrileños sostuvieron su derecho y la buena disposición del monarca para conformarse.

Otras veces tuvo que pagar Madrid cuentas que no le correspondían, y váyase lo uno por lo otro.

En 1345 corrió el Rey citado los montes que hay desde Ávila á San Martín de Valdeiglesias, y varios vecinos mandaron comprar á Juan Esteban quince arrobas de harina para hacer pan con destino al servicio del monarca; pasó un año, el Esteban no cobraba el importe de la harina, y los deudores, si bien no le negaban el crédito, no le satisfacían la cantidad, hasta que demandados en juicio echaron la carga sobre el municipio matritense, aduciendo que el erario concejil debía abonar la cuantía, puesto que se había hecho el gasto en beneficio de la Casa Real.

El alcalde se conformó con la ingeniosa salida de la parte demandada, el pueblo de Madrid pagó las quince arrobas de harina *e tutti contenti*.

*
* *

Aunque conocido ya, es digno de atención y de estudio el ordenamiento que el Rey D. Pedro dió en las Cortes de Valladolid sobre organización de trabajo y tasa de jornales en los pueblos de las diócesis de Toledo y Cuenca. En este documento, fechado á 28 de Septiembre de 1351, y de que se conserva copia auténtica en el Archivo municipal de Madrid, se ve claramente la lucha entre el capital y el trabajo y la existencia de las huelgas, que si bien no tenían el carácter que en nuestros días, no dejaban de producir perturbación en el desarrollo de la industria y de la agricultura.

«Lo uno, dice el diploma, porque andaban muchos omes e mujeres baldios, et que no querian labrar; et lo otro porque aquellos que iban labrar demandaban tan grandes

precios y soldadas e jornales, que los que avian las heredades non las podian cumplir, et por esta razon que las heredades avian de fincar yermas y sin labores. »

Son curiosas muchas disposiciones del ordenamiento, y señalaremos algunas:

Los carpinteros, albañiles y demás menestrales que se colocaban en las plazas de los pueblos á disposición del que los necesitase habían de trabajar de sol á sol, entendiéndose que cuando tuviesen que hacer la obra fuera del lugar donde moraban no saliesen de él hasta el alba, hallándose de retorno al anochecer, condiciones altamente favorables al jornalero, porque le dejaban tiempo sobrado para el descanso.

Los *quinteros* (1) tenían obligación de servir con una yunta de bueyes ó de mulas durante un año, que comenzaba el día de San Cipriano, en Septiembre, y habían de percibir 16 fanegas terciadas de trigo, centeno y cebada y de lo que sembraren *la quinta parte de lo que Dios diera*.

Los *mesegueros* (2) habían de servir desde el comienzo de la siega hasta que quedasen recogidos el trigo y la paja, y percibían 16 fanegas terciadas, como se ha dicho.

Los jornaleros cobraban anualmente, según las edades, 120, 90, 60 y 40 maravedis.

El jornal diario venía á ser un maravedí (3) á los peones, á las mujeres 4 dineros y dos comidas, á los segadores varones 18 dineros y á las hembras un maravedí; á las mujeres que arrancaban lino 7 dineros, sin otra cosa ninguna, *sin ferramienta para labrar*; á las vendimiadoras 4 dineros, á los que sarmentasen 5 dineros, *et que no vengan á siesta ninguno de los dichos labradores*.

Á los podadores 2 dineros más que á los que cavasen, *et otrosí, que non den á ninguno de los obreros de las labores vino*.

(1) Mozos de labor.

(2) Los que tenían á su cargo la guarda de las mieses.

(3) En esta época el valor de la moneda tuvo alteraciones: un real tenía de dos á tres maravedis, el *dinero* valía dos blancas y cada una de éstas la cuarta parte de un maravedí.

Á los maestros carpinteros 2 maravedís diarios y á sus discípulos (oficiales) la mitad, á los albañiles 2 1/2 maravedís y á los oficiales la mitad.

«Et á los alfayates (1) que les den por tajar e coser el tabardo (2) castellano de paño tinto con su caperote cuatro maravedis; et por el tabardo delgado sin forradura tres maravedis e medio; e con forradura de tafer (3) ó de panno cinco maravedis, e con su caperote e con forradura e con guarnimiento de oro freses (4) ó de trenas (5) ó de arminnos seis maravedis; et por el tabardo pequenno catalán sin adobo tres maravedis e si fuere botonado de otras labores cuatro maravedis.

»Et por el pellote (6) de ome que non fuese forrado dos maravedis, et si fuere forrado en cendal ó en panno tres maravedis; et si fuere forrado de tafer ó de otros guarnimientos cuatro maravedis: et si fuese sin forrar con adobos tres maravedis.

»Et por la saya (7) del ome, de panno de doze girones (8), ó dende ayuso, doze dineros; et dende arriba por cada par de girones un dinero; et si echaren guarnicion en ella quelden cinco dineros más.

»E por la capa ó culame senciello, de ome, sin adobo ninguno, siete dineros; e si fuese forrado de cendal (9), quinze dineros; et si lo quisiese entretellar, que se avenga el que lo quisiese entrellar con el alfayate en razon de la entretelladura; e por la piel ó por el capuz sin margomaduras (10) ó sin forraduras, un maravedí; e si fuese con margomaduras ó con forraduras capuz ó piel, quinze dineros.

»Et por el gaban tres maravedis.

»Et por las calças de ome forradas ocho dineros, e sin

-
- (1) Sastres.
 - (2) Especie de gabán con mangas bobas.
 - (3) Tafetán.
 - (4) Galones.
 - (5) Plata quemada.
 - (6) Gabán de piel.
 - (7) Especie de túnica.
 - (8) Adorno en forma de jirón.
 - (9) Tela fina.
 - (10) Bordados.

forraduras seis dineros; et por las calças de las mujeres cinco dineros.»

«El por el capirote senciello cinco dineros.

»Et por el pellote de la mujer sin forradura tres maravedis; e con forradura cuatro maravedís e medio; e con forradura e guarnimiento, seis maravedis.

»Et por la saya de la mujer, por cada una, dos maravedis; e por el redondel (1) con su caperote, dos maravedís.

»Et por las capas de los prelados forradas, por cada una, ocho maravedis.

»Et por los redondeles, por cada uno de ellos, ocho maravedis.

«Et por los mantos lombardos forrados con su caperote, ocho maravedis; et si non fuesen forrados, ocho maravedís.

»Et por facer las mangas botonadas quince dineros.»

Constan, además, muchos pormenores curiosos, como los siguientes:

El cahiz de cal medida y regada, tres maravedís.

Idem de yeso pardo *por mojar*, siete maravedís.

Arroba de yeso blanco, cuatro dineros.

Limpiar y acicalar una espada, un maravedí; una capellina, 2 maravedís; unos quijotes, tres maravedís; una gorguera, un maravedí; lunas y zapatos de acero, 15 dineros; un yelmo, 2 1/2 mrs.

«Et que den á las amas que han de acriar las criaturas eijos agenos, por su soldada, por un anno 60 maravedis á cada una, si lo criase el ama en su casa; et si se aveniese que estén e los crien en casa de los padres de las criaturas que les den 50 maravedis á cada una por su soldada al anno, e calzada e gobernada segund que es acostumbrado.» Parece que el ama había de tener cuidado de la criatura durante tres años, lactándole dos por lo menos.

Las sirvientes ganaban 40 maravedís al año *calzadas e gobernadas*.

Los plateros cobraban, por labrar el marco de plata, de

(1) Capa pequeña.

7 á 10 mrs., según el tamaño de los objetos, de forma que la labor menuda era la más cara.

Tarifa para el calzado:

Zapatos de calza, de buen cordobán, 2 mrs.

Par de zapatos de lazo, de cordobán, 4 mrs.

Par de borceguías de cordobán, 7 mrs.

Par de zapatas de cordobán, para mujer, 18 dineros.

Par de zapatas de calza, de carnero, 16 dineros.

Par de zapatos de carnero, de lazo, 2 1½ mrs.

Par de borceguías de carnero, 4 1½ mrs.

Par de zapatos dorados, 6 mrs.; emplatados, 4 mrs.; *íd.* zuecos, 7 mrs.; *íd.* zuecos de tres cintas, 5 mrs.

Precios para los armeros:

Escudo catalán de almacén encortido dos veces, 12 mrs.

Escudo caballero, *el mejor e de las armas más costosas*, 110 mrs.

Escudete, 20, 25 y 30 mrs.

Adarga, *de las más costosas*, 18 mrs.; y más inferiores á 12 y 15 mrs.

Herradores: el par de herraduras con sus clavos, 14 dineros, y el par de las llanas, 1 maravedí.

Al pastor que tenía la guarda de 100 vacas le daban 30 mrs. al año y un becerro añejo.

La silla marroquí, de caballo, valía 200 maravedís; *íd.* mular, 120 mrs.; *íd.* de cordobán, para caballo, 80 mrs.; *íd.* mular, 50 mrs.

El fuste de los arzones de la silla caballero, *encortido dos veces*, valía 10 mrs.

Por guarnecer de piel los mantos de las dueñas, *e de las otras personas*, 2 mrs.

Por *íd.* á los tabardos encaperotados, 15 dineros.

El par de acémilas para vendimiar, con su mozo, 5 mrs.; para trillar, 4 mrs.

Cada tinaja de Toledo, de 30 cántaras, 10 mrs.; por pegarla, 2 dineros.

Millar de teja cocha y limpia, 30 mrs.

Ídem de ladrillo, 20 mrs.

¿No es verdad, lector, que estas minucias aprovechan

más al conocimiento de una época que las descripciones de batallas? ¡Oh! ¡Si pudiéramos convencer á los alfayates de hoy á que cobraran por la hechura de un gabán no más que los tres maravedís designados por las Cortes de Valladolid de 1351!

*
* *

Para terminar:

Alfonso XI prohibió, por cédula de 12 de Abril de 1346, el uso de mulas á los que no mantuviesen caballo, salvo los mercaderes ambulantes y los religiosos de las órdenes de San Francisco, de la Trinidad y de San Agustín. La verdad es que los legisladores del siglo XIV se entrometían en asuntos que debían haber respetado y dictaban disposiciones coartando la libertad del individuo, si bien guiados de una solitud paternal que les disculpa en cierto modo.

Dueños del dinero los judíos, siempre fueron explotadores de los infelices que tenían que acudir á ellos en circunstancias críticas. Tal fué el abuso, que la autoridad real tuvo que tomar cartas en el asunto, y por provisión de 11 de Septiembre de 1347 dispuso que los judíos de Madrid, en razón de la esterilidad de los años, cobrasen de los cristianos sus deudas en esta forma: *la meitad de las dichas debdas que les deben, postrimero día de este mes de Septiembre en que estamos, e la otra meitad el día de Carnestolliendas, primero que viene.*

En las Cortes de Burgos de 1377 dió un ordenamiento el Rey D. Enrique II contra la usura practicada por judíos y moros, pues parece que unos y otros se aprovechaban de la angustiosa situación de sus deudores para obtener grandes lucrós en sus negocios. *Nos somos informados—habla el Rey— e sabemos por cierto que todos los contractos que los judíos e judías facen de muchas mayores cuantías que los christianos e christianas deben á los judíos e rescibieron de ellos.*

Los hijos de Lope de Velasco, que se había titulado señor del lugar de Torrejón, pusieron en 1348 junto al pueblo una horca en señal de que les correspondía su jurisdicción; pero

el Concejo de Madrid acudió en queja al Rey D. Alfonso XI, y con este motivo se abrieron autos cuya terminación no se ha podido hallar, aunque se infiere que los hijos de D. Lope tendrían algún derecho sobre dicho pueblo, por cuanto hasta en nuestros días se le conoce con el nombre de Torrejón de Velasco.

CARLOS CAMBRONERO.

LA INDUSTRIA DIAMANTÍFERA

En estos tiempos en que los nombres de Kimberley, de De Beers, Cecil Rhodes, etc., han sonado hasta el punto de hacerse familiares á todos los que leen periódicos y revistas, creemos que no carecerá de interés decir algo de la industria diamantífera, con la cual dichos nombres tienen tan íntima conexión.

Es cosa bien sabida que era importada en tiempos de los griegos y romanos del Oriente, comprendiendo esta vaga denominación la Etiopía, el Indostán y la isla de Borneo.

Diremos de paso que eran tan *exactas* las nociones que aquellas civilizaciones tuvieron acerca de la naturaleza y propiedades del diamante, que todo un Plinio, en su célebre *Historia Natural*, aconsejaba como medio de identificación de dicha piedra preciosa «colocarla sobre un yunque y golpearla fuertemente con un martillo: la piedra legítima debía rechazar el martillo y hasta romper el yunque algunas veces». Recomendamos este método de ensayo á todo aquel que posea una buena piedra y esté mal avenido con sus herederos.

Los criaderos diamantíferos del Oriente surtieron á los pueblos civilizados hasta el principio del siglo pasado, y de ellos se extrajeron casi todas las grandes piedras históricas que hoy son adorno de las colecciones reales, lo mismo en Asia que en Europa; pudiendo afirmarse que ni los criaderos descubiertos después, ni los que aún puedan descubrirse, empañarán los nobles timbres de Golconda y Visapur.

Á principios del siglo XVIII sobrevino el descubrimiento de los yacimientos del Brasil, el cual descubrimiento ejerció tal influencia en el mercado de diamantes, que calculándose el precio del diamante de un quilate de primera y sin defectos en 545 pesetas á principios del siglo XVII, el mismo dia-

mante, á mediados del siglo XVIII, es decir, cuando el nuevo descubrimiento había ya producido todos sus efectos en el mercado, sólo se valuaba en 202 pesetas. Los diamantes del Brasil, apreciados también justamente por sus cualidades, lograron desterrar poco á poco los del Oriente y han dominado en el mercado europeo por espacio de siglo y medio, á pesar de lo exiguo de su producción.

Hace treinta años tuvo lugar el descubrimiento de los yacimientos de Kimberley, que desde el principio presentó un carácter emocionante por las riquezas que hizo esperar y que, en efecto, ha producido y sigue produciendo. Bien conocida es la historia de dicho descubrimiento por ser de época contemporánea, y no es menos conocido el proceso por el cual Inglaterra, siempre celosa en la defensa de los intereses del débil, vino á tomar la del jefe Griquen Waterboer, que suponía dueño de aquel territorio, y como Dios quiso recompensar sus nobles intentos permitiendo que al fin se izara en las chimeneas diamantíferas el pabellón inglés, arriando el del Estado de Orange que legalmente, sin duda, había venido flotando en ellas hasta entonces.

Los primeros años de explotación de los criaderos diamantíferos de Kimberley fueron años de desorden y de mala gestión económica. La producción de diamantes estaba en muchas manos; se presentaba en una abundancia hasta entonces desconocida; la competencia entre productores malavenidos era inevitable, y la preciosa piedra, que no tiene más valor que el que le conceden su rareza y el capricho humano, al verse ofrecida en el mercado superabundantemente, tenía que depreciarse. Por otra parte, los campos diamantíferos, subdivididos hasta un grado absurdo al otorgarse las concesiones; en manos muchas veces de sociedades ó particulares torpes y de escaso capital, eran explotados de una manera deplorable, enterrándose la parte virgen de los criaderos y tirándose á las escombreras mucha de la preciosa materia. Como ejemplos demostrativos de este mal, recuerdo haber leído hace poco que un grupo de obreros de las minas solicitó del Ayuntamiento de Kimberley permiso para beneficiar el pavimento de una calle formado de grava y tierra apisona-

das; otorgado el permiso, se sometieron dichos materiales á las operaciones de concentración y lavado, obteniendo los empresarios muy buena remuneración por su trabajo.

Aquí entra en escena la siniestra figura de Cecil Rhodes, tipo el más acabado del especulador sin entrañas, capaz de poner fuego al globo terrestre por los cuatro puntos cardinales si con ello van ganando algo sus intereses; pero en cuyo carácter enérgico, tenaz, emprendedor y de amplitud de miras hay no pocos rasgos que admirar.

Llegado al Natal á la edad de diez y ocho años, pobre, enfermo é insignificante, buscando el arrimo de un hermano mayor establecido allí como colono, vióse arrastrado muy pronto hacia los nuevos campos de diamantes, donde su hermano, que supo madrugar y llegar á tiempo, había obtenido una propiedad. Dueño de esta propiedad por la muerte prematura de su hermano, empezó á desplegar aquellas cualidades que más tarde habían de valerle el sobrenombre de Napoleón del Cabo, encaminándose hacia las riquezas con paso rápido y resuelto.

El rasgo más simpático que encontramos en su biografía se refiere á aquellos primeros años de lucha en que, sonriéndole ya la fortuna, pero consciente de su falta de instrucción y de educación, tuvo fuerza de voluntad suficiente para emprender cada año un viaje á Inglaterra y compartir su tiempo entre el trabajo de la mina y las clases en la Universidad de Oxford. Raro ejemplo de laboriosidad, de previsión y de energía, que por sí solo traza la silueta moral de un individuo.

Penetrado Cecil Rhodes de los errores que perturbaban la explotación de las minas diamantíferas, concibió el proyecto de realizar una fusión de dichas minas y de las sociedades explotadoras, y á dicho proyecto se consagró con la tenacidad y energía que suele llevar á todas sus empresas, viendo al fin coronados por el éxito sus esfuerzos después de larga y porfiada lucha, pues en el Sur de África, como en el resto del planeta, es tarea ardua enfrenar la rebeldía de los intereses egoístas. De esta fusión de minas y sociedades nació la Compañía De Beers, que, como veremos por los datos estadísticos, representa la inmensa mayoría de la producción dia-

mantífera del mercado, y que por su sólida constitución, acertada gestión y cuantioso capital, ejerce una verdadera dictadura, puede decirse que un monopolio, en el mercado universal de la preciosa piedra.

La Compañía De Beers explota los grupos de minas conocidos con los nombres de Kimberley, De Beers, Premier y Wesselton, cuyos criaderos ofrecen diferencias en cuanto á la cantidad y calidad de la materia explotada. Según la Memoria del ejercicio que terminó en 30 de Junio del 98, que es la última que se ha publicado, el rendimiento en diamantes de las tierras diamantíferas de las minas De Beers y Kimberley fué de 0,80 quilates por carga (1), y el precio obtenido por estos diamantes el de 26 sh. 6,2 d. p. quilate. El rendimiento de la mina Premier en materia útil fué de 0,27 quilates por carga, y el precio de venta 20 sh. 9,3 d. p. quilate. La mina Wesselton produce 0,32 quilates por carga, y obtiene precios un poco inferiores á los de Kimberley y De Beers.

El cuadro siguiente resume los datos de producción, gastos y utilidades durante los dos ejercicios de 97-98 y 98-99:

Ejercicios.	Producción en quilates.	Valor de la producción.	Gastos.	Dividendos repartidos.
97-98	2.769 423	£ 3.722 099	£ 1.330 599	£ 1.579 582
98-99	2.753 000	3.647.874	1.870.079	1.579.582

Para formarse idea aproximada de la enormidad de esta producción, bastará recordar que la producción media del Brasil durante el siglo y medio que sus diamantes surtían casi exclusivamente el mercado europeo se estima en 30.000 quilates por año. Para hacer absorber al mercado universal esta gran masa de productos ha sido necesario que el uso de los artículos de lujo se difunda y democratice, alcanzando capas sociales que antes tenían que privarse de ellos; que la adquisición de estos artículos se facilite por una gran reducción de precio, pues si comparamos el precio del diamante de un qui-

(1) La carga es una unidad de peso equivalente á 725 kilogramos.

late á principios del siglo XVII, que ya hemos visto era de 545 pesetas, con el de 200 francos que hace dos años alcanzaba el mismo diamante, y tenemos en cuenta la diferencia del valor del dinero entre una fecha y otra, así como el constante aumento y expansión de las riquezas, tiene explicación satisfactoria el hecho que venimos comentando; ha sido necesario, por último, dar al comercio de diamantes una organización especial, concentrando la producción y la venta en pocas manos, estudiando cuidadosamente la extensión de la demanda para nivelar con ella la de la oferta.

Con este fin se creó en Londres un sindicato, por cuyas manos pasan casi todos los diamantes que se producen en el mundo y que surte á todos los talleres de labra del continente. Este sindicato compra á la Compañía De Beers toda su producción á precios convenidos, pero imponiendo límites á dicha producción. La situación de este sindicato es tan privilegiada, que de su voluntad depende la cotización de este artículo de la industria suntuaria en todo el mundo. De ello acaba de dar buena prueba haciendo que el valor de los diamantes suba en pocos meses de un 20 á un 50 por 100, según clases y tamaños, á pesar de que, según autoridades respetables afirman, tenía en su poder el sindicato existencias de piedras bastantes para que los efectos del sitio de Kimberley hubiesen pasado inadvertidos; pero ha convenido más á sus intereses ocultar sus existencias para forzar los precios, y han venido á pagar la combinación los pobres lapidarios de Amberes y de Amsterdam, que se cuentan por millares de familias, y que seguramente, en este negro invierno de privaciones y miseria que han pasado, habrán maldecido al sindicato inglés más veces que piedras pueda guardar en sus cajas.

Si privilegiada es la situación del sindicato de los diamantes, más privilegiada es aún la de la Compañía De Beers. Ella vigila con ojo atento y celoso todo descubrimiento para acapararlo ó hacerlo entrar en su esfera de acción. Los 11.353.307 libras esterlinas que ha repartido á sus accionistas en los últimos diez años como dividendos; su enorme capital social, que al precio de la cotización de las acciones representaba

hace poco más de 500 millones de francos; la cuantía no menos importante de su fondo de reserva; el estado cada vez más floreciente del negocio; sus estatutos, que autorizan á su director á invertir cantidades cuantiosas en asuntos ó negocios ajenos á la explotación de las minas, todo esto hace de dicha Compañía, ó más propiamente de su director, una potencia financiera y política formidable. De la Compañía De Beers puede decirse que ha nacido la Compañía Chartered de la Rhodesia, en la que, según es sabido, figuran grandes financieros, Lores, miembros de la familia Real y más de 300 jefes del ejército y de la marina. No es extraño, por tanto, que el hombre que rige esos negocios dictatorialmente y tiene en su mano la llave de tan enormes intereses haya llegado á ser un ídolo para muchos elementos de su país y adquirido potencia maléfica bastante para lanzarlo á una guerra odiosa é inicua.

El descubrimiento de nuevos campos diamantíferos se ha repetido en los últimos años, no sólo en el Sur de África, sino en la Australia y en la China. El más importante de estos descubrimientos es el de la mina de Jagersfontein, en la república de Orange. Los descubridores de Jagersfontein tuvieron la suerte de que ésta no se encontrase cerca de la frontera, y esta vez ha faltado pretexto á Inglaterra para reclamar otra rectificación como la de Kimberley. En 1895-96 producía ya esta mina 205.000 quilates, y en el ejercicio de 1897-98 ha producido 232.433, obtenidos del beneficio de 2.421 503 cargas. En la misma república de Orange se beneficia otra mina llamada mina de Rivas, que el año 98 ofrecía escasa importancia.

En el Transvaal se han sucedido los descubrimientos en estos últimos años de tal manera, que han obligado al Gobierno transvaalense á dictar una nueva ley reglamentando dichas explotaciones. Se han descubierto no sólo chimeneas diamantíferas como las de Kimberley, sino también aluviones diamantíferos. En Diciembre de 1898 se exhibían en Johannesburg 10 000 quilates procedentes de la mina Schuller ó de Rietfontein. Esta mina da en unas partes un rendimiento de 0,63 quilates por carga, y en otras 0,42 quilates. La mayor

piedra obtenida hasta entonces de esta mina pesaba 57,75 quilates; pero se dice que la producción es mayor de lo que aparece, y que buena parte de ella, así como las mejores piedras, son robadas. En la mina de Montrose, una milla al Oeste de la Schuller, se estaba instalando la maquinaria para empezar la explotación. Cinco millas más al Norte, una Compañía llamada «The Byrnestwort Exploration and Developing Syndicate» beneficiaba una capa de aluvión de 2,5 pies de grueso, cuyo rendimiento era de 3,5 quilates por carga.

En la colonia portuguesa de Lourenço Marques se ha descubierto también un campo diamantífero de considerable extensión; pero no hay noticia del resultado que hayan dado los primeros ensayos de beneficio.

Hace dos años produjo gran sensación en Australia el descubrimiento de un nuevo campo diamantífero en el distrito de Nullagina, cerca de los campos auríferos de Pilbawa. Relacionada con este criadero aurífero, se conocía ya la existencia de los diamantes desde el año 1891. El nuevo criadero se presenta en un conglomerado, cuya estratificación se parece al *banquet* que forman los *reefs* ó filones auríferos del Transvaal. De estos diamantes de Australia, cuya producción va creciendo en importancia, se dice que, aun cuando bellos de aspecto, son de labra muy difícil por carecer de planos de crucero.

Del descubrimiento de la China, en la provincia de Ghaatung, no hay todavía datos bastantes para juzgar de su importancia.

Por último, la antes tan importante y famosa producción diamantífera del Brasil ha quedado relegada á un lugar insignificante. Las minas se trabajan mal y apenas remuneran el trabajo. La producción actual, según la Memoria del Cónsul inglés de Bahía correspondiente al pasado año 1899, puede estimarse en 40.000 quilates anuales. Lo que más importancia tiene hoy en el Brasil es la explotación del carbonado ó diamante negro, en cuya explotación tiene la exclusiva, y que también se practica por métodos empíricos y atrasados. En 1894 se encontró un carbonado de 975 quilates, que se vendió en París por 100.000 francos. ¡Qué no hubiera valido

esta piedra á ser sin color y sin defectos! Hace poco se ha formado una Sociedad en París con el nombre de Sociedad de Buena Vista y 2 millones de francos de capital para emprender nuevos trabajos en la proximidad de Diamantina por métodos y procedimientos más modernos y científicos que los hasta ahora empleados.

La industria extractiva de los diamantes se ha beneficiado, como no podía menos de suceder, de todos los progresos realizados por las artes mecánicas en estos últimos lustros en el tratamiento de los minerales. Aparatos perfeccionados de trituración, de clasificación, de concentración, de lavado, aplicados con discernimiento, permiten tratar masas enormes de materias á un coste mínimo y aprovechar casi todo el contenido útil. No hemos de intentar dar siquiera idea de estos métodos de tratamiento, porque nos parecería abusar del lector. Hacemos mención solamente de una invención notable por lo que tiene de original y sencilla.

La idea es debida á dos empleados de la Compañía De Beers, y consite en hacer pasar la grava diamantífera concentrada por una mesa que da rápidas sacudidas latentes. El tablero de esta mesa se embadurna con una grasa particular, cuya composición constituye el secreto y el mérito de la invención. Todas las materias que acompañan á los diamantes siguen su movimiento de descenso hasta ser evacuadas por la parte inferior de la mesa, y los diamantes quedan adheridos al tablero. Ensayado un pequeño aparato hace tres años, se instalaron inmediatamente después otras cinco mesas mayores, lo cual parece demostrar la eficacia del invento.

Otra novedad que interesa al comercio de los diamantes y de las piedras preciosas en general son los métodos modernos para su identificación y diferenciación.

Todo el que haya saludado un tratado de mineralogía sabe que para la clasificación científica de las piedras preciosas hay que hacer el estudio de sus caracteres físicos: dureza, peso específico, sistema cristalino, refracción doble ó sencilla, policróismo, color y propiedades eléctricas. Aun disponiendo de los aparatos necesarios, con los conocimientos teóricos y prácticos indispensables, y siendo favorable el estudio de la pie-

dra que se nos ofrece para identificar ó clasificar, estas operaciones son difíciles, entretenidas y sujetas á error. Los nuevos métodos se proponen llegar al resultado de una manera rápida y fácil, sin tener en cuenta más caracteres que el peso específico.

Para el objeto se ha empezado por determinar cuidadosamente el peso específico de las gemas más corrientes, formándose el siguiente cuadro:

	Peso específico.
Diamante.....	3,5
Rubí y zafiro (azul, amarillo, púrpura y verde).....	4,0
Alejandrita, cimofano y ojo de gato..	3,7
Espinela, ceilonita y rubí balax.....	3,6
Topacio	3,5
Turquesa.....	2,7
Opalo.....	2,2
Esmeralda berilo y agua marina	2,7
Jacinto y zircon..	4,6
Granate almandino	4,2
Esonita.....	3,66
Turmalina.....	3,1
Amatista y cristal de roca	2,6
Cresolita y olivino.....	3,3
Yolita.....	2,6
Fenakita.....	2,9

Preparando unas disoluciones cuyos pesos específicos, exactamente determinados, comprendan todos los del cuadro anterior, diluyéndolos ó concentrándolos, según los casos, bastará introducir la piedra que se quiera clasificar en dichas disoluciones y observar si flota, si se sumerge ó si queda en suspensión para deducir resultados concluyentes en muchos casos, y cuando no, indicaciones que con poco más trabajo conduzcan al fin apetecido.

La primera de estas disoluciones se prepara con metileno iodado y se diluye cuando hace falta con bencina. Su peso específico puede aproximarse á 3 cuanto se quiera. Si se tiene una piedra que suponemos igual á la que se trata de identificar, la manera más rápida de operar es poner la disolución á un grado de densidad tal que la piedra de que nos valemos no flote ni se sumerja, sino que quede en suspensión.

Si la que tratamos de clasificar es lo que habíamos supuesto, quedará también en suspensión en el líquido.

Otra disolución más recomendable y más empleada es una mezcla de yoduro de mercurio y de yoduro potásico llamada disolución de Sonstadt. Con esta disolución se preparan cuatro tipos: solución $A = 3,17$, solución $B = 2,9$, solución $C = 2,67$ y solución $D = 2,63$. En la solución A el diamante, la espinela, el topacio, etc., se sumergen, y la turmalina, fenakita, turquesa, esmeralda, cuarzo, etc., flotan. En las otras soluciones puede preverse lo que sucederá á cada piedra sin más que tener en cuenta el cuadro de sus pesos específicos.

Por último, para tener una disolución en que todas floten y que permita diferenciar las más pesadas por medio de la dilución, se emplea una mezcla de nitratos de plata y de talieno en disolución en agua caliente.

La manera de preparar estas disoluciones, de conservarlas inalterables, de apreciar á simple vista cuándo han variado de densidad, y todos los demás detalles necesarios en la práctica, forman un estudio muy interesante, que encontrará quien desee conocerlo en el tomo 7.º de la *Mineral Industry*, de Rothwell, artículo «Gems and Precious Stones».

*
* *

Dicho ya cuanto se nos ha ocurrido decir acerca del pasado y del presente de la industria diamantífera, ¿será temerario querer hablar también de su porvenir? El deseo de descorrer el velo del mañana, aunque sólo sea levemente, es tan innato en el hombre y resulta tan lógica y hasta tan conveniente esta preocupación de lo desconocido en toda clase de negocios humanos, que creo habrán de merecer indulgencia juicios que, si no encierran la autoridad de verdades demostrables, presentan al menos la verosimilitud de deducciones lógicamente encadenadas con los hechos que les sirven de base.

El porvenir de la industria diamantífera, en nuestro modesto sentir, está lleno de amenazas. La primera de ellas viene

de los potentes medios que la electro-química ha puesto á disposición de sabios é industriales.

Bien sabido es que desde que fué conocida la análisis del diamante, empezaron las intentonas para su reproducción artificial; y hay que recordar á este propósito los célebres experimentos de Mr. Desprets, que tuvieron en suspenso la atención de todos á quienes interesaba la industria diamantífera, siguiéndolos con creciente ansiedad hasta que terminaron en un fracaso desde el punto de vista utilitario. Pero los tiempos actuales no son aquellos en que Mr. Desprets operaba. Recientemente Mr. Moissan, con su horno eléctrico, ha realizado la síntesis del diamante y ha determinado las circunstancias en que se forman sus distintas variedades. Desde hace dos siglos y medio es conocido el hecho de la desaparición del diamante sometiéndole á una muy elevada temperatura. Sublimarlo, ó sea hacerle pasar del estado sólido al gaseoso, ha sido un experimento repetido muchas veces, y completamente fuera de discusión desde que en 1841 se publicó la obra de Dumas y Stass sobre el equivalente del carbono; pero licuado, nunca había podido conseguirse en los tiempos anteriores.

Esto es lo que recientemente ha logrado Mr. Moissan con el concurso de una elevadísima temperatura y una gran presión, pudiendo hacer metalizar al carbono líquido, y observando que los cristales son tanto más limpios y transparentes cuanto más puros son los ingredientes que intervienen en la operación y la presión es más elevada. Disminuyendo ésta, ofrecen los cristales manchas oscuras, y si aún desciende más resulta el diamante negro ó carbonado. Las diferentes coloraciones que ofrecen las otras variedades del diamante es lógico pensar que derivan de la naturaleza de las impurezas asociadas al carbono en el acto de la cristalización.

La transcendencia de estos experimentos no puede ocultarse á nadie que conozca el proceder de casi todos los inventos modernos. Dado este primero y más importante paso, es de suponer que cualquier día, por un conjunto de medios y aparatos adecuados de que la industria moderna ofrece bien abundante arsenal, la fabricación artificial del diamante pase á ser operación corriente. De esto tenemos ya un ejemplo

con el rubí, que desde hace dos años se vende corrientemente en París y Londres fabricado por el procedimiento Maiche con tal perfección, que algunos peritos han declarado ser indistinguible de los naturales.

Otra amenaza seria para la actual organización de la industria diamantífera viene de los nuevos descubrimientos de que dejamos hecha mención, principalmente de los de la república de Orange y el Transvaal. La mina de Jagersfontein alcanza ya una producción que representa casi el 10 por 100 de la total de la De Beers. Las del Transvaal, aunque apenas han empezado á producir, hacen concebir grandes y legítimas esperanzas por presentarse los yacimientos en la misma forma de chimeneas y con los mismos caracteres geológicos que los de Kimberley. El mayor número de probabilidades está, por consiguiente, á esta fecha de parte de los que prevén para plazo no largo un extraordinario aumento de producción que venga á perturbar seriamente el artificioso equilibrio en que se sostienen la oferta y la demanda de la preciada piedra.

El éxito de la inicua guerra que actualmente ensangrienta los campos del Sur de África ha de ejercer notable influencia en el porvenir de la industria diamantífera. Si los boers conservaran su independencia; si lograran sustraer sus minas de diamantes á la influencia inglesa, como sería lo más probable dado el odio profundo que profesan á la persona de Cecil Rhodes, difícil había de ser para éste y para el sindicato inglés conservar su situación monopolizadora en el mercado universal de este artículo. Pero si, como desgraciadamente es lo más probable, la guerra acaba por la sumisión de las dos valientes repúblicas; si Cecil Rhodes puede entrar en ellas como triunfador, es de esperar que acabe por someter á su esfera de influencia los nuevos descubrimientos, manteniendo todavía por algún tiempo el estado de cosas vigente. Todo esto sin contar con que repentinamente surja la *perfecta* reproducción del diamante natural por medios industriales, hecho nada improbable, como dejamos dicho, en cuyo caso la industria diamantífera entraría en una nueva fase, al final de la cual era de esperar el envilecimiento y la desestimación de la por tantos siglos codiciada piedra.

Y sería seguramente lastimoso y triste en estos tiempos, que tan pocos ídolos van dejando en pie, ver descender todavía de su pedestal uno que ha tenido más adoradores que todos los profetas de todas las religiones, y ante quien la humanidad, sin distinción de razas, se ha prosternado durante largos siglos.

BERNABÉ GÓMEZ IRIBARNE,
Ingeniero de Minas.

OPÚSCULO POLÍTICO-GEOGRÁFICO DEL PLANETA

Á PLAZO PRÓXIMO

I

Presenta el libro de la historia provechosas enseñanzas para pueblos y razas que sientan y mediten; aquél nos muestra con qué vertiginosa rapidez se recorre la pendiente de la decadencia, una vez empezado el movimiento, y qué cúmulo de fuerzas y años precisa para recobrase, siendo no pocos los casos en que la fisonomía nacional desaparece por completo en tal empeño.

Grecia y Roma, en el mundo antiguo, sucedieron en esta ley *histórico-natural* á Persia y Egipto; permanecieron unas y otras aferradas á sus arcaicas costumbres, cuna de la podredumbre social de aquellos tiempos, y lógicamente cayeron para desaparecer.

La descomposición *político-social* que imperaba en el ocaso de la España visigoda llevó al abismo á esta nación, costando luego ocho siglos de constante lucha para reconstruir lo que hubo de perderse en breves días.

Los desastres de Crecy, Poitiers y Azincourt anonadaron á la Francia por dos siglos, y sólo al elevado espíritu de una mujer debióse que no desapareciera como nación. Inmortalizada ante el altar de la patria, sufrió poco tiempo después el castigo de los mártires, ejemplo frecuente en todas épocas y edades, y, aunque girando en otro orden de ideas, tuvo más tarde émulos en Colón, aherrojado y escarnecido; en Copérnico, abrasado en la hoguera; en Cervantes, pordioseando, y tantos otros esclarecidos varones, glorias de la humanidad é imperecederos ante el mundo de la historia.

Tuvo el Islam su cuna en un rincón de la Arabia, y cual turbión avasallador se esparció por el mundo entonces conocido, destruyendo pueblos, aniquilando naciones y anadando razas. Cuatro siglos de porfiadas luchas y sufrimientos sin medida no han bastado aún para que recobre su modo de ser nacional, lo que fué imperio de Bizancio. Cada jirón desprendido del manto de los sultanes erígese en cantón independiente, y cual otra Península Ibérica de los siglos XIII y XIV, dividida y subdividida en Estados rivales entre sí, encuéntranse Servia, Montenegro, Grecia, Bulgaria y Rumanía, sin fuerza ni cohesión alguna, tanto para hacer frente al común enemigo como para resistir la ingerencia de los poderosos de fuera. La herencia que á su patria legaron los enervados y desmoralizados pueblos de Rodrigo y Witiza forma digno *pendant* con la que recogieron más tarde el de los Commenos, Ducas y Paleólogos.

La heterogénea Italia y la dividida Alemania de las Edades Media y Moderna fueron por varios siglos teatro sangriento y palenque donde la Europa de aquel entonces dirimía sus contiendas; sus campos incendiados y ciudades saqueadas patentizaban los feroces odios engendrados por las guerras religiosas, los enconados y contrarios bandos de Güelfos y Gibelinos y la eterna rivalidad entre las casas de Austria y los Valois y Borbones de Francia, odios para cuya satisfacción contaron siempre como auxiliares con la planta extranjera, abono fecundo para que fructificaran las raíces de descomposición y ruina que se arraigaban en la Europa central y las tierras de Rómulo. Una homogeneidad, producto toda de ideales hacia propósitos más levantados, ha cambiado en este siglo la faz de estas naciones, hoy día respetadas y temidas.

Como muestra patente y casi de ayer, rígida y muerta yace la infeliz Polonia, después de recorrer el calvario que el destino tiene trazado á los pueblos marcados con el sello de la desmoralización. Una nobleza turbulenta, gobiernos débiles é incapaces y una sociedad ingobernable despedazaron las entrañas de la patria, hasta precipitarla en el abismo, sólo para satisfacer ambiciones y caprichos de

momento, dándose el frecuente caso de aliarse en horrible contubernio con los mismos que anhelaban el fin de su caída. Cosacos y germanos dieron pronta cuenta de lo que con tanta facilidad á las manos se les iba, complementado hoy por su total *rusificación* y *germanización*, á pesar de los titánicos esfuerzos que en distintas ocasiones ha realizado para sacudir el yugo y recobrar su propia personalidad la nación que se ha engalanado con un Sobieski, que ante los muros de Viena libró á Europa de la esclavitud, sirviendo de dique y valladar á una invasión cuyos caracteres presentaban idénticos síntomas de horror que la de los tártaros.

Sucédense los siglos sin que en un ápice varíe la inmutable ley de las sociedades carcomidas ó pujantes. Las teorías sobre las naciones muertas que dos estadistas sajones han arrojado á la faz del mundo, y tachadas de monstruosas por lo cínicas y descarnadas, ninguna novedad revelan; son y han sido las prácticas de siempre, en que los organismos de fuerza y vitalidad se sobreponen ó eliminan á los entecos y raquíticos; son las que han subsistido y subsistirán eternamente mientras el planeta tenga calor y condiciones de vida.

No muy halagüeños se presentan los horizontes de la política internacional al empezar el siglo XX. Las luchas de sistemas, nacionalidades, razas y clases, de que hasta el presente sólo vislumbramos un pálido bosquejo, condénsanse de una manera lenta, pero segura. Erigido en sistema el egoísmo frío y calculador de las naciones que pretenden llevar el portaestandarte de la civilización, mata ó elimina todo sentimiento de justicia que se oponga á sus interesados designios. Los grandes ideales de la humanidad postergados á la adquisición y al lucro; la expoliación convertida en religión del día; con los judíos de la alta banca, que á su antojo disponen del crédito y vida de los pueblos, están los *trust* acaparadores, y éstos con aquéllos, dueños de la influencia que da el oro, aplastan naciones ó las humillan. Al pretender un fin internacional, se invoca como medio una altura de miras y sentimientos tan distantes del corazón que las pregona, como entre sí se hallan los dos polos, para adoptar luego sin escrúpulos de clase alguna procedimien-

tos opuestos y ruines. Reemplazada la idea de un Dios justo por una idea convencional y materialista, y como síntoma poco tranquilizador, vemos á la costra terrestre convertida en vasto campo atrincherado, con todos los adelantos modernos coadyuvando á la obra de destrucción que millones de hombres están prontos á realizar. Apóstoles de una misma doctrina fueron el galo Breno de la antigüedad y el Bismarck contemporáneo, y á la génesis de sus teorías y procedimientos ha respondido fielmente la intercesión de dos siglos, con la expoliación de España, el desmembramiento de China y la pretendida aniquilación del Transvaal y del Orange como naciones libres é independientes. Arrojada la máscara, y puestas al desnudo las concupiscencias y egoísmos internacionales, velados hasta el presente por una acomodaticia humanidad y refinada hipocresía, se abre la nueva centuria, y sobre un razonado cálculo de probabilidades fundamentamos nuestro horóscopo, anteponiendo á él la conocida máxima del Evangelio *Dios sobre todo*.

II

Unos cuantos lustros en la existencia de las naciones representan sobrado tiempo en la vida de la electricidad para que se efectúe una radical transformación en sus límites y fronteras. Sucederá la conflagración política á la económica que se avecina, y el casi universal *crak* financiero será el precursor del *crak* de las batallas.

Cinco son hoy las naciones que luchan por el predominio y monopolio del mundo, representando las cinco principales partes en la gran tragedia humana de la época actual, coadyuvando las demás al fin de cada una como simples auxiliares ó comparsas. El inmenso poderío colonial de Inglaterra; la militar preponderancia de Alemania; Francia con su gran historia; con su férrea grandeza y unidad Rusia, y los Estados Unidos con la fuerte expansión de su material progreso, son los cinco ejes sobre los cuales descansa el equilibrio del mundo: fuerzas son éstas que, en vez de concurrir al no-

ble fin de la humanidad se repelen, acechando sólo la ocasión de exterminarse. La lucha de éstas entre sí trae aparejado el arrastre de las otras, sin que los propósitos de una expectante neutralidad representen seguridad absoluta de que serán respetadas y mantenidas en sus derechos. Gérmenes graves de disolución existen dentro de cada una de estas entidades, y á los peligros y asechanzas de fuera tienen que agregar las asechanzas y peligros de dentro.

Empieza Inglaterra la centuria con el odio universal que le ha granjeado su proceder con las demás naciones, contenido éste por los grandes elementos de fuerza y de riqueza con que cuenta. Como principal florón de su corona tiene el Indostán, vastísimo territorio, casi un continente, que estrujan las garras de su simbólico leopardo, poniendo á sus plantas un mercado único y exclusivo de doscientos cincuenta millones de habitantes, y que á la heterogeneidad de sus divesas religiones, mandos de sus Rajhás y razas que los pueblan debe el imperio de su dominio y soberanía. Cercenada por Rusia en estos últimos años la omnímoda influencia que ejercía en Persia, la conserva aún decidida en las provincias que bañan las aguas de su golfo, siguiendo luego en posiciones efectivas dependientes de su autoridad la Birmania, Malaca y Singapore, llave obligada este último del estrecho que comunica el mar de China con el de Bengala. Devoto á sus miras y supeditado á su influencia, ocupa la extrema vanguardia de todas sus más ricas posesiones el emirato del Afganistan, campo neutral por el presente que contiene las aspiraciones moscovitas en su marcha ascendente y progresiva hacia el dominio del Asia. La posesión de la isla de Hong-Kong con su espaciosa bahía, posición estratégica de primer orden, tanto en el terreno militar como en el orden comercial, á la que ha añadido últimamente los vastos territorios de Wei-Hai Wei cedidos por China, le dan una incontestable fuerza en el extremo Oriente, así como una situación envidiable para sus transacciones mercantiles.

El Canadá, con sus siete millones de habitantes, sigue formando al final del siglo que concluye parte integral del Reino Unido, sólo por la imposición de los intereses mate-

riales que le son afines, siendo la frágil ligadura de un cabello el lazo de la soberanía existente. El apoyo moral que de la metrópoli recibe en sus eternas cuestiones con la Gran República sobre las pesquerías árticas y las positivas ventajas que para su comercio y acrecentamiento le reporta, esta suave dependencia son los únicos eslabones de forja que lo unen al Imperio. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que siendo de origen francés una gran parte de la población canadiense, reconciliada hoy por hoy con la dominación sajona, queda siempre latente la fuerza de la sangre y de la historia antagónica á esta dependencia, que un mal paso de la madre patria ó aspiraciones adormecidas que pueden revivir hagan cambiar la manera de pensar de sus naturales.

Su imperio africano del Sur, formado por la llamada Colonia del Cabo y sus anejos territorios de Gricualandia, Managua, Bechualandia, el Natal, la Rhodesia y Zululandia, tiene infiltrado en sí el germen del separatismo con los vuelos desarrollados en estos últimos años. El partido *africander*, formado casi en su conjunto por la población holandesa de origen, predomina por su número en el elemento rural de la colonia y hasta en el Parlamento; su desafecto al dominio inglés es tan manifiesto que lo demuestran á todas horas con el apoyo, recursos y simpatías que prestan á sus hermanos de sangre del Orange y del Transvaal en su heroica lucha con la Gran Bretaña. Estos dos nacientes Estados, que limitan sus fronteras, obstáculos son á sus miras expansionistas; nos trasportan á las edades de las Termópilas y Esparta, cuyas virtudes y virilidad encarnan; si el voto de los pueblos, ya que no el de sus gobiernos, fuera auxiliar para determinar la victoria, completa sería la del pueblo boer. Santa es la causa que defiende y por la que muere este pueblo de pastores, que, no ajustándose á una sumisión odiosa, inconscientemente eligió una cuna de oro para fundar un Estado y una patria para sus hijos; sin esta circunstancia la rapacidad inglesa no mostraría el tenaz empeño que persigue en someterlos y destruirlos. Extiende su *manto protector* al país de los Basutos, donde en

diversas ocasiones sus reyes Mochech y Masaupa repelieron con las armas sus tendencias absorbentes, allanándose al fin á una blanda dependencia, cuyo exacto procedimiento aplicaron á la tribu de los Matabeles, situados al Norte del Limpopo. Esta cohesión de territorios, este afán de subyugar pueblos y tierras en las que sólo impera por la fuerza, ha hecho cundir ideas de independencia, dibujándose, si bien aún en estado embrionario, la formación de unos Estados Unidos del Sur de África que, como los de América en el pasado siglo, fueran cuna y madre de otro poderoso Estado que hiciera sentir su influencia en el mundo de los venideros. Sus posesiones de Costa de Oro y Sierra Leona, al Oeste del mismo continente, si bien en su infancia todavía, son campo de futuras luchas en lo porvenir, por estar limitadas por otras análogas pertenecientes á naciones poderosas.

La Australia, Nueva Guinea, Nueva Zelanda y Tasmania, en Oceanía, redondean su gran imperio colonial, encontrándose en idéntico caso que el Canadá en sus relaciones con la madre patria. La federación de los Estados de Queensland, Gales del Sur y Victoria, y los demás de la Australia Meridional y del Oeste, les ha dado conciencia cabal de su poder, y el partido separatista ó independiente, cuya fuerza se puso de relieve en el último plebiscito, demuestra que no es una garantía fehaciente la de la perpetuidad del dominio británico sobre este inmenso continente.

El protectorado con ribetes de soberanía que ejerce sobre Egipto, convertido desde el año 82 en colonia adicta á sus mandatos, ha puesto el Canal de Suez, vía internacional y neutral, á su inmediata independencia, lastimando de hecho los intereses de toda Europa; la enemistad que le ha granjeado este proceder se traduce en el odio que procuran fomentar en la raza oprimida, el cual dará sus frutos á poco que las circunstancias ayuden. Soportan, pero no admiten los egipcios la menor edad á que se les ha condenado, y su actual virrey, no educado en la escuela de servidumbre en que vivió su antecesor Twerik en el transcurso de su reinado, romperá, si ocasión se presenta, los antiguos mol-

des, libertando á su pueblo de la odiosa tutela que le han impuesto.

Un semillero de islas, establecimientos y puntos fortificados esparcidos en todos los mares del globo forman unida cadena, que la ambición inglesa ha forjado para supeditar el planeta. Gersey y Guarnesey, Gibraltar, Malta, Chipre, Perim, Aden, Borneo, Labuan, multitud de pequeños archipiélagos en el Pacífico, Jamaica, Trinidad, islas de Barlovento en el mar de las Antillas, la Guayana, Malvinas y otras forman el complemento de su colosal imperio y puntos adecuados y estratégicos para operar con ventaja en todos los mares. Si desde este punto de vista posee Inglaterra una superior ventaja á las demás naciones, tiene también, más que otra alguna, puntos vulnerables que cubrir y defender; en su satánico orgullo, poco le preocupa por el presente la inquina de los expoliados, y considera como obra mítica la de la separación universal. Y, por último, en su propio territorio se levanta, cual otra sombra de Macbet, el dios de las venganzas, con fuerza justiciera tal que mengua su inmenso prestigio y tiránico poder; la Irlanda, subyugada pero no abatida, es su cáncer roedor, sin que el empleo de las persecuciones, destierros y suplicios le haya hecho desistir del camino emprendido; representa para Inglaterra el buitre de la mitología royendo sin cesar las entrañas de Prometeo. El espíritu irlandés, enemigo declarado de la Gran Bretaña, es su perenne escollo, y al llegar para ésta la hora de la expiación, nada puede prometerse de los esfuerzos que en su auxilio efectúe la Verde Erin.

Un imperio colonial de límites tan desmesurados, poblado en su mayor parte por razas que, aun juzgadas inferiores, distan bastante de serlo, y por otras que, á pesar de su afinidad, aspiran á su disgregación, por considerarse mayores de edad, teniendo por complemento la animadversión del mundo civilizado, que rechaza las prácticas de su rapacidad política, es un imperio cuya cimentación dista de la solidez. El mundo progresa, y si el vapor y la electricidad han acortado las distancias que ponen en comunicación el cuerpo de la metrópoli con sus desparramados miembros, no sólo á la

absorbente política británica aprovechan estos adelantos, sino otras naciones hay que por el mismo camino le van á sus alcances.

Se señalará el siglo XX por el gigantesco paso de casi circunvalar el globo por tracción terrestre de vapor. Próxima á su terminación la red moscovita ferroviaria de Asia, en que se ha puesto de manifiesto la tenacidad eslava, encarnada en el General Comaroff,—su verbo en esta magna empresa,—quedará el imperio ruso, secular enemigo de Inglaterra, con una inmejorable base de operaciones en terreno propio, ya para coadyuvar á los planes separatistas de una gran masa del Indostán, cuya prensa india refleja estas aspiraciones, ó para llegar al práctico objetivo señalado en una de las cláusulas del testamento de Catalina II, en la que designaba á Calcuta como la futura tercera capital de su imperio.

Raros son los puntos vulnerables que el litoral ruso ofrece al poder marítimo británico, una vez que ambas potencias se hallen en línea de contacto, estando indicadas las fronteras indostanas como punto de cita para ventilar el duelo á muerte que tanto tiempo hace está en litigio. *El oso contra la ballena*. No sería manifiesta la desproporción si contara la última con la absoluta adhesión y lealtad de sus tropas cipayas, hipótesis algo problemática, por mantenerse vivas y no olvidadas por las pobladoras razas de la India las matanzas de Delhi y Cowapore; como latentes se mantienen las leyendas, hiperbólicas algunas, de Nana-Sail, su caudillo en la sangrienta insurrección de hace cuarenta años, figura agrandada por la fantasía india, que ve en ella á un ser sobrenatural con los honores casi de la divinidad.

Aunque la base de la alianza franco-rusa sea en apariencia el mantenimiento del *statu quo* internacional, no cabe dudar que el fin principal que ella persigue es anonadar el cada vez más insolente poderío inglés. No puede olvidar Rusia que la presencia de la flota británica en el Cuerno de Oro de Constantinopla paralizó el movimiento de sus victoriosos ejércitos á raíz de la toma de Plewna, en su guerra del 78, inutilizando los frutos de una campaña llevada á cabo á

costa de sacrificios, habiéndose tenido que conformar á su final, y en virtud del tratado de San Stéfano, con enmendar más al Sur sus límites de Asia con las plazas de Kars y Erzeroum y la reintegración al imperio de la Besarabia en Europa, á cambio de la pantanosa Dobroutcha, que recibió como compensación la Rumanía. No ignora asimismo que mientras permanezca pujante el prestigio británico, reviste la cualidad de mito el dorado sueño de albergar sus águilas en la basílica de Santa Sofía, y á la destrucción de este prestigio é influencia tiende la diplomacia moscovita.

Por grande que sea el poderío inglés; por inmensos que sean sus recursos; por poderosos que sean sus elementos de combate de mar y tierra, dado los que en su contra se concitan, en los que hay que contar los de orden interior más quizás que los de exterior, por el espíritu hostil que reina en sus colonias y en Irlanda, de solución difícil será la grave crisis que se le avecina. El día de su caída será de júbilo general, pues la humanidad, en medio de sus miserias y egoísmos, tiende á un fin recto, que está en manifiesta contraposición con las teorías y procedimientos sustentados por por la Cartago del siglo XIX.

Concretando, diremos que la grandeza cobijada bajo el manto de la soberanía británica, si bien tiene mucho de real, tiene no poco de ficticio, por no estar aquélla cimentada en los naturales recursos de su suelo patrio. En manos éste de 37.000 familias solamente, únicas que pueden considerarse dueñas y propietarias del territorio del Reino Unido, debe la explosión de su poder á la gran vida industrial que alimenta y á la prosperidad que irradian sus colonias, ambas causas origen de su movimiento mercantil, considerado con razón como el primero del mundo. Tan escasa es su producción agrícola para las necesidades del país, que bastan sólo cuatro meses para consumir la totalidad anual de sus cosechas, arrojando, por lo tanto, una diferencia en contra de su balanza de tres veces el total de su producción. Su industria, que durante el siglo que concluye ha monopolizado el mercado del mundo, tiene que luchar, en donde ella imperaba como exclusivista, con formidables com-

petidores, como son Alemania, Estados Unidos y Francia en primer término, siguiendo á éstas las demás naciones que, aun no encontrándose á un nivel industrial tan elevado, orillan las corrientes modernas para dejar de ser sus tributarias. Amenazada, repetimos, por enemigos exteriores y contingencias interiores que tienden á la disgregación, y teniendo en cuenta que las ideas y aspiraciones de los pueblos germinan y se desarrollan en la época presente al compás de la electricidad y del vapor, un interregno de algunos años en la vida de las naciones representa lo que en pasadas edades siglos y aun eras. El inmenso imperio que ha reunido la Albión de nuestros días no corresponde á la robustez de la cimentación en que descansa; lo heterogéneo de los elementos que forman su conjunción; la execración universal por su política de tres siglos y los recelos que al mundo inspira su insaciable codicia, no son garantía para que subsista por mucho tiempo este poder constituido y amenazador. Al volver á su cauce natural la inundación expansionista de la Gran Bretaña, fuera quedarán de su órbita el imperio de la India y sus posesiones del Canadá, Australia y Africa del Sur; estas últimas por haber cumplido en ellas su misión, y la primera porque la reemplazará en el derecho de la fuerza, su principal sostén en mantenerla, otra nación cuya raza no ha obtenido aún su máximo desarrollo, pero que, desde su entrada en el concierto universal como factor, éste ha sido uno de los fines á que ha encaminado su política.

III

Tres son las fases que presiden el desenvolvimiento de la vida de las naciones, cuyos períodos podemos clasificar en los órdenes de formación, expansión y decaimiento, y en el segundo de ellos se encuentra Alemania, si bien como raza y nación aún no ha verificado el completo de su unidad. Amenazada por enemigos poderosos fronterizos, vese obligada á permanecer expectante y preparada, encajando por

otra parte perfectamente el estado de paz armada en que vive siempre con los hábitos militares de un pueblo educado esencialmente en este régimen; un estado intelectual de primer orden reflejado con singularidad en su gran amor al trabajo y respeto á las leyes, ha engendrado la grandeza de esta nación que, si no como árbitra, como principal factor de fuerza y solidez es considerada en el mundo. Su creciente preponderancia obedece á un cúmulo de circunstancias favorables al resultado obtenido, contándose como primordiales la educación y sensatez del pueblo que, sin remontarse á regiones hiperbóreas, á que tan inclinada se muestra la raza latina, lleva siempre por norte un fin práctico y patriótico, sin que la desvíen del camino utópicas predicaciones que en este país carecen de la fuerza que en otros obtienen; hombres eminentes de Estado que marchan á una solución, sin que los vaivenes de la política impliquen un cambio de orientación á cada instante; una potencia productiva asombrosa que inunda los mercados, haciéndose temible por la competencia, y sobre la cual el Gobierno vela constantemente por medio de sabias leyes y tratados; sin rival en parte alguna es su red de comunicaciones terrestres y fluviales, y como colmo una administración modelo por lo correcta y simplificada. En estas condiciones, con una población de cincuenta y siete millones de habitantes activos y laboriosos, industria y comercio floreciente y una potencia militar considerada como la primera del orbe, empieza la Germania su nueva centuria.

Son sus aspiraciones del momento conquistar en el terreno económico el puesto preeminente que ocupa en el militar, empresa que lleva por buen camino con el gigantesco desarrollo que en breve tiempo ha tomado la nación en sus diferentes ramos de riqueza, y en lo que le presta poderosa ayuda la cuantiosa población germana esparcida en todos los lugares de la tierra. La lucha que en este terreno tiene entablada con Inglaterra, aun existiendo bajo la base de los principios pacíficos, crea antagonismos sobre intereses materiales, los más difíciles de solventar, produciendo celos y rivalidades que en un porvenir más ó menos cercano pudie-

ran degenerar en sentimientos más hostiles en su enconada lucha hacia la conquista del mercado universal, que hasta ahora había sido exclusivo patrimonio de aquélla. Considera con muy buen sentido que, si bien los mercados los conquista una producción hábil é inteligente, su conservación y afianzamiento dependen de la mayor fuerza protectora que pueda desarrollar, y á este fin tienden sus trabajos para la creación de una grande y potente armada que sirva de salvaguardia á su expansión comercial en todos los mares.

Cífranse sus ideales en el terreno político en los resultados que puede producir la descomposición de que está amagada la monarquía de los Hapsburgos, cuya parte genuinamente alemana, al disgregarse del resto, podría prestar nueva savia al ya robusto imperio de los Hohenzollern. Verificada la unión de toda la raza germana, con el absoluto dominio del Báltico y del Norte, una salida al Mediterráneo con Trieste, que no cedería bajo ningún pretexto, con población nutrida, inteligente y homogénea, y en posesión de sólida y próspera riqueza, su supremacía como nación marítima y colonial no se haría esperar, formando digno *pendant* con la militar que ya le pertenece. Sentados los primeros pasos en China y en el continente africano, sólo cuestión de poco tiempo sería el adquirir sobre estas bases un fecundo desarrollo. El coincidir el límite de sus fronteras con las de su raza, y el suplantar á Inglaterra en la preponderancia de su comercio son hoy por hoy la miras de Germania. El Imperio en estas condiciones, será innaccesible á los soñadores desquites de la Francia y á las expansiones de Rusia hacia el Oeste.

Como cabezas de las naciones latinas refléjase en Francia más que en ninguna otra los grandes vicios de una raza decadente, no exenta de virtudes, obscurecidas éstas por la manera de ser de su carácter. La gala de que hace alarde, no justificada por cierto, de marchar á la cabeza del mundo y del progreso, ha traído un desarreglo ó desequilibrio en el cerebro del pueblo francés, que se traduce en la aceptación y defensa de las más raras utopias; que en sangre suelen degenerar algunas de ellas. Como sociedad es la más perturbada

del Universo, siendo tan flojos los lazos de su cohesión que al menor contratiempo se pone de relieve. Á la aureola que aún refleja la existencia de su gran historia, á su poder militar y marítimo, que si no el primero puede competir con el de las naciones más fuertes, á su vitalidad productiva y á las inmensas riquezas que le proporciona el hecho de haberse constituido en centro de la moda y frivolidad, gracias al *sprit* que tan bien encaja en la ligereza de sus costumbres, debe el preeminente puesto que ocupa entre las demás naciones del mundo; acontece con la sociedad francesa de nuestros días lo que con la romana en las postrimerías ó últimos destellos del Imperio, en que un descarnado materialismo informaba todos sus actos; y para bien suyo y el de sus hermanos de raza, de desear es que encuentre energías para combatir el mal que la consume.

Siguiendo la corriente de la época muestra empeño la nación francesa en ser nación colonial, sin que su carácter le abone en los resultados. Posee al Norte de África y lindando con el Mediterráneo la Argelia, convertida en territorio francés desde hace setenta años, y el que ha ido ensanchando hacia el Sur y el Oeste siempre que las circunstancias se han presentado propicias; ejerce además sobre Túnez, y esto data de época reciente, un protectorado muy semejante al dominio que hirió en grado sumo las susceptibilidades de Italia cuando su ocupación. Los principales elementos de trabajo que prestan vida, prosperidad y desarrollo á estas regiones son españoles de sus costas levantinas en la Argelia, cuyo número está próximamente equilibrado á la población francesa que en ella reside. Dueña del Senegal, Gabón y otras posesiones en el golfo de Guinea que lindan con el Níger, el protectorado de Dahomey y problemáticos territorios en el África central, forman con la isla de Madagascar, adquirida recientemente y gobernada en la misma forma que Túnez, y las pequeñas islas de Borbón y Francia, el conjunto de las posesiones francesas de África, cuya lánguida vida en general es esperanza poco lisonjera para la metrópoli, que sufre la pesada carga que gravita sobre su riqueza.

Á imitación de lo efectuado por Inglaterra en el Indostán, intentaron la formación de una nueva India francesa en la península de la Indo-China, acaparando para sí el protectorado del Anam, Siam y Cambodge, con la aún no muy firme posesión del Tonkín y con Saigón como centro de su capitalidad, sin que resultados positivos para su comercio hayan dado el fruto por ellos esperado. Una existencia anémica arrastra este conjunto colonial de Asia, bien diferente de las posesiones inglesas y holandesas, sus vecinas, que de día en día dan mayores muestras de robustez más exuberante.

En América la posesión de la Guayana, convertida en presidio, con las llamadas Antillas francesas, cuya población blanca rápidamente decrece, y la Nueva Caledonia en Oceanía, tierra de deportación y de castigo, forman el complemento del imperio colonial francés.

Por carecer de fronteras bien definidas en la parte Este de su territorio ha tenido que suplementarlas con un cordón de plazas fuertes y campos atrincherados, que si bien representan una línea divisoria material, no tiene en el terreno *estratégico geográfico* la fuerza que da una barrera natural, tal como un gran río ó una cordillera. Soñó con el Rhin y tuvo que retroceder hasta el Mosela sus nacionales límites antes que Luis XIV añadiera á su corona las germanas provincias de Lorena y Alsacia.

Un yerro en su política internacional, una guerra desgraciada en el presente pudiera reducir á la Francia á sus fronteras del tiempo de Francisco I, debiendo marchar por esta circunstancia con sobrada cautela hacia el desenvolvimiento de sus ideales. Como nación en una gran parte formada de retazos adquiridos de sus vecinas, aun cuando sofocado en ellas el germen de su antigua nacionalidad, existe el libro de la historia, que gráficamente bosqueja su pasado, estimulante aguijón para las vindicaciones del porvenir.

De su política interior más que de la internacional depende el futuro de la nación francesa. Compacta, seria y regenerada en su parte moral, sería siempre un factor de peso en Europa y en el mundo; desunida, incierta é informada

en los mismos moldes que en la actualidad, cuenta con grandes probabilidades para una ruidosa caída, que de efectuarse repercutiría indefectiblemente en sus hermanos de raza. Dios proteja á la Francia, como decían sus hijos en la verdadera época de su grandeza.

Debe Rusia su gran preponderancia á la férrea unidad que le imprime el autócrata gobierno que la rige. Domina en ciento cincuenta mil leguas cuadradas en Europa y quinientas cincuenta mil en Asia, y esta inmensa porción de terreno, cuya continuidad no se halla interrumpida, abarca desde el mar Báltico al de Ochotok y Japón, que lindan con el Pacífico; del embrionario imperio que dejó Pedro el Grande á fines del siglo XVII al consolidado á fines del XIX media un abismo; quince millones de habitantes contaba aquél contra ciento treinta millones que ha acusado la estadística de hace cuatro años.

La raza eslava, la más considerada en calidad y la más numerosa entre las diversas que la pueblan, es creída con razón la raza del porvenir. Finlandeses, polacos, samoyedos, ostiakos, musulmanes, tártaros, mongoles, chinos y otras forman con la raza superior el conjunto de este abigarrado imperio, estando supeditadas á la hegemonía de las leyes dictadas desde San Petersburgo merced al inquebrantable rigor y firmeza del brazo que las sujeta; á la sangre de tan distintas razas, en que inoculado está el virus de los Hunos, les es de precisión el sistema autocrático que las gobierna; la democracia con parecidos elementos sería la disgregación y la anarquía.

En período que podemos clasificar de formación se halla aún la nacionalidad rusa; como raza se encuentra distante de su mayor edad, y para llegar al feliz término de la misión que se ha impuesto, le es preciso civilizar ó dominar, que en este caso son sinónimos, el continente mayor que existe en el planeta. Sus aspiraciones dentro del mundo europeo radican en el Bósforo, considerándose, dentro del orden natural, heredera legítima del agónico imperio de la media luna, cuyo poder ha ido socavando desde que se constituyó en nación; pero convencida vive de que la barrera para franquear

esta distancia está en los mares y en las fronteras del Indostán, y no en los Balkanes. Los adelantos materiales verificados en la última mitad del siglo que concluye han estrechado notablemente las distancias que separaban á ambos colosos, llegándose á poner casi en línea de contacto, y acelerándose con tal motivo el rompimiento que ha de afirmar la supremacía á uno de los dos rivales. Lo mismo en China que en la frontera del Indostán, en el Bósforo que en Persia, sus pasos encuéntranse siempre atajados por el leopardo inglés, y este continuo roce ha sido causa de la condensación de nubes en el terreno político, que sobradas ya de electricidad amenazan el estallido de la tormenta, que, si bien ha podido evitarse desde Crimea, más inminente se presenta cada día. El resultado de ella no admitiría duda si el mar fuera el campo ó palenque en que se produjera el choque, pero no sucede lo propio al verificarse éste en tierra firme; el fiel de la balanza, que se inclinaría hacia Inglaterra en el primer caso, tiene probabilidades sobradas de caer hacia Rusia en el segundo, y el gran imperio británico caerá, á pesar de sus inmensas riquezas y recursos, como cayó Roma, á pesar de atesorar los del entonces mundo conocido.

Rusia, en el camino de las expansiones, cumplirá su misión conquistadora; pero sus aspiraciones nacionales, encarnadas hoy en la supremacía del slavismo, tomarán distinto rumbo una vez aquéllas efectuadas, buscando en la apertura de interiores válvulas la vida de los pueblos modernos. Á la era de las revoluciones sangrientas sucederá la de las forzosas concesiones por parte de los gobiernos del Czar, y en el nuevo estado social que se produzca, la disgregación será su inmediata consecuencia, adherente estado que en sí lleva toda colectividad heterogénea regida bajo el imperio de la democracia. Una inmensa elipse, cuyo mayor diámetro, ó sea el que se deriva desde San Petesburgo á los confines del Kamtchatka en el mar de Bering, supera á los 10.000 kilómetros, abarcando un espacio próximo á la cuarta parte del planeta, poblado por mil razas distintas y encontradas, de diversas lenguas, religión, usos y costumbres; y con la capitalidad en donde reside el cerebro del Estado en uno de sus

extremos, sería, no ya difícil, sino de imposible consolidación, si una mano férrea y una voluntad única no presidiera sus destinos. Llena Rusia su cometido por el presente, difundiendo la civilización, bien sea por los medios pacíficos ó por la espada; pero una vez que los pueblos sometidos cobren nueva savia, ó gobiernos blandos, inspirándose en las ideas del siglo, se sucedan, la ley histórica se reproducirá con la tendencia de todos ellos y cada uno de por sí á la emancipación. El imperio de Gengis-Khan se deshizo al bajar á la tumba este conquistador, que por sí sólo representaba una institución, como el desmoronamiento será el fin del imperio de los Czares, por exceso ó plétora territorial, á pesar de contar hoy con las fuerzas concurrentes del vapor y electricidad de que no disponía aquel Emperador del Asia en la Edad Media.

La etnografía geográfica ó clasificación de las naciones depende casi en su totalidad de las líneas ó barreras naturales que entre sí las separan, aun perteneciendo aquéllas en muchos casos á una misma raza. Los Pirineos separan á dos pueblos latinos, y si bien en algunas épocas de la historia ha habido intrusión, sólo se ha realizado ésta en apartes momentáneos ó de transición. Determinan el valladar entre germanos y latinos del Sur los Alpes, y los Andes entre algunas de las repúblicas americanas. Las grandes masas del Thibet é Himalaya separan al Indostán de China y de Mongolia, así como los grandes ríos del Sur de América forman las fronteras del Perú, Bolivia, La Plata, Brasil y Ecuador, nacientes Estados, cuya demarcación territorial está embrionaria por su escasez de población. Los Urales, bien definida cordillera, que por providencial mano parece colocada para la separación de dos continentes, son los naturales límites de la Rusia propiamente dicha y cauce al cual deberá retroceder una vez cumplida la misión que la ha llevado á traspasarlos; convenimos en que está aún muy distante el momento de afirmar esta teoría, pero dato seguro es para un porvenir, si se quiere lejano todavía, que la población siberiana, nómada é inculta en su mayoría está dando pasos de gigante á su desenvolvimiento; los intereses que

nacen al calor de las líneas férreas establecidas son el más poderoso aguijón para su transformación en un período de tiempo relativamente breve, y la prueba más palpable de su prosperidad está en el núcleo de su población, muy reducida aún, pero que se ha elevado en un duplo en esta última mitad de siglo. Lo repetimos, al entrar Rusia en el segundo período de su vida nacional lo efectuará á costa del anacrónico imperio del Islam en Europa y sobre decadentes razas asiáticas, que se irá asimilando á medida que tomen consistencia las arterias de este gran cuerpo, representadas por sus líneas férreas, que darán una cohesión, de que hoy carece, al imperio que la férrea voluntad moscovita ha creado en el continente asiático.

IV

Siguen los Estados Unidos á Rusia en extensión de superficie dentro de su propia casa; haciendo caso omiso de las frases de relumbrón y sensiblería con que embauca á incautos é inocentes, ha sido y sigue siendo su credo nacional la política de conquista y de absorción. Con un territorio capaz de contener una población ocho ó diez veces mayor que la que alberga, se ha lanzado en estos últimos años á la franca política imperialista, *heredando*, valga la frase y no como símil, los territorios que poseía España en América y Oceanía desde su descubrimiento.

Fué en su fundación el ideal que la sociedad perseguía como *desideratum* para llegar al bienestar; pero desde Washington á Mac-Kinley, ¡qué revolución han sufrido las ideas, los buenos propósitos y los procedimientos! A aquellos probos y austeros republicanos, cuya sencillez y buena fe tanto llamaron la atención de la corte de Francia en la persona de Franklin, ha sucedido la peor de las oligarquías, la del capital, que despóticamente impera sobre todas las clases sociales del país, sin sujetarse á vallas ni reparar en medios por reprobados que sean. Después de su engrandecimiento, en mito ha venido á parar lo mismo en su territorio

que más allá de sus fronteras la cacareada legalidad de que tanto alardea.

Diez millones de alemanes, diez de etiopes, irlandeses é italianos; en gran número griegos, escandinavos, latino-americanos y en general el sobrante de las escorias de Europa, válvula de desahogo necesaria á la salud de ésta, forman con el elemento nativo esta gran torre de Babel de setenta y ocho millones de habitantes llamados Estados Unidos del Norte de América.

Rotos en estos últimos años los moldes políticos que basados en la equidad y en la justicia estableció el gran Washington, se ha lanzado de lleno por el camino que en todas épocas han observado las naciones ebrias con el orgullo que da el poder para imponer su hegemonía internacional.

El menosprecio de los tratados, la vil explotación de las naciones que carecen de fuerza para defenderse y el aherramiento ó esclavitud de pueblos, no sólo de él separados por la materialidad de la distancia, sino más aún por su no afinidad de raza y condiciones etnográficas, convierten á esta hoy poderosa nación en un peligro constante para la paz del mundo, dejando sentados con estos precedentes y el excesivo desarrollo de los armamentos á que sus aventuras la impelen, los primeros jalones hacia un cesarismo que no se hará esperar.

Cual otro Aquiles, tiene su talón vulnerable más que en la desmesurada extensión que abarca el territorio en los encontrados intereses de sus distintos Estados y en la diferencia, de razas que los pueblan; bimetalistas los Estados del Oeste y monometalistas los del Este, unos agrícolas é industriales otros, la raza negra, aunque deprimida y humillada, impera, si no por su influencia, por su número en los del Sur; Chicago rival de Nueva York, como Nueva Orleans y San Francisco de California lo son de ambas, se consideran todas con méritos sobrados para representar el papel de capital de un Estado independiente, sin estar supeditadas á la influencia decisiva de los Estados del Este, que desde la fundación del coloso son los que marcan la orientación política y económica de la Gran República.

En ningún otro país del mundo se deja sentir cual en éste la influencia y predominio del capital, representada aquélla por sus acaparadores *truts*, á los que están supeditados la subvencionada prensa y todos los poderes del Estado, incluso el legislativo, dependiendo de la marcha de sus negocios la mejor ó peor armonía internacional que este país mantiene con sus similares, como tampoco en ninguno otro se hallan tan de manifiesto los contrastes de la fortuna, en que la miseria en toda su desnudez figura al lado de fabulosos capitales amasados no pocas veces con el sudor y aun con la sangre de infelices proletarios emigrantes, y á cuyo lado no admiten parangón las legendarias riquezas de Cresos y Lúculo, viniendo á crear este estado de cosas un creciente malestar, abono fecundo para un porvenir no exento de conmociones sociales (1).

La política avasalladora *à outrance* que envenena el ambiente del país, y al que presta su prensa poderosa ayuda en este sentido; los toques de rebato apuntados por algunos de sus estadistas, que infiltran en las inconscientes masas el credo de sus aspiraciones, concretadas bajo el dilema de *destino manifiesto*, se hermanan perfectamente con la *resolution* aprobada y lanzada á la faz del mundo en la Convención de Nueva Orleans de hacer sajona la América del Norte, contando, según las tradiciones de su política, para solucionar el problema que acarician con el factor tiempo, ya que tan excelentes resultados les proporcionó este mismo factor en la adquisición de Cuba, de la que no separaban sus ojos y pensamiento desde el año 1825.

No bastan á detener las corrientes de emigración que de todos los puntos del viejo continente afluye al territorio de la república, las trabas y cortapisas que el Gobierno inventa de continuo para evitar ó disminuir la competencia que al

(1) El tendido de sus líneas férreas, como la explotación de sus minas, débese al trabajo de los emigrantes, y el premio concedido á estos oscuros soldados del trabajo ha sido no pocas veces la persecución y el linchamiento. Para más detalles, véase la construcción del camino de hierro de Nueva York á California, los asesinatos de infelices obreros austriacos en las minas de Pennsylvania, de italianos en Nueva Orleans, etc., etc.

operario del país le hace el obrero europeo; la emigración á pesar de aquéllas persiste de continuo, y el vaticinio que de esto se desprende es que en un interregno de cuarenta ó cincuenta años, y gracias al constante chorro que se deriva de más allá del Atlántico se convertirán en ciento cincuenta los setenta y ocho millones de habitantes que hoy forman su conjunto.

Ahora bien, demos por sentado que en este interregno de tiempo lleve esta nación á la práctica el sueño que la arrulla; que duplique las cuarenta y cuatro estrellas que forman hoy el principal galardón de su bandera, y que sus encarnadas fajas circunden el territorio comprendido entre las tierras polares y el canal de Nicaragua, situado en la zona tórrida; que el mar de las Antillas se convierta en lago tan americano como el Erie ó Michigan; que su política expansionista en Oceanía la resuelva á su satisfacción, venciendo por el momento los contratiempos actuales; que en vista de su poder le aguijonee el espectro de dominio universal que perdió á Roma y que soñaron Carlo-Magno y Carlos V, que acarició Napoleón y que ha intentado Inglaterra tratando de abarcar entre las garras de su leopardo a la terráquea esfera. Esta nación menos que ninguna otra puede llevar á cabo plan alguno de dominio atendido á la heterogeneidad de sus componentes.

En crecimiento va, como hemos apuntado antes, la rivalidad existente entre varios de sus Estados y el antagonismo derivado de la diferencia de razas que los pueblan. Los diez millones de charolados rostros, carne propicia al linchamiento, ¿soportarán con la misma mansedumbre de hoy los vejámenes y humillaciones el día que se conviertan en veinte? Este celaje, si bien tenue aún en los horizontes de la Unión, está llamado á transformarse en furioso vendaval que arrolle Estados y comarcas. Los odios de varios siglos son el prólogo de una guerra de razas que, como todas las de esta clase, lleva en sí encarnados los horrores del exterminio.

Cometen los Estados Unidos error crasísimo en dirigir sus miras expansionistas hacia territorios en que las condiciones de vitalidad son en todo opuestas á su naturaleza es-

pecial. Asimílese la raza etiope y aun la latina con el clima que reina entre los trópicos; pero la práctica nos demuestra cuán inútiles son los progresos que la sajona, y en general todas las del Norte, hacen en bajas latitudes por su antítesis y antagonismo á la exuberancia de luz y calor, exclusivo patrimonio de aquellas zonas; la anexión de territorios efectuada sobre estas bases de incompatibilidad sólo puede tener un carácter transitorio, sin que jamás lleguen á mezclarse ó confundirse. Repélense mutuamente el sombrío carácter del Norte y la vivacidad del Mediodía, el materialismo práctico y el idealismo, el descarnado análisis del sentimiento y la poesía, las imaginaciones atrofiadas ó tardías y la rapidez en las concepciones; y resumiendo, ¿es posible aunar el hielo con el fuego? Tan anacrónico sería ver á Rusia ó Suecia establecidas en el golfo de Guinea ó en las Guayanas, como Italia ó España colonizando las islas de Spitzberg, Nueva Zembla ó el archipiélago de Nueva Siberia, siendo uno en ambos casos el factor que lo impidiera.

Llegará la Gran República á la meta del poder en un tiempo relativamente corto, pero el germen de descomposición que en sí encierra impedirá que sea de carácter permanente la obra que realice; axiomática es la inestabilidad que llevan aparejadas en sí las democracias, como fugaz es la del cesarismo, factor el primero que está en completa armonía con la situación actual del pueblo americano y con los esbozos que se diseñan en el segundo; las etapas que le falta recorrer es posible que las salve con relativa rapidez; pero ley inmutable es que á más grandes alturas corresponden más transcendentales caídas.

La Gran República americana, convertida hoy en inmenso cefalópodo, cuyos tentáculos oprimen mil cuerpos diversos sin asimilarlos, en su disolución está llamada á ser cuna de varios Estados independientes, por favorecer esta resultante la etnografía de sus actuales concurrentes y la rivalidad de razas é intereses que forman su entidad.

ARTURO LLOPIS,
Capitán de fragata.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

El espíritu subterráneo, por FEDOR DOSTOYUSKY, versión española de FRANCISCO F. VILLEGAS (*Zeda*).—Madrid, librería internacional de F. Villegas y C.^a—Un volumen en 8.º de 293 páginas, 3 pesetas.

Á la reestampación de *La Lozana andaluza* ha seguido la traducción y publicación de *El espíritu subterráneo*. Si aquélla aparecía como primer volumen de la «Colección de libros picarescos», ésta, en cambio, es la primera de la «Obras completas de Fedor Dostoyusky», y por uno y otro epígrafe puede comprenderse que los editores mencionados proceden sin exclusivismos y con deseo de que haya para todos los gustos: desde la obra de Francisco Delicado, escrita en Roma en 1528, en lengua española muy clarísima (¡y tan clarísima!), hasta las nebulosidades é incoherencias del moderno autor ruso. Lejos de rechazar esa diversidad de autores y de asuntos, nos parece que con ella se favorece la extensión y divulgación de los conocimientos literarios, y hasta por ella puede llegarse á una conclusión que, si se alcanzara, no dejaría de halagarnos; esto es, que, conociendo todo lo más notable y afamado del extranjero, acabaremos por estimar bastante más de lo que ahora es generalmente estimado lo propio y nuestro.

La novela de Dostoyusky, con ser famoso el autor y la obra, y con estar traducida por literato de tanta reputación como el amigo *Zeda*, deja al lector más asombrado que satisfecho. Entre la primera y segunda parte no hay más ilación que la cronológica; y algo parecido sucedería con las dos escenas más importantes que aparecen en la segunda, si la una no fuera excelente preparación para la otra.

La verdad es que ambas revelan estudio interior del espíritu, y acusan mano avezada y segura para trazarlas. No en vano se logra reputación universal de novelista. Además, el preámbulo, ó lo que sea, de lo titulado *Lisa*, no sólo es interesante por encontrar

en la mente de un loco pensamientos y consideraciones que han de haberse ocurrido necesariamente muchas veces á los cuerdos, sino porque dilucida y explica la excesiva nervosidad del protagonista en el *Hotel de Paris*, y su falta de acción. Como escena dramática, real é interesante, es sin disputa la mejor de la obra, aun más que la final, tan compleja y bien descrita y presentada.

A propósito de estos análisis psicológicos, traídos á la novela con finalidad desconocida antes del siglo pasado, y proclamados luego como base de un género novelesco flamante, se me ocurre decir que todo eso, en el fondo, es más viejo que el andar á gatas, y que si hemos de agradecer el invento á quien nos trajo las gallinas, ya podemos ir subiendo, subiendo hasta la misma *Iliada* y examinar los tres maravillosos discursos con que Nestor, Ajax y Ulises intentan sacar á Aquiles de su retraimiento, para que tome las armas y salve á sus amigos y haga riza en los troyanos. Por estos discursos, el estado de ánimo del jefe de los mirmidones se ve como por un cristal.

Pero cuando nos percatamos, en el siglo pasado, de que había alma, todo se volvió estudio del alma, como si antes no hubiera existido; cuando en el presente, por reacción, hemos dado en el naturalismo, ha nacido la novela naturalista... ¡Soberbias novedades y soberbias regeneraciones literarias!

Estudio psicológico lo hay y ha habido y habrá siempre que cualquiera autor trate de pintar situaciones de ánimo ó evoluciones de pasión en sus personajes. Nuestros ascéticos y moralistas se mostraron habilísimos en bucear por el *espiritu subterráneo*, y dijeron, con fuerza de expresión nunca lograda sino por ellos, cosas que parecían indecibles. También nuestros autores de novelas fueron realistas, y ¡con qué realismo más sincero y hondo, sin que escuela alguna se lo impusiera, vieron y pintaron la realidad de la vida y de la naturaleza! De esos sí que puede decirse que *también hacen ruido con su sable*.

Para que se difunda y divulgue el conocimiento de las literaturas extranjeras, que tan vasto horizonte abren siempre á las aspiraciones amplias y generosas, y para que podamos volver al amor reflexivo y sincero de la nuestra, aplaudiremos siempre todos los esfuerzos que se hagan para darnos á conocer lo ajeno, si, como hacen los Sres. F. Villegas, viene mezclado con lo propio, que aún más necesitado está de que se divulgue y conozca.



Viña americana, su plantación é injerto en Mallorca, por PEDRO MARTÍNEZ ROSICH.—*Palma, imprenta de José Tous, 1900.*
—*Un folleto en 8.º, de 122 páginas, 1 peseta.*

No son estos artículos de discusión materia en la que podamos meter baza, aunque la antigua amistad con el autor nos obligue á anunciar la obrita de que damos cuenta. El Sr. Martínez, al defender sus opiniones, realiza también una obra loable, porque según nota que aparece en la portada de su última producción, «el producto de la venta de esta edición se dedica al fondo para el proyectado Asilo de Huérfanos», no menos que es de agradecerle la demostración de que nuestro paisano tarraconés Sr. Miravent se adelantó á Mr. Salgues en el nuevo sistema de injertar las cepas exóticas.

Buena parte del trabajo está dedicada á tratar el injerto y la reconstitución de los viñedos, y llena lo restante el estudio de las enfermedades clorosis, oidium, mildew y otras.

El Sr. Martínez Rosich á su reconocida aptitud como hombre de negocios habrá unido seguramente en este folleto sus observaciones de propietario. Deseamos prosperidad á la agricultura mallorquina todo cuanto el Sr. Martínez la ha estudiado.

*
* *

Cuentos, por JACINTO O. PICÓN, de la Academia Española.—*Un volumen en 32.º de 92 páginas, 75 céntimos.*

La *Biblioteca Mignon* sigue publicando lindos tomitos de autores bien conocidos. A las firmas de Medina, Armando Palacio, *Clarín*, Ricardo Wagner, González Serrano, Valera y Bonafoux sigue ahora la de Jacinto O. Picón, no menos apreciable como crítico de arte que como novelista de justo renombre. Los dos cuentecitos que el tomo encierra se titulan *Agua turbia* y *La gran conquista*, narraciones madrileñas hasta los tuétanos, con pintura de tipos de verdadera realidad. Claro está que el estudio de esos tipos, en tan breves páginas, ha de resultar muy incompleto; pero, bien conocidos del autor, nos los presenta éste con rasgos felices y con la habilidad que tanto renombre le ha granjeado en obras de más empeño.

Cuando la *Biblioteca Mignon* no haga más que popularizar en

su esfera el cuento corto español, hará una buena obra, porque las producciones que en ella aparezcan demostrarán que en este, como en otros géneros, no tiene nada que envidiar España á otras naciones, que con menos títulos se ufanan de esta manifestación literaria.

Y ya que hablamos de la *Biblioteca Mignon*, completemos la noticia diciendo que el Sr. Serra, director de la misma, ha abierto un concurso de novelas cortas, en que al autor que resulte premiado se le entregarán 300 pesetas y 250 ejemplares del trabajo premiado. El jurado lo forman Leopoldo Alas (*Clarín*), J. Ortega Munilla y Rafael Altamira. El tomo IX de la *Biblioteca*, próximo á aparecer, publicará las bases del concurso con todos sus detalles.

*
* *

Histoire de la Musique, par ALBERT SOUBIES, *membre étranger de la Académie des Beaux-Arts de Madrid, Espagne. Le XIX^e siècle.*—Paris, libraire des Bibliophiles, MDCCC.—Un volumen en 8.^o menor de 120 páginas, excelente papel, 2 francos.

Es el tomo III de la historia de la música en España, por Soubies. De los dos tomos anteriores se dió ya cuenta en este *Boletín*, y poco tenemos que añadir á lo dicho con respecto á las fuentes de erudición de que se ha valido el crítico francés y al desarrollo de la obra, toda vez que los procedimientos antes adoptados se desarrollan del mismo modo en el tomo de que ahora damos cuenta. El presente comprende tres capítulos, en los cuales se estudia la música religiosa é instrumental, el teatro y la literatura musical y la cultura artística en cuanto á las materias tratadas; y en cuanto al tiempo, Mr. Soubies no sólo nos da los nombres que corresponden á la historia, sino también de muchísimos vivos, rebasando lo que verdaderamente constituye la historia y entrando en el terreno de la crónica contemporánea. Esto hace que el último volumen de la obra de Mr. Soubies sea de verdadera curiosidad y se lea con verdadero deleite, así por la muchedumbre de artistas que hemos conocido y conocemos personalmente, como por las apreciaciones, generalmente justas, que el crítico citado formula acerca de los merecimientos de aquéllos.

No con el fin de señalar deficiencias, que muchas ha de tener forzosamente una historia abreviada, sino para suministrar algún dato de artistas modestos, tanto más sinceros cuanto tuvieron la conciencia de que habían de permanecer eternamente ignorados por el aislamiento del país en que vivían, he de permitirme señalar á Mr. Soubies algunos nombres de mallorquines, ya difuntos, que merecen recordación en una obra del género de la que nos ocupa, seguro de que los entusiasmos de Mr. Soubies no tomarán á mala parte estas deficientes notas.

Entre los organistas mallorquines y compositores sacros figuran, en primer término, los nombres de Aulí y Tortell, dominico el primero y propagador ferviente del canto llano, una de cuyas misas, editada por su sobrino D. Antonio Noguera (el crítico mallorquín tantas veces citado en la obra de Mr. Soubies), se canta actualmente con muchísima frecuencia en todas las iglesias de Mallorca; Tortell tuvo fama de excelente improvisador, y el grandioso *Te-Deum laudamus*, que entre otras muchas composiciones dejó escrito, atrae aún hoy numeroso concurso á la Reserva de las más solemnes Cuarenta horas de Palma. Autor de apreciables misas es también el Sr. Alcover, abuelo de quien hoy, en otro género, perpetúa y acrecienta las gloriosas tradiciones artísticas de la familia.

En este género hay bastante que espigar en aquella hermosísima y piadosa isla, y no puede olvidarse el nombre de D. Joaquín Sancho, autor del *Te ergo quessumus*, y otras notables composiciones, en que se adivina la influencia de Haydn.

Entre los instrumentistas tuvieron grandísima fama D. Juan Bennassar, espíritu errabundo y vario, que reunió una de las mejores librerías de *musica di camera*, y en audiciones familiares propagó y difundió más que otro alguno en Mallorca el gusto por la buena música. Bennassar, más que la perfección en nada, logró el entusiasmo por todo, y lo mismo sustituía al pianista, que al violoncelista, que al guitarrista y á otros instrumentistas, cuando alguno de ellos faltaba en las sesiones musicales de su casa. Guitarrista eximio fué también el propietario de Artá don Sebastián Caldentey, discípulo de Viñas, quien decía que de todos sus discípulos sólo en Caldentey había encontrado mucho que aprender. Todas las proposiciones de Viñas para sacar á Caldentey de su retiro y granjearle nombre glorioso fueron inútiles. Guitarrista no despreciable fué también D. Francisco Villalonga Escalada, de las familias más pudientes de Mallorca, gran amigo

y protector de Alzamora, de Felanitx, violinista que en Londres obtuvo ruidosos éxitos.

El teatro no obtuvo grandes cultivadores en Mallorca entre los compositores; en cambio, actualmente no son pocos los que se han dedicado á él como actores ó artistas, á la cabeza de los cuales hay que colocar á Francisco Mateu, conocido en el mundo musical por *Uetam*.

La cultura artística de Mallorca debe no poco á una institución reciente: á la *Capella* de Manacor, de la que tuve ya ocasión de ocuparme en este mismo *Boletín* al tratar de la magna edición de las obras de Victoria que prepara el maestro Pedrell. Tal vez por cosa recentísima se le ha pasado á Mr. Soubies la importancia musical de ese Instituto, que tiene ya su historia y cuyos triunfos han tenido parte no escasa en la constitución de nuevas Sociedades corales mallorquinas y en que las ya establecidas, como el Orfeón republicano, adelantarán no poco, por emulación, en su camino. La importancia social y popular del fundador de las Sociedades corales de Barcelona, maestro Clavé, ha tomado en Mallorca otro sesgo más artístico, como convenía á las condiciones del pueblo mallorquín.

Maestros y pianistas como Massot, que acaba de descender al sepulcro; Torres, Torrents, Bonnin; críticos y eruditos como Noguera, de quien me cabe la satisfacción de haber adivinado antes que otro alguno que sus condiciones no eran sólo las del pianista y compositor y haber contribuído más que nadie á su actual vocación aseguran por tiempo la representación de Mallorca en la historia de la música española. Si de esta ligerísima reseña, hecha por un indocto amante de su *roqueta*, saca Mr. Soubies algún provecho, ¿qué mayor satisfacción para mí?

Haga cada cual otro tanto con respecto á las distintas regiones españolas; complete Noguera mis deficiencias por lo que á Mallorca se refiere, y ayudemos todos con sinceridad artística y lozano entusiasmo al crítico extranjero que se preocupa de tantas y tantas cosas que ignoran los conacionales.

E.

* * *

Produits aromatiques artificiels et naturels, par G. F. JAUBERT, docteur ès sciences.—Paris, Gauthier-Villars, editor.—Un tomo en 8.º, 169 páginas, 2,50 francos.

Está dividida esta obrita en cinco capítulos, que tratan, según el orden dado por el autor, de los alcoholes aromáticos, de los ácidos, los alcanfores, los alcoholes y los aldehidos.

Las materias odoríferas son de empleo muy frecuente en perfumería, en destilería y en farmacia, como el tolú y el mentol, y aun en las artes y la industria, como el alcanfor, con que se fabrica el celuloide.

Compréndese, pues, la importancia que tiene el presentar en forma abreviada los datos que constituyen la base de esta parte fundamental de la Química orgánica, y semejante tarea es la que se ha impuesto el Sr. Jaubert en el presente volumen, llevándola á cabo con singular acierto.

*
* *

Le fédéralisme économique, par J. PAUL BONCOUR, avec une préface de M. Waldeck Rousseau.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, VIII 395 páginas, 8 francos.

El título de esta obra debía ser, según expresión del ilustre prologuista, *El presente, el pasado y el porvenir de las agrupaciones profesionales*. Y, efectivamente, éste es un libro de historia y de filosofía: los hechos abundan en él tanto como las ideas.

Después de definir las corporaciones y de describir su importancia, busca el autor en las leyes de la revolución el origen de los principios que han regido tales asociaciones durante largo tiempo, poniendo de manifiesto el desarrollo de estos principios y su transformación ó, como la llama el Sr. Boncour, *degeneración*.

Para comprender las asociaciones profesionales modernas nos hace ver en este trabajo la relación de aquéllas con las antiguas corporaciones y afirma que las de nuestros días *tienden á adquirir una verdadera soberanía económica*.

En último término analiza el Sr. Boncour el modo de constituirse tales federaciones, el lugar que ocuparán en la entidad *Estado* y la representación que tendrán en la vida nacional.

*
* *

Histoire du parti républicain en France, de 1814 à 1870, par GEORGES WEILL, *docteur ès lettres.*—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, 552 páginas, 10 francos.

El Sr. Weill, apartándose de los métodos hasta aquí seguidos para formar la historia del partido republicano francés, lo estudia en su conjunto y con más amplitud de miras que otros muchos autores compatriotas suyos. Los comienzos del partido y su existencia hasta la restauración; su advenimiento á la vida pública en 1830 y sus progresos hasta 1834; la reacción de 1849, contrariada por la hábil propaganda de los demócratas hasta el 2 de Diciembre; la proscripción, con los hechos de los republicanos detenidos ó desterrados; la vitalidad del partido durante los años de opresión; todos estos hechos son analizados aquí por su orden cronológico, y á ellos se añade las descripciones, los rasgos característicos de los hombres ilustres que influyeron en la vida del partido: Cavaignac, Barbés, Gambetta, Favre, etc.

Hay que advertir que el libro del Sr. Weill no es obra de polémica, sino de ciencia puramente objetiva.

*
* *

Analyse électrochimique, par EDGAR F. SMITH, *professeur de Chimie à l'Université de Pennsylvanie.*—Paris, Gautier-Villars, editor.—Un volumen en 8.º, XVI-203 páginas, 3 francos.

El autor, en todo el curso de esta obra, se propone responder á las necesidades de una clase numerosa de personas que, estudiando Química analítica, desean ser iniciadas en los métodos de análisis cuantitativo por electrolisis, de que no hablan las obras más importantes publicadas hasta el día.

Después de una breve introducción, consagrada al modo de conducirse la corriente bajo la influencia de los ácidos y las sales, describe el Sr. Smith las diversas fuentes de energía eléctrica é indica el procedimiento más adecuado para investigar, conocer y medir exactamente esta energía, y da un resumen histórico sobre la introducción de la corriente en el análisis química.

La obra se recomienda por la claridad y precisión con que la materia está expuesta.

*
* *

Otras publicaciones.

Manual histórico teórico-práctico del jubileo con ocasión del Año Santo de 1900, escrito en italiano por el Rdo. P. Alejandro de Santa Teresa, carmelita descalzo, y traducido al castellano por el P. Justo de San José, religioso de la misma Orden. Con las licencias necesarias.—Barcelona, Juan Gili, librero.—En 8.º menor, 250 páginas.—Libro sumamente interesante y de indiscutible utilidad, que recomendamos á nuestros lectores.

Cementos armados, descripción y cálculos de las obras, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros, y D. Antonio González, primer teniente del mismo cuerpo, con un prólogo de D. Eugenio Ribera, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, ilustrado con grabados intercalados en el texto.—Bailly Bayllière é Hijos, editores.—Un volumen en 8.º, VIII-272 páginas, 2 pesetas.

En esta obra, dividida en ocho capítulos, se hace una descripción completa de cuantos sistemas se conoce para la ejecución de estas obras, y muy especialmente el de Hennebique, empezando por la ejecución de diferentes elementos de construcción con cemento armado, materiales constitutivos de esta clase de obras, inconvenientes y ventajas, entrando en el capítulo IV á calcular las piezas en las diversas clases de construcción, completando estos estudios con gran número de detalles para su mejor práctica, que se dan á conocer en el quinto. Termina el libro con la descripción de algunas obras hechas en el extranjero y en España, así como con la exposición de los ensayos verificados por el Sr. Ribera y de las importantes experiencias de Mr. Considère.

Tal es la obra, que por su importancia, novedad y economía no dudamos tendrá una gran aceptación.

Memoria que eleva al Gobierno de S. M. sobre el estado actual de la administración de justicia en España el fiscal del Tribunal Supremo, D. Salvador Viada y Vilaseca.—Madrid, imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1899.—Memoria notable, en que el Sr. Viada demuestra su gran competencia en la ciencia jurídica.

Estadística de la administración de justicia en lo criminal durante el año 1897, publicada por el Ministerio de Gracia y Justicia.—Madrid, imprenta á cargo de Joaquín López, 1899.

La tracción eléctrica, por Enrique Hauser. —Madrid, Romo y Füssel, editores, 1899.—(Sin indicación de precio.)

Apuntes sobre instituciones y prácticas militares de España, por Antonio Tassi, capitán del Ejército argentino.—Madrid, imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, 1899.—Este segundo volumen, escrito con gran conocimiento del asunto, está consagrado al arma de Caballería.

Teoría trascendental de la evolución del círculo, por José Fola Igúrbide.—Barcelona, J. Romá y Compañía, editores, 1899.

Memoria sobre el estado de la instrucción en la Universidad de Salamanca y establecimientos de enseñanza de su distrito.—Salamanca, tipografía de Francisco Núñez Izquierdo, 1899.

Memoria del curso de 1896-97 en el Instituto provincial de Valencia.—Valencia, imprenta de Manuel Alufre, 1899.

Memorias clínica y bacteriológica sobre la epidemia en Oporto, presentadas al Sr. Ministro de la Gobernación por los médicos delegados D. Carlos Vicente y D. Antonio Mendoza.—Madrid, imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1899.

Reconstitución y europeización de España. Programa para un partido nacional, publicado por el directorio de la Liga Nacional de Productores.—Madrid, imprenta de San Francisco de Sales, 1900.

P. V.